



Universidad de Chile  
Instituto de la Comunicación e Imagen  
Escuela de Periodismo

## **LAS MUJERES DE LA VICARÍA**

**FRANCISCA BELÉN HINOSTROZA SONATORE  
MAGDALENA MARCHANT NOVOA**

**MEMORIA PARA OPTAR AL TÍTULO DE PERIODISTA**  
**Categoría: crónica periodística**

**PROFESORA GUÍA: CAROLINA MUÑOZ CASTILLO**

**SANTIAGO DE CHILE**

**NOVIEMBRE 2017**

## **Agradecimientos**

En primer lugar, queremos agradecer a las mujeres que nos contaron sus testimonios para el fin de esta memoria de título, las trabajadoras de la Vicaría de la Solidaridad, que se abrieron a contar sus experiencias a dos estudiantes desconocidas. Agradecemos la disposición que tuvieron para recibirnos en sus hogares y entregarnos parte de su tiempo para transmitirnos sus memorias.

Patricia Reyes, Marianella Asenjo, Riet Delsing, Daniela Sánchez, María Luisa Sepúlveda, Rosemarie Bornand, Victoria Baeza, Verónica Matus, Ana María Medioli y Graciela Ortega: sin ellas esta investigación no hubiese sido posible. Sus relatos fueron la base de esta memoria de título.

A nuestra profesora guía, Carolina Muñoz, quien nos acompañó durante todo el proceso y nos entregó su apoyo constante. Por su disposición a ayudar cada vez que lo necesitábamos y guiarnos para llegar a construir lo que se presenta a continuación.

Finalmente, agradecer a nuestras familias, que en estos cinco años de estudios estuvieron presentes y nos motivaron a seguir adelante.

A todos ellos y ellas, muchas gracias.

## Índice

|   |     |
|---|-----|
| <b>Agradecimientos</b>                    |     |
| <b>Introducción</b>                       | 4   |
| <b>El Comité y la Vicaría</b>             | 6   |
| 1. El Comité Pro Paz                      | 6   |
| 2. La Vicaría de la Solidaridad           | 7   |
| 3. La Fundación de Archivos de la Vicaría | 9   |
| <b>Cronología</b>                         | 10  |
| <b>María Luisa Sepúlveda</b>              | 11  |
| <b>Luisa Victoria Baeza</b>               | 26  |
| <b>Rosemarie Bornand Jarpa</b>            | 41  |
| <b>María Daniela Sánchez Stürmer</b>      | 53  |
| <b>Ana María Medioli Recart</b>           | 65  |
| <b>Graciela Ortega Bustos</b>             | 74  |
| <b>Patricia Reyes Rossel</b>              | 86  |
| <b>Riet Delsing Kentgens</b>              | 99  |
| <b>Verónica Matus Madrid</b>              | 107 |
| <b>Marianella Asenjo Wevar</b>            | 117 |
| <b>Epílogo</b>                            | 125 |
| <b>Anexos</b>                             | 128 |
| <b>Bibliografía</b>                       | 136 |

## Introducción

La Vicaría de la Solidaridad (1976-1992) fue una entidad de la Iglesia Católica que surgió de la mano del Cardenal Raúl Silva Henríquez durante la dictadura militar de Augusto Pinochet. Sin embargo, todo comenzó en el 1973 tras el golpe de Estado, cuando distintas Iglesias se reunieron con el fin de defender a los presos y perseguidos políticos, creando el Comité de Cooperación para la Paz en Chile (COPACHI). En 1975, esta institución fue disuelta por órdenes directas de Pinochet.

El nuevo organismo, dependiente de la Iglesia Católica, fue creado luego de la petición del Cardenal Raúl Silva Henríquez al Papa Pablo VI, con el fin de continuar la labor del Comité en defensa de los Derechos Humanos. Estuvo ubicada a un costado de la Catedral de Santiago. A través de la Vicaría, se le entregó ayuda a la gente que lo necesitaba, no sólo en ámbitos de Derechos Humanos, sino que prestando ayuda económica, jurídica y psicológica a los familiares de los detenidos desaparecidos, defendiéndolos ante tribunales y realizando un amplio trabajo investigativo para encontrar su paradero. Es por eso, que sus trabajadoras y trabajadores eran continuamente perseguidos y amenazados. En esta organización trabajaron tanto hombres como mujeres de distintas profesiones.

Esta memoria de título tiene como objetivo rescatar la historia de distintas mujeres que trabajaron en la Vicaría de la Solidaridad. Entre ellas se encuentran periodistas, abogadas y asistentes sociales. A más de 25 años del fin dictadura, conocemos cuál fue la labor que cumplió la Vicaría a través de los relatos de familiares de detenidos desaparecidos y de personas que fueron apoyadas por esta institución, casos de mujeres que cuentan su experiencia desde la vereda de víctimas o desde su visión como esposas/hijas/hermanas/madres. Sin embargo, no existe un trabajo que se enfoque específicamente en la labor de las trabajadoras que estuvieron detrás, dejando de lado sus familias, para luchar por los Derechos Humanos y que relate sus historias como un colectivo desde la perspectiva específica de la mujer.

Las diez mujeres cuyos testimonios se presentan en esta memoria, fueron personajes protagonistas de la historia, sin embargo, han sido invisibilizadas. Ellas, a través de su trabajo, demostraron su empoderamiento en su ámbito laboral, social y familiar, además de un compromiso político importante. Son personas con historias individuales, con vidas y sentimientos, que todos

los días debían escuchar y entender el dolor de las víctimas. Mujeres que comprendieron y supieron apoyar.

Desde siempre la historia ha sido escrita por hombres. La historia universal destaca al género masculino como el descubridor y conquistador, dejando de lado el involucramiento de las mujeres. Es por eso que es importante demostrar que la historia es contada de otra forma por el género femenino, acentuando distintos aspectos y dándole otra forma, que se ven reflejados en las siguientes páginas.

Por último, es importante que las nuevas generaciones comprendan que durante los 17 años de dictadura en Chile ocurrieron hechos terribles, donde muchas personas sufrieron la pérdida de sus seres queridos, además de encontrarse vulnerados sus derechos constantemente. Es por eso que nosotras, a través de esta memoria de título, queremos entregar nuestro aporte para la recuperación de la memoria de la historia de este país, específicamente de una institución como la Vicaría de la Solidaridad y, a la vez, contribuir a la historia de las mujeres chilenas.

## EL COMITÉ Y LA VICARÍA

### 1. El Comité Pro Paz

El Comité de Cooperación para la Paz en Chile, más conocido como Comité Pro Paz, fue creado por el Cardenal Silva Henríquez el 6 de octubre de 1973. Se instaló en Santa Mónica N° 2338, en Santiago. A menos de un mes del golpe, se hizo necesario crear una entidad que velara por los derechos de las personas que estaban siendo perseguidas debido a la fuerte represión de la dictadura instaurada el 11 de septiembre del mismo año. Fue una organización totalmente ecuménica y que contó con el apoyo de la iglesia cristiana, judía, evangélica luterana, ortodoxa, metodista y presbiteriana. Además del Comité Pro Paz, se creó el Comité Nacional de Ayuda a los Refugiados (CONAR), que estaba atento a la seguridad de los extranjeros refugiados en Chile y que tenía vínculo con las Naciones Unidas.

Al Comité Pro Paz llegaron a trabajar distintas personas, con el fin de ayudar de alguna manera a los afectados. Fue gente que se interesó por aportar desde su profesión a combatir la dictadura y exigir que se respetaran los derechos de las personas. Muchos de los primeros trabajadores y trabajadoras llegaron por contactos directos con la Iglesia, a través de sus comunidades religiosas. Otros se enteraron por conocidos que ya estaban al tanto de la creación del Comité. Así, rápidamente se formó un equipo de abogados, asistentes sociales y otros agentes pastorales y religiosos que dieron amparo a las víctimas, brindándoles ayuda legal y psicológica. Se crearon los departamentos Jurídico, de Zonas, Laboral, Campesinos, Universitario y de Reubicación. También en estos años, se formó la Agrupación de Familiares de detenidos desaparecidos. Sólo en Santiago, más de 40 mil personas pidieron ayuda en el tiempo del Comité. Hubo 70 mil atenciones en policlínicos y 35 mil niños comían en los comedores.

El financiamiento del Comité venía directamente desde el Consejo Mundial de Iglesias y de ayuda del extranjero, específicamente de Alemania, la URSS, Francia, Holanda, Bélgica, Canadá, entre otros países, que veían el trabajo de esta organización como una forma de resguardar los Derechos Humanos. Se consideraba que la información que el Comité recopilaba era fidedigna y verídica. Es por eso que la labor que se realizaba dentro de la casa de Santa Mónica era apreciada y bien vista desde el extranjero, siendo una fuente directa sobre la situación que se vivía en Chile.

Constantemente, el Comité se vio enfrentado al régimen dictatorial y a la presión que el dictador Augusto Pinochet ejerció directamente al Cardenal Silva Henríquez y a los trabajadores que fueron injustamente detenidos en más de una ocasión.

A fines del año 1975, el Cardenal recibió una carta enviada por Pinochet, en la cual se exigía el cierre del Comité, exigencia que el Cardenal Silva Henríquez cumplió. No obstante, la labor por los Derechos Humanos era una situación que no acababa aún, es más, estaba recién empezando.

## **2. La Vicaría de la Solidaridad**

Al día siguiente del cierre del Comité, y con el fin de continuar la labor de esta institución, el Cardenal, bajo el alero del arzobispado de Santiago, creó la Vicaría de la Solidaridad. La dictadura ya no podía interferir directamente, ya que, si lo hacía, estaba afectando a la Iglesia Católica. La Vicaría se instaló a un costado de la Catedral, en la plaza más importante de la capital, la Plaza de Armas.

Al depender directamente del Arzobispo, la persona encargada era un vicario. Quien estaba apoyado por un secretario ejecutivo, un consejo de sacerdotes y laicos, además de los jefes de departamentos que atendían a las personas en distintas áreas. El vicario era elegido por el arzobispo, mientras que el secretario ejecutivo era nombrado por el vicario. Cristián Precht fue el primero en cumplir este rol en la Vicaría. Estuvo a cargo de esta institución hasta el 31 de marzo de 1979 y fue quien nombró al abogado Javier Luis Egaña como el primer secretario ejecutivo.

### Departamentos de la Vicaría de la Solidaridad

#### - Departamento Jurídico

El Departamento Jurídico estaba integrado por abogados, abogadas y asistentes sociales. Las asistentes sociales eran el primer contacto que tenía una víctima al llegar a la Vicaría. Ellas eran las encargadas de realizar una ficha de atención en la que se especificaba el motivo por el cual venía. Posteriormente, esas fichas sirvieron como evidencias de todo lo que ocurrió en esos años. Su trabajo era apoyar a los afectados y derivarlos a los distintos departamentos.

Los abogados eran en su mayoría hombres, pero también había mujeres. Su labor era prestar asistencia jurídica y legal a las víctimas. Asistían a Consejos de Guerra, presentaban recursos de

amparo y querellas, todo con el fin de defender los Derechos Humanos de las personas perseguidas, secuestradas, torturadas y detenidas por razones políticas.

- Departamento Campesino

Entre el 1976 y el 1983, existió el Departamento Campesino, en reemplazo de la Oficina Coordinadora de Asistencia Campesina, que cumplía el mismo rol durante los años del Comité. Su objetivo fue apoyar la organización sindical campesina, a través de capacitaciones en temas laborales y asistencia técnica y jurídica.

- Departamento Laboral o Vicaría de Pastoral Obrera

Tras el golpe de Estado, muchas personas fueron despedidas injustamente de sus trabajos por motivos políticos. Muchas personas quedaron cesantes y, como consecuencia, sus familias quedaron en una situación económica muy difícil. El Departamento Laboral fue creado en el Comité, ya que, fue en el primer momento de la dictadura cuando más personas fueron despedidas sin justificación, sin embargo, también continuó durante los primeros años de la Vicaría. Posteriormente, se transformó en la Vicaría de Pastoral Obrera.

- Departamento de Zonas

Para poder extender la labor de la Vicaría de la Solidaridad a todas las comunas de la capital, se creó el Departamento de Zonas. Su función era apoyar a los afectados por la dictadura militar, pero en pequeñas células, llamadas Equipo Solidaridad. Cada equipo contaba con asistente sociales, abogados y eran presididos por un vicario. Las Zonas tenían a un encargado que todas las semanas se reunía con el jefe del Departamento para dar cuenta de los trabajos que se realizaban. Sin embargo, no sólo se limitó a la capital. Las Zonas se expandieron a lo largo de todo el país, de esta forma la Vicaría estaba representada en todas las regiones. Existieron seis zonas: Norte, Sur, Oriente, Oeste, Central y Costa. Cada una realizaba labores independientes y apoyaba a la organización de distintas poblaciones, a través de ollas comunes, comedores y talleres. Todos gestionados por los mismos familiares que acudían a la Vicaría. Cada Zona contaba con un equipo de salud.

Además de estos departamentos, estuvo el Departamento de Publicaciones o Revista Solidaridad, la Unidad de Talleres, Unidad de Análisis, Departamento de Coordinación Nacional,



Departamento de Educación Solidaria, Departamento de Finanzas, de Apoyo y también estuvo a cargo de Comedores Infantiles y Ollas Comunes.

### **3. Fundación de Archivos de la Vicaría de la Solidaridad**

La Vicaría funcionó hasta el 31 de diciembre de 1992. Poco antes, el 18 de agosto de 1992, mediante un decreto arzobispal, se creó la Fundación de Archivos de la Vicaría de la Solidaridad, con el fin de resguardar la documentación e información del trabajo realizado en la Vicaría y el Comité Pro Paz. Se instaló en el arzobispado de Santiago y, posteriormente, se cambió a la avenida Ossa N° 479, en la comuna de la Reina.

La información que se encuentra en este lugar fue fundamental en la colaboración de la búsqueda de verdad, justicia, reparación y reconciliación de los procesos, comisiones e informes que se generaron durante los años '90. Además, hoy en día cumple un rol importante para la memoria histórica del país, ya que, a través de esos archivos, las nuevas generaciones pueden conocer lo que pasaba en esos años. El 12 de mayo de 2017 fue nombrado Monumento Nacional.

Entre los archivos que se encuentran en la Fundación, se pueden encontrar: Informes mensuales de la Vicaría de la Solidaridad, colección de revistas de la época, archivo de prensa desde el 1973 hasta el 2007 en papel y luego de manera digital. Está todo el Archivo Jurídico. También hay cajas que contienen 47 mil carpetas, con todos los recursos de amparo, relatos, procesos de la justicia militar, denuncias, fichas antropomórficas. Además, existe un archivo administrativo y publicaciones de distinto tipo, hechos por otros organismos, etc, junto a más de siete mil registros bibliográficos. También se encuentra todo el archivo fotográfico de la revista Solidaridad, todos los diarios oficiales y publicaciones. Por supuesto, las carpetas de todos los casos con todo: certificados, radiografías, notas, exámenes médicos, lo que tuvieran; seguimiento del caso. Son más de 80 mil documentos en total.

## Cronología

|   |   |
|---|---|
| 11 septiembre 1973.....                   | golpe de Estado                                   |
| 5 de octubre 1973.....                    | creación Comité Pro Paz                           |
| 31 diciembre 1975.....                    | cierre del Comité                                 |
| 1 enero 1976.....                         | creación Vicaría de la Solidaridad                |
| 1 enero 1976.....                         | asume Cristián Precht como vicario                |
| 1 enero 1976.....                         | asume Javier Luis Egaña como secretario ejecutivo |
| 29 de noviembre al 15 diciembre 1976..... | caso de los 13                                    |
| 22 al 25 de noviembre 1978.....           | simposio de Derechos Humanos                      |
| 30 noviembre 1978.....                    | se encuentran los restos en los Hornos de Lonquén |
| 1 abril 1979.....                         | asume Juan de Castro como vicario                 |
| 5 diciembre 1983.....                     | asume Ignacio Gutiérrez como vicario              |
| 23 noviembre 1984.....                    | asume Santiago Tapia como vicario                 |
| 29 marzo 1985.....                        | secuestro y muerte de José Manuel Parada          |
| 15-16 junio 1987.....                     | Matanza de Corpus Christi                         |
| 23 junio 1987.....                        | asume Sergio Valech como vicario                  |
| 5 octubre 1988.....                       | Plebiscito nacional                               |
| 11 marzo 1990.....                        | asume Patricio Aylwin como presidente             |
| 25 de abril 1990.....                     | Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación      |
| 31 de diciembre 1992.....                 | cierre de la Vicaría de la Solidaridad            |
| 18 agosto 1992.....                       | creación de Fundación de Archivos de la Vicaría   |
| 26 septiembre 2003.....                   | Comisión Nacional de Prisión Política y Tortura   |

## MARÍA LUISA SEPÚLVEDA EDWARDS<sup>1</sup>

“Yo me tuve que hacer un espacio porque, por personalidad, iba a contar las situaciones, pedía orientación. No es que a mí se me dio por ser mujer, yo me hice el espacio para llegar donde llegué. Esa es mi sensación. Me tocó, cuando jubilé, pedir las copias de todas mis remuneraciones de la Vicaría y era súper chistoso porque, teniendo el mismo cargo siempre, a los hombres y los abogados les subían el sueldo y parece que yo reclamaba dos meses después, porque dos meses después me subían el mío. Si uno mira la historia uno se da cuenta, o sea, deben haber sentido que como yo tenía marido, él me podía mantener. Al final, yo tenía que apelar para pelear esa situación. Tuve mucha cercanía de amistad con muchos de los que fueron jefes o pares míos en la Vicaría”.

María Luisa Sepúlveda, asistente social y la última secretaria ejecutiva de la Vicaría, es parte de una familia de siete hijos, con una madre de derecha y un padre demócratacristiano. Según cuenta, era una familia de mente abierta, donde la política se constituía como tema central de conversación. A la hora de votar para el año '70, ella fue la única que lo hizo por Allende. Leía diarios desde los diez años y desde pequeña fue forjando su ideología política. Sin embargo, hasta el día de hoy no se considera militante de ningún partido político, solamente se inscribió en el Partido por la Democracia (PPD) para el plebiscito del año 1989.

Mujer de 70 años, pelo corto y café, ojos claros y expresión seria. La primera impresión que entrega es de una señora que, para poder entrar en su vida, se necesita mucho trabajo, pero al hablar con ella te das cuenta que la primera impresión no siempre es la correcta. Tras abrir la puerta, nos lleva a un salón con un librero grande que ocupa toda la pared, tiene un sillón de dos cuerpos, un sillón pequeño al lado de una lámpara de pie y una mesa de centro donde nos deja unos vasos de bebida y galletas.

### **No todo es estudio**

Durante la década de los '60 se vivió a nivel mundial un proceso de cambio social enfocado principalmente en el cuestionamiento del mundo occidental. La Guerra Fría estaba no sólo teniendo repercusiones políticas, sino que fue el motor que impulsó a generar cambios en el pensamiento de

---

<sup>1</sup> Entrevistas realizadas el 27 de julio y 5 de septiembre de 2017.

muchos jóvenes, surgiendo de esta forma diferentes movimientos y tendencias como el hippismo, el uso de pastillas anticonceptivas, el rock and roll, entre otros.

En Chile, este movimiento y cambio social se vio fuertemente ligado a la educación superior y a la motivación de las y los jóvenes estudiantes de querer cambiar el sistema bajo el cual se regían las universidades en esta época. Es por eso que, entre 1967 y 1968, las principales universidades de Chile, entre ellas la Universidad Católica de Valparaíso, comenzaron a organizarse para llevar a cabo la “reforma universitaria”. Huelgas y manifestaciones buscaban insertar las demandas que las distintas universidades exigían. Entre ellas, dos eran las principales: crear la oportunidad de que todo aquel que quisiera entrar a la universidad, independiente de su situación socioeconómica, lo pudiera hacer y que todos los estamentos participaran en la elección de los cargos de las autoridades universitarias.

Sin embargo, este proceso chocó con un muro y fue debido a la llegada de la dictadura militar el 11 de septiembre de 1973, en donde todas las universidades fueron intervenidas por militares.

María Luisa Sepúlveda, en 1967, estudiaba Trabajo Social en la Universidad Católica de Valparaíso y por ende no quedó ajena al proceso de reforma. “El ’67 fue la toma de la universidad y de mi Escuela. Fuimos cinco las alumnas que participamos en la toma y que no nos sumamos a que la Escuela siguiera funcionando normalmente fuera de la universidad. Cuando terminó la toma y hubo un cambio de rector, empezó la reforma”, recuerda.

El gran eslogan que se defendía era “una universidad al servicio de la sociedad”. Sin embargo, era una institución que se sentía ajena a los problemas de la gente y, por lo tanto, se buscaba preparar a profesionales que estuvieran efectivamente defendiendo una sociedad más justa. “Y ahí, entonces, me invitaron los profesores a participar en el proceso de reforma de la Escuela. Participé uno o dos años, nos reuníamos en las tardes. De todas formas, seguía como estudiante, estaba en tercero”, afirma. Ella participaba más por intuición que por tener las cosas demasiado claras. Una intuición de cambio de una universidad lejana a los problemas de la sociedad a una más inclusiva.

Sentada en el sillón en frente a nosotras, María Luisa toma una postura seria, cruzada de piernas y con una expresión un poco tosca. Se da a entender de forma clara y con sus palabras sale a flote una personalidad directa y decidida. Mueve sus manos al hablar y de vez en cuando las

apoya en su rodilla. No hace muchas pausas, se nota que es entendida en el tema y que no somos las primeras a las que le concede una entrevista.

Poco después de terminar sus estudios, se casó con Humberto Vega y se trasladó a Santiago. Pero a un mes de haberse casado, su padre enfermó gravemente. “Mi papá tuvo un infarto cerebral muy masivo y quedó casi vegetal, justo al mes después de que me había casado. Esto mismo hizo que muchas veces yo fuera a Valparaíso a verlo incluso sólo por el día, ya que a mi papá le dieron muy pocos días de vida. Duró casi cinco años, pero nunca se recuperó”, comenta.

### **La labor por los Derechos Humanos**

Cuando fue el golpe, María Luisa trabajaba en un policlínico en San Pablo, mientras que Humberto trabajaba para el gobierno de la Unidad Popular. El policlínico estaba en paro. Todos los funcionarios y funcionarias estaban movilizados, excepto las asistentes sociales.

Una vez pasado el día 11, alrededor del 18 de septiembre, hicieron presentarse en el policlínico a todos los funcionarios. “Yo me presenté y, no sé si ese día o el siguiente, me dijeron que tenía que ir todos los días (al policlínico), cumplir horario, pero no podía atender público ni conversar con el personal. Hasta que fui citada al Hospital San Juan de Dios y fui interrogada largas horas por un coronel que estaba a cargo de la inteligencia en dictadura y, entonces, ahí la resolución final fue que me mandaban a detención domiciliaria”. Según cuenta ella, la sentencia no fue muy clara, por ende, no tomó ninguna medida y continuó saliendo de su casa. Hasta que el 10 de diciembre salió un decreto diciendo que era expulsada del servicio.

En octubre de 1973 se creó el Comité Pro Paz y, a principios de 1974, María Luisa, con 26 años, ingresó como asistente social del Departamento Jurídico. “Yo me enteré de la creación del Comité muy pronto, porque yo pertenecía a una comunidad de profesionales católicos y gente de esa comunidad se fue a trabajar al Comité Pro Paz”, explica.

La labor de las asistentes sociales era realizar la primera atención a las víctimas, haciendo las fichas de cada caso y derivando a abogados según correspondiera. Además, ordenar la información y calificar situaciones, hacer seguimiento de éstas y acompañar a los familiares en los procesos de organización. “El Comité era una casa que en algún momento fue ocupada por una familia y tenía un altillo al cual se subía por una escala con muchos recovecos. La gente que iba

para encontrar a sus familiares se empezó a juntar arriba. Había un sacerdote que era gringo y unas monjas inglesas que ayudaron a mucha gente y que acompañaban a estos grupos”. Así fue el comienzo del Comité Pro Paz.

El 31 de diciembre de 1975, a poco más de un año desde que entrara al Comité, este cerró por órdenes directas de Augusto Pinochet. Pero el Cardenal Raúl Silva Henríquez, el 1 de enero de 1976, levantó la Vicaría de la Solidaridad. La mayoría de los que colaboraban en el Comité continuaron su labor en esta institución. María Luisa quedó a cargo del área de asistentes sociales, entre las cuales se encontraban Daniela Sánchez, Ana María Medioli y Victoria Baeza.

“Desde muy temprano me tocó también participar en las situaciones complejas. Tuve siempre labores de mucha responsabilidad, acompañando a familias que se le habían muerto sus seres queridos. Yo era la encargada de ir a la morgue a reconocer los cuerpos, eran situaciones riesgosas, siempre estaba la DINA<sup>2</sup> cerca”, nos cuenta mientras recuerda su trabajo en la Vicaría de la Solidaridad. A pesar de que afirma que esto no le afectó tanto psicológicamente, no descarta que haya sido duro: “el olor de la morgue hasta el día de hoy lo siento en la esquina. Y antes me salían como granitos. Era mi reacción a la situación”, afirma.

Al poco tiempo, María Luisa Sepúlveda, a pesar de no tener un cargo de jefatura, comenzó a participar en las reuniones de jefes de departamentos que se realizaban semanalmente. “Me llevaba el jefe de Jurídico, porque yo tenía visión y contacto con la gente que llegaba. Me tocaba a mí por distintas razones llegar con los cuentos. Me decían a mí ‘oye, anda donde el Cardenal y le cuentas esta situación grave’. Siempre tuve como roles, sin haber tenido cargos que me hicieran sentarme en la mesa de dirección”.

A raíz de las vivencias de María Luisa Sepúlveda, nos vamos dando cuenta de lo empoderada que siempre ha sido, desde su época como estudiante universitaria hasta hoy. Sabe perfectamente que no se puede dejar avasallar por el poder y menos por el género masculino.

El trabajo era duro y no había horario para los Derechos Humanos y María Luisa estaba consciente de eso. A esto se le sumó que los primeros años no tenía hijos y tenía un poco más de

---

<sup>2</sup> Dirección de Inteligencia Nacional, policía secreta durante la dictadura que operó desde 1973 hasta 1977. Fue reemplazada por la Central Nacional de Informaciones o CNI.

libertades. No así las demás mujeres, que además de asistentes sociales, periodistas, abogadas y documentalistas, eran madres.

### **Las primeras pruebas**

Se dice que 1978 fue el año de los Derechos Humanos. La Iglesia Católica, entre el 22 y 25 de noviembre, organizó el Simposio Internacional sobre Derechos Humanos, el que fue convocado por el Cardenal. Al evento asistieron representantes de distintas iglesias, obispos extranjeros y autoridades de la Naciones Unidas. Fue celebrado en la Catedral Metropolitana, a un costado de la Vicaría de la Solidaridad.

Fue un evento en donde las palabras del Cardenal en torno a los Derechos Humanos sacaron aplausos de pie, mientras se agitaban pañuelos blancos: "La consecución de la Paz para Chile y todos los países de América y del mundo. En nuestro país, la Iglesia ha querido defender los grandes valores y la base de su grandeza: nadie nos podrá culpar de no haber sido patriotas y de no haber querido verdaderamente el bien y el progreso de nuestra tierra"<sup>3</sup>. Como es de suponer, la dictadura hizo su parte por censurar y mostrar que el evento era algo negativo. La prensa del momento se encargó de desprestigiar a la Vicaría y no sólo fueron los medios, sino que hubo gente que acudió al evento acusando que ahí sólo se ayudaba a marxistas.

Pero la Vicaría tenía sus propios problemas. Pocos días antes, un testigo anónimo había denunciado un entierro clandestino, dando inicio a lo que se denominaría el caso "Los Hornos de Lonquén", la primera evidencia física que demostraba lo que la dictadura hacía con los detenidos. El hombre llegó a la Vicaría contando que había escuchado golpes y disparos cerca de los hornos de cal en Lonquén. Aseguraba que ahí se encontraban más de 150 cuerpos.

Debido a que al momento del descubrimiento se estaba realizando el Simposio de Derechos Humanos, se guardó el secreto por unos días. Sólo un equipo de dos o tres personas lo supo, entre ellas María Luisa Sepúlveda. "Cuando se terminó todo esto, se cuestionó el hacer pública la situación inmediatamente. Dijimos: 'si esto lo destapamos acá, van decir que todo esto es un show, que hicimos esto para traer gente'. Esperamos el día que se fueron todos. Luego de eso, llamamos

---

<sup>3</sup> Extracto del discurso emitido por el Cardenal Raúl Silva Henríquez en la presentación del Simposio de Derechos Humanos, 1978.

a un grupo de personalidades, entre ellos, Jaime Martínez, director de la revista “Qué Pasa” de esa época, el obispo y el abogado Máximo Pacheco, que era presidente de la Comisión de Derechos Humanos. Se cerró la puerta y les dijimos: ‘¿están dispuestos a que les contemos una historia para la cual les pediremos colaboración? El que no esté dispuesto puede irse, pero al que le contemos...’”, dando a entender que era un tema complicado y que necesitarían su apoyo. Las unidades de inteligencia de la dictadura no podían descubrir que ya se sabía su secreto. “Al fin y al cabo, todos estuvieron de acuerdo. Fuimos con un grupo a un tribunal cerca de Lonquén, el cual inmediatamente dio la orden de empezar a investigar. Ahí fue cuando encontraron los cuerpos. Esto empezó cerca del 1 de diciembre y recién en febrero supimos quiénes eran”<sup>4</sup>, recuerda.

Los cuerpos pertenecían a un grupo de jóvenes de la Isla de Maipo que habían sido detenidos y posteriormente desaparecidos. Identificar los cadáveres fue una odisea, ya que en ese tiempo no existían las pruebas de ADN. Pero había otras formas. A pesar de los esfuerzos de la dictadura por ocultar los cuerpos, se encontró ropa, donde dentro de un bolsillo había una boleta. “Eran once campesinos, más cuatro chicos que habían ido a la plaza de Lonquén a una fuente de soda y en el bolsillo de uno de ellos se encontró la boleta de las bebidas del día 7 de octubre del año 1973. Eso permitió que se pudieran identificar”, nos cuenta. Entre tanto, las familias desesperadas realizaban huelgas de hambre y manifestaciones para que los cuerpos fueran devueltos y así poder realizar un entierro digno.

Recién en septiembre de 1979, con los cuerpos identificados, se logró organizar el funeral, pero otra vez la dictadura mostraba su cara más cruel. “Estábamos en la iglesia con todas las familias, con la autorización judicial para retirar los cuerpos y el Servicio Médico Legal salió por otro lado con los cuerpos y los tiró a una fosa común. Ese era el nivel de violencia de la situación”. Esto provocó la desesperación y angustia de los familiares y fue la Vicaría con sus trabajadoras y trabajadores los que ayudaron a calmar los ánimos, a pesar de que ellos mismos no se lo creían.

María Luisa, indignada y aún con rabia por la situación, cuenta que recién en los años 2000 los lograron sacar de la fosa, permitiendo a expertos extranjeros realizar definitivamente la identificación de los restos.

---

<sup>4</sup> Anexo N°1. Revista Solidaridad, edición n° 25, año 1979. Caso Hornos de Lonquén.



## La cotidianidad sigue

Dentro de la mirada social de ser mujer está el rol de madre. María Luisa no podía cumplir con esa “exigencia” de manera biológica, por lo que en poco tiempo estuvo sometida a un gran número de operaciones sin resultados positivos. Es por eso, que con su esposo Humberto decidieron adoptar.

El año 1975 llegó Javier, su primer hijo; el 1976, Valentina y tres años más tarde Paula. En ese tiempo, explica, no existía el pre ni el post natal y menos para madres que adoptaban. Recuerda que le mencionó a un abogado de la Vicaría, que había participado en la creación de la Ley de adopción durante el gobierno de Frei Montalva, que cómo no habían creado un postnatal, a lo que él respondió: “nunca me imaginé que una mujer que iba a adoptar un niño iba a trabajar”. A pesar de esto, le otorgaron un permiso de un mes como una especie de post natal para la llegada de Javier y de Valentina. Ya cuando llegó Paula estaba más empoderada, por lo que pidió tres meses y se los dieron.

Al hablar del tema de sus hijos, vemos como la expresión sería que nos mostró cuando comenzamos la entrevista, se vuelve más amable. Los ojos le brillan. La seriedad de la entrevista se disipa y desde ese momento sentimos que María Luisa nos muestra un lado de su vida al que no es fácil acceder.

Trabajar en Derechos Humanos implicaba conocer y tratar casos fuertes. Durante la dictadura existieron todo tipo de torturas y violaciones a los derechos de las personas. No era un trabajo fácil y en esto no había que involucrar a la familia. “Uno no tenía ni la más remota idea de lo que uno iba a ser testigo, que iba a acompañar situaciones de tanto dolor, de tanta brutalidad, entonces yo traté de que mi vida familiar siguiera como si nada. La visión de mis hijos fue que estuvieran muy contaminados por mi trabajo. Yo sentí que los protegí, más de lo que ellos sintieron, de su relación con esta labor. Se acuerdan de cosas, como cuando mataron a José Manuel Parada<sup>5</sup>. Su muerte marcó mucho a mi hijo menor. Quedó con una inseguridad terrible, él temía que a mí me pasara algo y fue fuerte, hubo que apoyarlo. Él conocía a José Manuel y a sus hijos”, recuerda.

---

<sup>5</sup> Jefe del Departamento de Análisis de la Vicaría. Asesinado en 1985 en el “Caso Degollados”.

En la Vicaría no sólo había relaciones de trabajo, eran compañeros y amigos. María Luisa, hasta el día de hoy, sigue siendo muy amiga de dos asistentes sociales, Ana María Medioli y Daniela Sánchez. Veraneaban juntas en familia, hacían camping y sus hijos eran amigos, “entonces era bien difícil no traspasar, porque estábamos súper traspasados por lo que estábamos viviendo. Hacíamos todas las cosas que las mamás hacemos, la cotidianidad sigue. Yo los llevaba al dentista, al doctor de las plantillas, había reuniones de padres en el colegio, hacíamos vacaciones, celebrábamos los cumpleaños, es decir, seguimos viviendo. Yo recuerdo que uno corría todo el día, pero yo trataba de estar al día con los niños, de las matemáticas, de las ciencias naturales e historia. Que no se fuera la vida, porque había una facilidad inmensa de que la vida se me fuera por el lado”, reflexiona.

Pero María Luisa tuvo suerte: su marido Humberto fue un gran compañero. Nunca le puso en duda su participación en la Vicaría y jamás le planteó que hiciera otra cosa. “Para mí fue súper importante, porque yo tenía un sostén. Yo trataba siempre de botar el lápiz a las seis y venirme a la casa, pero uno en esa época nunca sabía cómo iban a ser las cosas”.

María Luisa es una mujer de familia, tiene varios nietos y su hermana vive en el departamento de abajo. Tiene repartidas en su departamento numerosas fotos de sus familiares, tanto de los que están, como de los que ya han fallecido.

### **Casos que no se olvidan**

Como asistente social había que recibir a los familiares, atender y apoyar a las víctimas. No era extraño que algunos de estos casos afectaran de manera más profunda a quienes les tocaba día a día atenderlos y prestar algún tipo de ayuda o solución. No discriminan entre unos y otros, pero algunas veces se contaban situaciones que terminaban dando vueltas en la cabeza de las asistentes y que incluso hoy, 40 años después, se siguen recordando.

### Cuando la dictadura violó más que los Derechos Humanos

“Las denuncias de abuso sexual en el Servicio de Seguridad de las mujeres comenzaron como el ‘75, pero eran denuncias que no prosperaban. Una noche que había sido de Año Nuevo,

violaron a muchas mujeres en “La Venda Sexy”<sup>6</sup>. Pero la mayor parte de las mujeres que eran violadas no lo contaban. Empezaron a contar de sus violaciones cuando comenzaron a hacer testimonios muy precisos de lo que a ellas les había pasado, de lo que ellas habían visto cuando eran testigos de causas de detenidos desaparecidos. Esto fue ya en los ‘80. Muchas de ellas venían de vuelta del exilio y habían vivido en sociedades más abiertas, en donde estos temas se trataban y no esta sociedad cerrada en donde siempre tenía responsabilidad la mujer de ser violada”.

“Un día yo tenía una reunión en la Comisión Valech 1, se reunían dirigentes de una región. Nosotros atendíamos y escuchábamos sus demandas. La mayoría eran hombres, entonces se estaban conversando distintas situaciones y uno de los señores que estaba al lado de una señora le tocó el hombro y le dijo ‘compañera, lo tuyo fue distinto’. Cuando iba saliendo este grupo, yo le dije a la señora ‘si algún día necesita algo, aquí estamos’, tampoco yo imaginado nada. Me llamó la atención el gesto del hombre hacia ella, a lo mejor esta mujer tenía algo que no había contado y que uno podía ayudarla. Entonces, al final de la reunión se van y no pasa una hora y la señora me llama y me dice que quiere hablar conmigo.

- Le paso a la secretaria para que le vea un huequito, le dije.

- No, me respondió. Yo necesito ahora que me atienda con mi hija.

“En ese momento entendí que tenía que atenderla. Llegó al poco rato con su hija, una adolescente de quince años, y ella, una señora de treinta, le cuenta delante mío que es fruto de una violación”.

“Tenía quince años cuando la detuvieron. Su hermana pololeaba con el chofer de un diputado durante la Unidad Popular. Ese chico, pocos días después del golpe, se fue a la casa de la familia de la polola, allí detuvieron al chico y a las dos hermanas. Esa misma noche, un teniente se entusiasmó con esta niñita, la violó durante mucho tiempo. Cuando tenía cinco meses la dejaron, porque ya se le notaba que estaba embarazada”.

“Sus padres no entendieron que ella no era responsable de su embarazo de cinco meses. Siguió en el colegio, era bien chiquitita, totalmente fajada. Un día se dio cuenta que en su familia estaban haciendo movimientos para que cuando tuviera la guagua la diera en adopción. Ella no

---

<sup>6</sup> La Venda Sexy fue un recinto de tortura de la DINA ubicado en la calle Irán N° 3037, comuna de Ñuñoa. Fue conocido por los constantes abusos sexuales cometidos a las detenidas como forma de tortura.

quería. Se arrancó a la dirección de una familia amiga de la suya, donde había un chiquillo que era muy cercano a ella y muy amoroso. Él la acogió, tenía 18 años. Finalmente se casaron. Ella le dijo que no podía tener nada con él, porque estaba totalmente traumatizada. Pero se casaron para poder darle un nombre a esta guagua”.

“Mientras escuchaba el relato, su hija lloraba. La mujer tenía una marca de un ‘7’ y dijo que este hombre, la última vez que estuvo con ella, le hizo ese tajo ‘para que nunca te olvides que fuiste mía’. Su hija lloraba y decía ‘ahora entiendo porque he sido lo peor que a ti te he pasado’. Lo contó años después.”

“La chica sentía esta ambivalencia de la madre, de cariño y rechazo a la vez. Y el padre que no era padre. Ella dice que fue un hombre buenísimo”.

### La muerte bajo el árbol

“A la Agrupación de Familiares llegó una señora, ya conocida porque la habíamos atendido. Era de muy escasos recursos. Llegó a pedir unos remedios o que nosotros le financiáramos la compra de un remedio que ella había hecho. Yo me quedé atendiéndola a la hora de almuerzo sola en la oficina. Todos habían ido a almorzar y yo conversando con ella, de repente me di cuenta de algo: ella había matado a su marido y lo tenía enterrado en su casa.

“Empecé a conversar con ella para ver cómo había sido. Él había estado detenido antes por distintas razones y en ese momento estaba desaparecido. Mientras me contaba, yo me preguntaba: ¿cómo denuncio a esta señora a tribunales? Yo no era capaz de denunciarla. Me siguió contando que él era un alcohólico, que les pegaba a tal nivel que un día le pegaron ellos a él. Era bien difícil. Lo saqué entrelíneas. Ella llevaba un tiempo que había denunciado, se había hecho recurso de amparo, tenía una carpeta. Pero ese día se dieron circunstancias en las que ella me contó una historia de cuando él recién había desaparecido. Él siempre había querido cambiar el árbol que estaba atrás del patio hacia otro lado y ella le pidió a los hijos que la ayudaran a hacer este cambio, para cuando él apareciera, darle en el gusto. Yo dije ‘que raro’, o sea, uno no puede tener energía para cambiar un árbol de un lado a otro”.

“Yo esto se lo informé en secreto de confesión al vicario y a un abogado. Hicimos un pacto de no contarle a nadie y le dijimos a la señora ‘usted no viene nunca más a la Vicaría, si usted no quiere que esto llegue a mayores. Le pido que se retire de la organización. No tiene razones para estar siendo aquí atendida, ni razones para estar en la Agrupación”.

“Pasó el tiempo y la historia quedó ahí. Pero después del plebiscito, uno de los hijos se fue a entregar a Investigaciones. Ya en ese momento faltaban días para que se cumpliera el plazo de quince años para que la señora quedara libre. Eso sucede cuando pasa un plazo del delito y no te pillaron. Nosotros ahí ayudamos a que el juez no la condenara. Al chiquillo, años después, lo atropellaron y murió. Él era chico, imagínate, y participó en esto. Pero el padre era un hombre alcohólico que los maltrataba. En estos tiempos se podría haber denunciado como defensa propia, pero en ese tiempo era imposible, era súper *heavy*”.

### Caso Gómez Peña

A finales de 1986, la dictadura comenzó una ofensiva en contra de la Vicaría de la Solidaridad. En abril de ese año, llegó un hombre malherido a denunciar que en su población había ocurrido una balacera y que una bala lo había impactado en uno de sus glúteos, su nombre era Hugo Gómez Peña. En esos días había muchas protestas, por lo que era habitual que la gente llegara con heridas, pero algo tenía este caso que no era normal. Gómez Peña fue atendido por la asistente social Victoria Baeza, quien vio las heridas y lo derivó directo al médico.

“Su hermano había sido detenido antes por carabineros y había estado como un mes desaparecido y él estaba aterrorizado de caer preso. No había ido a la posta, según su versión, porque le daba miedo que carabineros lo detuviera. Después de almuerzo, estaba en mi oficina y llegó Victoria con el diario y, en primera página, aparecía que había un herido a bala en el mismo sector donde el cabro vivía, que había participado en un asalto del Frente Patriótico Manuel Rodríguez”, nos va contando María Luisa.

El titular era del diario La Segunda y decía que un carabinero había muerto en un enfrentamiento tras el asalto de una panadería. “Leí la noticia y fui inmediatamente a hablar con la dirección. Nos juntamos los abogados, médicos, el secretario ejecutivo, Enrique Palet, y yo y se tomó la decisión de ir a la clínica Chiloé, donde estaba internado”. En el lugar, se encontraron con Hugo y le informaron que ya estaban al tanto de la situación: “te ofrecemos toda la protección del mundo que podamos para decir que estas acá, presentar un recurso y eso te va a salvar la vida, pero no nos podemos hacer cargo y no puedes seguir en la Vicaría”. Era una situación en la cual la Vicaría se estaba involucrando en un hecho de sangre y esos casos podían afectar directamente a los trabajadores y trabajadoras de la institución.

La Vicaría se encontraba en una situación complicada, era su deber atender a quienes llegaban a declarar, pero en el caso de estar involucrados en muertes, tenían que denunciar el hecho a las autoridades. Sin embargo, ni la asistente social, ni los médicos lo hicieron.

Una vez dado de alta, Hugo Gómez Peña desapareció, sus familiares fueron detenidos e interrogados. Como consecuencia, se supo que la Vicaría había ayudado y no había declarado, por lo que días después, la Tercera Fiscalía Militar se comunicó con la Vicaría de la Solidaridad. El abogado Gustavo Villalobos y el médico que atendió a Hugo, Ramiro Olivares, fueron detenidos y trasladados a la Cárcel Pública.

Tras varias declaraciones de los detenidos diciendo que no sabían que Gómez Peña había participado en el ataque, el 8 de agosto salieron bajo fianza el abogado y el médico. Sin embargo, el fiscal de la causa, Fernando Torres Silva, siguió insistiendo y, como consecuencia, Olivares fue detenido por un año más, mientras que la causa Villalobos había sido sobreseída.

Luego de varias acciones de la Iglesia y de doctores ganadores de premios Nobel, Olivares salió en libertad. Pero esto sólo haría que el fiscal Torres Silva se pusiera como objetivo denunciar a la Vicaría por ayudar a “terroristas”. Exigió leer y revisar las fichas médicas de las víctimas, a lo que la Vicaría se negaba rotundamente.

“Nosotros podíamos atender igual estos casos que llegaban, pero no podíamos defenderlos en tribunales. Este joven estuvo de casa en casa, hasta que al final lo entregaron dopado y finalmente habló de todo. Se identificaron todas las casas y las pobres viejas que habían ayudado terminaron todas presas, también el abogado porque había ido a la clínica y lo había ayudado”, afirma.

### **La única secretaria ejecutiva de la Vicaría**

Al llegar la democracia, el rol de la Vicaría fue cambiando de foco. Se hacía necesario organizar la información para que el Estado se comenzara a hacer cargo de los Derechos Humanos. Fue en ese periodo cuando María Luisa asumió como secretaria ejecutiva de la Vicaría de la Solidaridad, la primera y última mujer en hacerse cargo de la institución.

“Yo fui la última secretaria ejecutiva, pero fue en la medida que se fueron yendo los señores, los caballeros, como le digo yo”. Ejerció ese cargo desde 1990 hasta 1992. “Me tocó

cerrarla. Imagínense que se necesitaron 86 camiones de mudanzas para sacar todas las cosas que había. Repartimos las cosas entre las parroquias que las necesitaban y organizaciones de familiares. Como secretaria ejecutiva, eso fue lo que me tocó. No fueron las luces, fueron las sombras”, reflexiona.

“Fue una tarea bien titánica desde el punto de vista emocional, porque me tocó organizar el cierre y decirles a mis compañeros y compañeras de trabajo que esta tarea se acababa. Yo me acuerdo que, cuando se tomó la decisión, yo era una convencida de que la Vicaría tenía que cerrarse, porque era muy subsidiaria a la falta de Estado de Derecho que había en dictadura y las cosas que pasaban. Entonces, el Estado, las sociedades y los gobiernos tenían que hacerse cargo de estos problemas. También tuvimos que decirles a las organizaciones de víctimas, especialmente a las organizaciones en que había más vínculo con ellas, que había que irse, que esto se cerraba y se cerraba de verdad”, relata como contando una historia, sin mayores sobresaltos.

### **La lucha por los Derechos Humanos no termina ahí**

Los 86 camiones de mudanza fueron a parar a la Fundación Archivos de la Vicaría de la Solidaridad, un lugar en donde, si tienes tiempo y ganas, puedes pasarte horas revisando las carpetas de los casos que se atendieron desde 1973 hasta 1992. Está ubicado en Avenida Ossa, La Reina, entre el metro Simón Bolívar y Plaza Egaña. En un comienzo, estuvo situada en el Arzobispado de Santiago. Ahí fue donde María Luisa creó esta fundación.

Lo que hizo María Luisa Sepúlveda fue una tarea importante. Hoy en día, estos archivos sirven como evidencia para diversos casos que aún no han sido cerrados, también sirven de material para investigaciones. Toda la historia de lo que se hizo y quién recibió ayuda, está ahí. Pasillos llenos de cajas con los nombres de los casos, libros y más cajas.

“Terminamos de hacer eso y a principios de 1994 yo dije ‘no puedo seguir acá, me voy’. No era lo mismo, no atendía gente, fue más tedioso eso y me fui un día a las once de la mañana. Me fui a hablar con Sergio Valech y le dije ‘sabe, don Sergio’, -yo seguía siendo miembro del directorio de la Fundación- ‘me voy y le ruego que no me pida que me quede’. Entre medio, más de una vez había dicho que tenía ganas de irme y me ofrecían que me quedara en algún cargo del Arzobispado”, nos cuenta.

Pero no estuvo ni un día sin trabajo, porque esa misma tarde la llamó una amiga para que se fuera a trabajar a Integra, una institución a cargo del gobierno encargada de prestar servicios de educación parvularia. Ahí estuvo seis años. Sin embargo, lo más importante de la vida de María Luisa fue su participación en las dos Comisiones de Verdad que se hicieron: la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, más conocida como Comisión Rettig y la Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura o Comisión Valech.

“Cuando se termina la dictadura o comienza la transición a la democracia, ahí yo diría que, fundamentalmente, está el qué tema era aceptado por la sociedad y qué tema era aceptado por el poder militar. Era la búsqueda del destino final de los detenidos desaparecidos. Eso era algo que nadie se atrevía a estar en contra, independiente de que los que sabían la información y eran responsables no estaban dispuestos a dar información, pero no se atrevían a decir que no”, afirma.

Fue el gobierno de Patricio Aylwin el que creó la Comisión Rettig, a través de un decreto administrativo. Su objetivo era identificar a todas las personas asesinadas por agentes del Estado durante la dictadura. El trabajo duró ocho meses, en los que se recibieron los testimonios de aproximadamente tres mil personas y se calificaron alrededor de dos mil. La Vicaría cumplió un rol fundamental, tanto en esta Comisión como en la Valech, traspasando la información de cada una de las víctimas. Poco tiempo después, se sumaron los casos pendientes, siendo en total 2.279 los casos de detenidos desaparecidos y ejecutados políticos.

Más adelante, en el año 1999, se creó la Mesa de Diálogo a la cual María Luisa Sepúlveda fue invitada a asesorar. En ese periodo, los tribunales seguían siendo cómplices de la dictadura, no se avanzaba en temas de justicia por las violaciones a los Derechos Humanos. En la mesa, se creó el espacio para que involucrados en las violaciones pudieran hablar y dar cuenta de lo ocurrido.

En el año 2003 se abrió nuevamente el debate y obligó al entonces presidente, Ricardo Lagos, a crear la Comisión de Prisión Política y Tortura, conocida como Comisión Valech, a través de la cual se buscaba aclarar quiénes y cuántas habían sido las personas que habían sido afectadas en materia de derechos por parte del Estado.

“El decreto para la creación de la Comisión Valech se firmó el 26 de diciembre el 2003. A mí me tocó ser parte de los comisionados, estuve a cargo de organizar que se operara y me leí todos los casos. Al año, presentamos un informe y pedimos seis meses más para ver casos pendientes. A los seis meses emitimos un nuevo listado que agrega al anterior alrededor de mil víctimas más. Son



40.018 víctimas. En la primera etapa fueron 27.255. Después se sumaron las de la segunda Comisión”, afirma.

“El trabajo de la Comisión Valech fue un trabajo organizado en poco tiempo, que tenían que funcionar, a veces, 24 horas los equipos. Trabajaban de noche. Fue un gran trabajo y creo que se hizo con responsabilidad. Nos podremos haber equivocado en algún caso, pero se trató de acceder, en el tiempo que se tuvo, a la mayor cantidad de información y con el mayor respeto a las víctimas para que no volvieran a ser re traumatizadas”, comenta con certeza María Luisa, mientras se muestra orgullosa por los logros de ese trabajo.

Hoy, María Luisa vive sola en su departamento en Vitacura. Es luminoso y espacioso. Lo caracterizan las muchas fotos de familiares que llenan los muebles. Es abuela y se junta con sus hermanos por lo menos una vez a la semana. Lamenta desde hace un par de años la muerte de su hija Valentina, que murió de cáncer, y también la de su marido, Humberto, fallecido poco antes que su hija.

“Actualmente, soy directora nacional del Hogar de Cristo y estoy en el comité social del Hogar, es un trabajo ad honorem. También presido la Fundación del Museo de la Memoria y dedico algún tiempo a eso. Dejé de trabajar remuneradamente para acompañar a la Valentina y le he buscado sentido a la vida, hay que buscarle. Estas son historias más que anécdotas, las anécdotas para mi tienen una significación más superficial, más ligera. Les he transmitido mis secretos”, concluye.

Entendemos sus secretos como su vida, de la que nos transmitió pedacitos. Pero ésta sigue y, a pesar de haber vivido la dictadura de manera presente, sabe que de las experiencias pasadas debe aprender y lo demuestra. Su vida sigue muy ligada a la ayuda de otras personas, trabaja en instituciones que velan por los Derechos Humanos. O sea que, a pesar de no estar involucrada directamente en la Vicaría, aún cumple el mismo rol de una mujer fuerte, empoderada y decidida a pelear por lo que defiende. Su esencia no ha cambiado y está lejos de hacerlo.

## LUISA VICTORIA BAEZA FERNÁNDEZ<sup>7</sup>

La Escuela de Trabajo Social de la Universidad de Chile estaba ubicada en calle Condell, en la comuna de Providencia. Luisa Victoria Baeza estaba terminando de estudiar para ser asistente social, sin embargo después el golpe, se vio obligada a interrumpir sus estudios, ya que la Escuela fue cerrada por varios meses. En 1974 volvió a abrir, pero la fuerza militar ya había irrumpido. En ese momento, Luisa Victoria fue expulsada de la universidad.

Muchas cosas habían cambiado. Sus compañeros comenzaron a colaborar con el régimen militar, entregando nombres y haciendo listas de quienes apoyaban al gobierno de la UP. “A mí me mandaron una carta, por ahí tengo todavía el decreto en que quedaba expulsada de la universidad por proselitismo y actividad política fuera de la ley. Los listados, igual que en todas las facultades, en las puertas había personas de la DINA que estaba con guardias. Entonces, la gente tenía que ir pasando el carnet, mientras ellos revisaban en las listas. Si aparecías, no te permitían entrar. La gente bajaba la cabeza, no te miraba. Compañeros, gente con la que uno había participado. Uno entiende que a la gente le dé susto y se proteja, también”, explica Victoria.

Fue a la Escuela pensando que tal vez podría salir del país y tener una posibilidad de estudiar afuera, pero al llegar se encontró con una sorpresa: “cuando quise sacar mis estudios ya me habían sacado todas mis fichas, no tenía nada, como si nunca hubiese estado en la universidad”.

Victoria vive en un departamento a pasos del metro Colón. En la recepción preguntamos por Victoria y no dicen “ah, sí, la señora Luisa, pasen no más”. Subimos y nos recibe una mujer de 63 años de pelo canoso hasta un poco más abajo de los hombros. Tiene una cara dulce, pero personalidad seria. Son las cinco de la tarde y hace un poco de frío, por lo que Vicky tiene puesto un chaleco. Nos sentamos las tres en la mesa del comedor que era de madera e imponente. Nos ofrece algo para tomar. Aceptamos y al rato aparece con tres vasos y una botella de agua con gas.

---

<sup>7</sup> Entrevistas realizadas el 11 de julio y 12 de septiembre de 2017.

## **Tiempos de MAPU y dirigente estudiantil**

Corría la segunda mitad de los años '60 cuando un grupo de demócratacristianos ya no encuentran en ese partido la representación de sus ideales. La Democracia Cristiana, que en su momento surgió como una posibilidad distinta al socialismo de dar respuestas a las necesidades de la gente, va progresivamente cuestionando el modelo capitalista. Durante el periodo de gobierno de Frei Montalva, comenzaron a surgir dificultades dentro de la Democracia Cristiana, hubo una serie de procesos sociales que se empezaron a contener y a retener y surgieron nuevos movimientos sociales que transformaron la política en Chile. Se comenzó a articular todo un tejido social en pro de demandas sociales importantes, como lo eran la reforma agraria y la reforma universitaria. Los jóvenes fueron protagonistas de este movimiento crítico y en el año 1968, la Democracia Cristiana se dividió y surgió el MAPU como una alternativa para construir una sociedad más justa.

El MAPU fue parte de los partidos de izquierda que apoyó a Salvador Allende para las elecciones del '70. Esto, según Victoria Baeza, fue lo que marcó la diferencia en cuanto a las elecciones anteriores de Allende, “porque finalmente rompió con la lógica de los partidos Comunista y Socialista, que eran los que tradicionalmente lo habían apoyado. Y entran a jugar un rol bien importante sectores medios; profesionales y jóvenes que de alguna manera quiebran esta mirada de los socialismos reales o tradicionales.”, reflexiona.

Sin embargo, dentro del MAPU también hubo un quiebre. Durante la Unidad Popular, diversos grupos económicos y políticos presionaban para desestabilizar al gobierno de Allende. Para algunos ya no bastaba con las acciones del gobierno, ya que lo consideraban muy pasivo y, por lo tanto, pedían una mayor radicalización. Sin embargo, hubo otro grupo que creía en una solución a través de las negociaciones para que el gobierno pudiera seguir: “o se radicalizaban las medidas y el ejército se ponía de parte del pueblo o se negociaba. Entonces también hubo ese tema. La Unidad Popular tenía distintas posiciones. Los comunistas estaban por una salida más democrática, más lenta. Y los socialistas, el MAPU dividido, el MIR y otros, exigían al gobierno que tuviera una mayor presión frente a los grupos económicos”, nos explica.

Cuando Victoria Baeza entró a la Universidad de Chile a estudiar Trabajo Social, ya era pre-militante del MAPU. Era el año 1970 y se vivía un ambiente de gran efervescencia en cuanto a política. En los primeros años de carrera, Victoria fue delegada de curso, para luego llegar a ser presidenta del Centro de Alumnos en noviembre del 1972. “Los estudiantes jugábamos un rol bien

fundamental dentro de lo que fue el gobierno de la UP, éramos la fuerza movilizadora, de alguna manera, y estábamos disponibles no sólo para ser parte de la estructura de la universidad, sino que también éramos una fuerza política para el país, en trabajos voluntarios, acciones de apoyo al Presidente, etc. Mucha de la gente que estudiaba en la universidad también formaba parte de distintos frentes sociales, muchos se iban a trabajar al mundo campesino, al mundo sindical, al mundo poblacional. Por lo tanto, era mucha la ebullición que había en la universidad”, recuerda.

Su periodo de presidencia debió haber sido hasta el 1974, sin embargo, tras el golpe de Estado, las universidades se cerraron por un largo periodo. Los militares se tomaron todos los espacios, incluyendo las universidades, ya que el movimiento estudiantil constituía una fuerza importante que podía desestabilizar a la dictadura. La que era directora de la Escuela fue exonerada, los profesores también, y mucha de la gente de izquierda. Detuvieron a varios dirigentes, estaba absolutamente desarticulado todo.

En 1974, la universidad se reabrió, pero Victoria Baeza ya no era considerada alumna de la institución. Luego de enterarse de esta decisión, apeló directamente al decano y al rector de la universidad. El resultado fue aun peor. No sólo era expulsada de la Universidad de Chile, sino que no podía ingresar a ninguna universidad del país. Además, todos sus antecedentes de sus cuatro años como estudiante, fueron eliminados.

La primera vez que Vicky fue al Comité Pro Paz fue para pedir orientación y ayuda en su complicada situación de expulsada de la universidad, sin saber que ese iba a ser el lugar desde donde finalmente podría ayudar y dar su aporte a las víctimas de la dictadura.

### **La dictadura le quitó hasta el nombre**

Poco tiempo después, en mayo del '74, Luisa Victoria recibió el llamado de Agustina Moretó, una ex compañera que estaba ligada al mundo religioso y que había participado en distintos movimientos de la Iglesia Progresista exigiendo una mayor radicalización y un mayor compromiso con los pobres.

“Me llamó un día y me dijo:

- Luchi, necesitamos gente para que venga a trabajar, estamos totalmente sobrepasados con la cantidad de gente que está llegando.

- Ya, encantada, le dije.

No estaba haciendo nada, estaba echada de la universidad, no sabía si me iba a ir del país.

- Pero no tengo mucho tiempo para explicarte, así que mañana a las 9 de la mañana nos juntamos en la Alameda con Cumming.

Llegué ahí, nos juntamos y caminamos de la Alameda hasta Santa Mónica, que eran dos o tres cuadras, mientras me explicaba del Comité.

- El único problema, me dice, es que Fernando Salas no quiere más gente que ha tenido problemas.

A mí ya me habían echado de la universidad, habían allanado mi casa. Además, yo ya había ido al Comité, a la parte de universitarios, que atendía a todos los que habían sido expulsados para ayudarnos con las apelaciones.

- No quiero que sepan que tú fuiste dirigente estudiantil y que tuviste estos problemas, porque no quieren más problemas, sino esta cuestión la van a aniquilar. Digamos que tú eres la Victoria, la Vicky, en vez de la Luchi...

...Que era como me decían.

O sea, estaban ahí todos los letreros con mi nombre, la propaganda. La Luchi era la dirigente estudiantil. Entonces, llegué al Comité y me presenté como Victoria Baeza. De ahí para adelante me fui encontrando con gente que me conocía de antes, entonces, ‘callados, yo soy la Victoria Baeza’ y quedé piola y no conté más mi historia de que había sido dirigente estudiantil, ni en lo que andaba, ni que mi casa había sido allanada, ninguna cuestión. Y quedé trabajando como Victoria y el resto de mi vida me seguí llamando así”.

Su primer trabajo dentro del Comité fue en la Unidad de Reubicación, que tenía que ver con las personas que querían salir del país. Su trabajo era entrevistar, evaluar y ver las prioridades de la gente y las posibilidades de que efectivamente se fueran, ya que los cupos no eran muchos. Siempre había dificultades y riesgos. Posteriormente, fue secretaria de la Unidad Social.

### **La importancia del empoderamiento de los familiares**

Tras el paso del Comité a la Vicaría, Victoria comenzó a desempeñarse como asistente social del Departamento Jurídico. Parte importante del trabajo realizado por el equipo Jurídico y

especialmente las asistentes sociales, fue la posibilidad de que las mismas víctimas fueran autogestoras de las soluciones. En un primer momento, la cantidad de familiares que asistían al Comité y a la Vicaría era altísima, por lo que el trabajo muchas veces era sobrepasado. Desde la Vicaría se les dio el apoyo a los familiares, se les entregó la información y se les fue enseñando y ayudando para que se organizaran y pudieran funcionar de una manera más autónoma. Los datos que daban los mismos familiares de las detenciones servían para entrecruzar información e ir sacando conclusiones de los lugares de detención y formas de operar. Con esta información, se realizaban grupos para ir a visitar a los presos u otras acciones de búsqueda.

“Nosotros empezamos a organizar a los familiares desde un principio para que ellos fueran protagonistas en esta historia, porque no se trataba de suplantar al rol de los familiares. Porque cuando un familiar llegaba a contar una historia de lo que había pasado, el allanamiento o la búsqueda de la detención de una persona, era siempre un drama. La gente desarticulaba toda su orgánica, toda su vida cotidiana y, después, ellos de a poco iban empoderándose y asumiendo un rol hasta lo que hoy día se conoce como las agrupaciones de familiares. Pero cuando las conocimos a ellas, muchas de ellas no eran lo que hoy día son, llegaron absolutamente temerosas, sin una experiencia en organización. Todo eso se fue construyendo junto con ellas y las asistentes sociales cumplíamos ese rol. No era fácil asumir, por ejemplo, que tu familiar era un detenido desaparecido, o sea, ¿en qué minuto decides que ya no tienes mayores posibilidades de encontrarlo? Todo ese proceso no era fácil”. Cuando habla, Victoria, lo hace de forma lenta y pausada. No gesticula y constantemente mueve para los lados una bandeja que está sobre la mesa. La observamos mientras habla y nos damos cuenta que su rostro no expresa muchas emociones.

“La gente cuando llegó estaba muerta de susto, muchos de ellos no sabían las razones. Algunos ni siquiera sabían de la militancia de sus familiares. Entonces, empoderarlos y que fueran parte de este proceso de búsqueda, ha sido un modelo de trabajo que ha sido copiado, transmitido y valorado en muchas partes del mundo. Porque hay organismos de Derechos Humanos que acogen a los familiares y hacen las cosas que tienen que hacer, pero muy distinto es apoyar y que ellos sean los que efectivamente se hacen cargo de lo que les está pasando. El ser protagonista de una búsqueda o de una solución de problemas, tener la voz que tienen hoy en día y la opinión de ellos frente a las distintas salidas, es fundamental”, afirma con decisión.

Recuerda con cariño distintas historias que demuestran la pasión que le ponían al trabajo. “Hubo una mujer, Ana Merino, que tenía nueve hijos. Su hijo mayor comenzó a militar en las Juventudes Comunistas, la Jota. Era una mujer que no sabía leer, marido alcohólico, una pobreza extrema. Y este hijo, trabajando en la feria conoció el Partido Comunista, se hizo militante y se les abrió toda una perspectiva de mundo. Las posibilidades que tenía la UP, de salir adelante. Y lo detuvieron. Esta mujer empezó a buscar a su hijo, pero ella no sabía leer, no podía comprender todo lo que tenía que hacer, llegar a alguna parte, que le pasaran un papel, era toda una limitación. Yo le empecé a enseñar a leer y partimos con el silabario. Hacía esto en mi hora de almuerzo, a algunas horas que podía. Entonces, claro, el trabajo iba mucho más allá de lo que puede hacer un funcionario público o de una institución. Porque uno sentía que tenía que habilitarlos a ellos, empoderarlos y generar las condiciones para que pudieran superar esto”.

### **Asistentes sociales versus abogados**

La facilidad para llevar a cabo un trabajo interdisciplinario fue una cualidad ligada a las asistentes sociales y no a los abogados, sus compañeros en el Departamento Jurídico. En general, para ellos fue más difícil realizar un trabajo en conjunto con otro tipo de profesionales. La labor de las trabajadoras sociales era orientar y apoyar a las familias que llegaban en busca de ayuda. Debían entender el caso, saber cómo se llevaba a cabo una querrela. En otras palabras, el trabajo detrás de la denuncia interpuesta por los abogados.

“Para las mujeres, en general, empatizar con el dolor es mucho más fácil que para los hombres y, por lo tanto, el aporte que nosotras hacíamos desde nuestra perspectiva de mujer, de madre, de compañera, no siempre era valorado y a veces nos acusaban de exageradas o histéricas. Siempre te ponen un epíteto. Entonces, en ese sentido y de alguna manera, los familiares de las víctimas, que todavía nos vemos, generaron un vínculo y una relación con nosotras que se da por nuestra condición de mujer, yo creo. Las urgencias de ellas también eran urgencias mías, en cambio, de repente los abogados o los hombres en general, para ellos el trabajo no es un compromiso total, es una pega. En ese sentido, sí sentí discriminaciones o descalificaciones por el hecho de ser mujer”, recuerda.

“Yo muchas veces sentí esa falta de respeto, de consideración frente a iniciativas que proponía y eran atribuidas o se le asignaban a otros. Eso se daba porque siempre se consideraba

que uno como mujer hablaba más tonteras o tenía menos capacidades discursivas o convicción para plantear las cosas. En general, uno tenía algunos conflictos con los abogados, los abogados hombres fundamentalmente. Fíjate que eso es interesante, porque con las abogadas no se presentaban los mismos problemas. Por decirte, para uno era urgente hacer un recurso de amparo, porque estaba con la familia en frente y sentía que había una urgencia y tú empatizabas con el dolor del otro. Para los hombres, las prioridades las fijaban ellos y los tiempos muchas veces también. Lo que para nosotras era urgente, para los hombres no necesariamente lo era y por lo tanto peleábamos a veces”.

De todas las asistentes sociales, Victoria, es la que más énfasis hace en este punto. Cuenta con rabia que las miraban en menos, le molesta que las trataran de histéricas y se nota que es un tema para ella hoy en día. Tal vez no desde el punto de vista del trauma o enojo, pero al recordarlo pareciera que retrocede a ese tiempo y se vuelve a poner en su lugar. Ella fue la única asistente social que entrevistamos que no se encontraba en una posición de poder.

### **Más allá de la Vicaría**

Victoria conoció a su marido, Roberto, a través de uno de sus hermanos, en una fiesta cuando tenía quince años. Primero fueron amigos y después se casaron. “La verdad uno en ese entonces se casaba para salir de la casa. Todos nos casábamos re jóvenes. Yo tenía 19 años”. Dice que crecieron juntos, incluso los dos militaban en el MAPU, en esa época lo que unía a las parejas era que tuviesen la misma ideología política.

En 1975, ya dentro del Comité, Victoria y Roberto tuvieron a su primer hijo. “Eso me significó estar un tiempo fuera, poco tiempo, porque ni siquiera tuve mucho pre ni post natal. Mi hijo nació en mayo del ‘75. Justo ese año fue la lista de los 119, que es el episodio en el que de alguna manera se da respuesta a la desaparición de un número importante de personas, que para nosotros estaban desaparecidos, que podrían estar en algún campo de detención. Fue la primera respuesta de la dictadura frente a los diversos recursos de amparo y gestiones que se habían hecho por ellos. Entonces bueno, fue un momento muy crítico y yo volví, esto fue en julio y volví en ese momento a trabajar. Porque la situación era súper grave”.

La lista de los 119, también llamada la Operación Colombo, estaba por un grupo de miristas, en su mayoría, que fueron detenidos por agentes de la DINA. La idea de esta campaña era hacer



creer a la opinión pública y a los organismos de Derechos Humanos que se habían enfrentado entre ellos, para justificar su desaparición. Victoria, ante esta situación, decidió volver de su post natal. “Uno no se plantea para nada ni la familia ni los hijos ni nada. Era la urgencia, yo sentía que estaba en una condición en que la vida de las personas estaba en riesgo, ya sobrevivir era un privilegio”.

“Nosotros después en Jurídico nos organizamos para tener un medio día libre en la semana. Hoy día eso es común, en ese entonces era bien innovador. También sentíamos que teníamos una responsabilidad en la casa, con los hijos, y había que, de alguna manera, tener un espacio para ir a las reuniones, comer con los niños, hacerse cargo de los médicos y controles, todo eso. Entonces, en ese sentido, éramos la mayoría mujeres, entendíamos que, junto con nuestra tarea, estaba este otro rol que teníamos que cumplir, porque recién hoy día se están compartiendo los roles y responsabilidades. En ese entonces, las mujeres cumplíamos este doble o triple rol de trabajar en la casa y además en la política. Hacer una contribución en contra de la dictadura”, afirma.

Su segunda hija, Valentina, nació en 1978. Un año después, Victoria y Roberto se separaron. Comenzaron a vivir situaciones en las que se veía afectado el camino que querían seguir como pareja, desde el ámbito político, que para Vicky era gran parte de su vida. Esto sucedió después de una detención que vivieron los dos:

“Se habían descubierto los Hornos de Lonquén, el ‘78. Los familiares estaban haciendo una huelga de hambre y nosotros, gente ligada al MAPU, habíamos hecho una manifestación, un acto de apoyo, e hicimos una marcha que fue muy exitosa. Partimos en Santa Rosa, hasta La Legua donde estaban los familiares haciendo una huelga y nos fuimos por dentro. La gente empezó a sumarse, fue una de las primeras marchas masivas que se hizo. Te estoy hablando del año ‘79. Por supuesto que llegaron carabineros y ahí identificaron a los que éramos responsables y que estábamos a cargo un poco del cuento y nos llevaron detenidos, entre ellos mi marido y yo. Nos pasaron por Ley de Seguridad del Estado y nos hicieron declarar en la penitenciaría. Fue espantoso. Me mandaron a mí a la correccional con otra gente. Fueron varios días, varios días presos”, confiesa.

“En realidad, Roberto no tenía ganas de participar en esto porque él trabajaba y se cuidaba mucho. Pero estábamos de aniversario de matrimonio y yo le dije que íbamos primero a esto y después íbamos a comer. Entonces me acompañó. Habíamos dejado a los niños encargados pensando que íbamos a la marcha y después a comer y felices de la vida, pero nos detuvieron. La

Valentina era chiquitita, tenía un año y ahí la gente se encargó de ir a avisarle a mis papás. Roberto seguía trabajando en la Compañía de Teléfonos y lo echaron después de esto, quedó cesante, y empezó el drama de él sin trabajo. Yo seguí en la Vicaría porque a mí no me iban a echar”, recuerda.

Después de ese episodio se separaron y, a partir del año 1980, asumió el cuidado de sus hijos sola. Roberto estuvo presente, pero no era lo mismo vivir juntos que estar separados. “No acepté que mi matrimonio fuera condicionado por normas y reglas y me parecía que, si no estábamos los dos en lo mismo, comprometidos por una causa, no tenía sentido seguir juntos por el qué dirán. Entonces, rompí con mi matrimonio, fui como bien rebelde, cuestionadora de las normas”.

Para sus hijos este periodo fue difícil, pasaron mucho susto. ”La Valentina me dice que cuando llegaba en la tarde del colegio se ponía a mirar por la ventana, porque no sabía si la mamá iba a llegar o no iba a llegar. Siempre supieron en lo que yo estaba. Era bien ambivalente, porque, por un lado, toda la gente de la Vicaría, para mis hijos, fueron como sus tíos. A veces, los tenía que llevar porque no tenía con quien dejarlos y ellos llegaban y todos iban a comprarles lápices abajo, o cuentos, o qué sé yo”. Por otro lado, en el liceo Simón Bolívar, donde sus hijos estudiaron, no podían comentar nada, ya que la directora del colegio era esposa de un carabinero. Era un colegio en donde había gente de todas partes y si algo se comentaba sobre el trabajo de su madre, no sólo la ponían en riesgo a ella, sino que a toda la familia.

“Ahora, yo siempre fui bien irresponsable porque seguía militando y en muchas ocasiones teníamos jornadas o cosas y yo iba con ellos, porque estaba separada. De alguna manera, también, no para usarlos, pero era la forma que yo tenía de participar. Si bien ellos ahora expresan estos miedos y angustias que sentían y el saber que no podían decir todo lo que yo hacía, era un problema, pero también un tremendo orgullo”, reflexiona.

### **No fuimos sólo funcionarios**

“Yo creo que ninguno de nosotros fue solamente un funcionario. Para nosotros era más que ir a trabajar, era un compromiso de vida y la gente lo sentía así. Entonces, ese era el valor que te asignaban. Lo que la gente valoraba era que tú efectivamente estabas comprometida más allá de un horario de trabajo. Nosotros nos acompañábamos, participábamos en muchas más actividades de las que correspondían como trabajadores. Tiene que ver con cómo uno efectivamente reconocía en

el otro el valor de su vida, de su existencia y no pones en cuestión lo que ellos hacen. No se cuestionaba ni la militancia, ni dónde vivían, ni las condiciones en que enfrentaban esto. Y eso la gente lo sentía, el respeto, la admiración, el acompañarlos, el entender que esto no se trataba sólo de la detención de una persona, sino todo lo que significaba en su entorno, con su familia. Sabían que había un compromiso y finalmente terminamos siendo de alguna manera amigos también”, nos explica Victoria, siempre con su voz calmada, pero a la vez con orgullo por la labor realizada por ella y sus compañeras.

La primera vez que vimos a Victoria nos limitamos a hablar más sobre su vida como asistente desde un punto de vista más formal. Más adelante, pudimos conocer a una mujer muy comprometida con el que fue su trabajo, no sólo a nivel profesional, sino que personal. Al hablar y recordar su historia, se nota que existe una cercanía especial con quienes fueron atendidos por ella, familiares y víctimas. Hasta el día de hoy, la invitan a cumpleaños y mantiene un contacto cercano con algunos. Es más, una de las preguntas que le hicimos era cuál había sido el caso que más la marcó como persona, a lo que ella no dudó en responder que eran tres. Los relató así:

#### Las tragedias del exilio

“Era una chica de Concepción, que a su compañero lo habían detenido allá. Ella estaba embarazada de ocho meses y se arrancó y se vino a Santiago. Acá la estaban buscando. Nosotros la protegimos. Como estaba embarazada, me tocó acompañarla. No era un tema menor, porque dónde la atiendes y todo eso. Nos conseguimos un lugar donde la atendieran, era una clínica privada con una doctora maravillosa que se la jugaba con mucha gente, pero con ella en especial. Entonces, teníamos que programar el parto, pero no podía ser cesárea porque eso significaba alargar más la estadía en la clínica y teníamos que hacerlo lo más rápido posible. Entonces, programamos el parto natural y para que tuviera las contracciones y pudiera nacer la guagua. Me acuerdo que nos paseamos por la Alameda de punta a punta para que pudieran venirle las contracciones en el momento preciso. Teníamos que entrar a una hora donde en la clínica privada estuviera la gente que nos estaba ayudando y que fuera en el tiempo que podíamos”.

“Por supuesto que la acompañé en el parto, el único parto en el que he estado, acompañándola y pujando con ella. Y nació la guagua, se llamó Amparo. Después hubo que sacarla del país, con una guagua no es tema fácil, pero se fue a Francia. Desgraciadamente, allá no sé si tuvo una relación o un chileno la joteaba y ella no estaba dispuesta, no sé bien. Pero la mató, a la

Mari. Él, un chileno, la degolló. Después de todo esto que pasamos. Y la guagua quedó sola, la Amparito. Estaba en el jardín y todo eso”.

“Así que fue terrible, después tuvimos que traerla, viajó la mamá de la Mari...y traer a la guagua y todo. Bueno, era parte de las tragedias del exilio. Una historia bien particular. Primero, porque la salvamos, la acompañé en esta parte tan humana de tener a su hija y de salvarla y que salieran. El papá de la Amparito seguía preso acá, así que después él se hizo cargo de la niña”.

“Eso es un caso que me marcó mucho, porque seguí teniendo después relación con la Mari, me escribía, me mandaba fotos de allá y todo”.

### Salvando vidas y dignidades

“Otro caso que también me marcó harto fue el de una chica que fue detenida con su compañero. Al poco tiempo, a ella la dejaron en libertad y fue a la Vicaría. Cuando yo la atendí, en la entrevista la notaba muy nerviosa y ansiosa, como que quería irse luego. Y estaba ahí el papá, muy conmovido porque la habían dejado en libertad. Me parecía tan extraño la ansiedad de ella y todo. Finalmente, pude descubrir en la entrevista que ella había salido enganchada, o sea, con el objeto de colaborar para entregar a más gente a cambio de la libertad de su pareja, que estaba preso”.

“Con ella era terrible porque, por una parte, la responsabilidad de que efectivamente lo mataran si ella no cumplía con lo que le exigían de entregar a más gente. Por otro lado, todo lo que significaba entrar en esa lógica de colaboración. Y gracias a la confianza, a la intuición que uno tenía para trabajar esto, pude hacerla que contara en realidad en las condiciones que había salido en libertad y convencerla de que no estaba en sus manos la vida de su compañero. No iba a depender de cuánto colaborara ella. O sea, la vida de él estaba en manos de ellos e iban a hacer lo que ellos quisieran. Y que, frente a eso, lo mejor era hacer la denuncia. Y lo hicimos”.

“Ella salió después del país, él también. Y salió todo bien. Yo recuerdo al padre de ella, por mucho tiempo me siguió yendo a ver y a agradecer. Yo creo que fueron de esos casos que tú recibes y que sientes que efectivamente hiciste algo. Y que lo que hacías, tu experiencia o la empatía que tenías con la gente, tenía un sentido y un valor y que uno salvaba vidas y dignidades también”.

## Frente a situaciones límite, respuestas límite

“Este es un caso bien emblemático. La señora Ana González estaba desesperada por la desaparición de sus hijos, de su marido y de su nuera que estaba embarazada. Era toda una situación terrible. Ella había hecho de todo, huelgas de hambre, se habían encadenado, había ido a los tribunales, al extranjero a declarar en Naciones unidas. Llegó un momento en que ella sintió que ya no había nada más que hacer y había tomado la decisión de quemarse a lo bonzo. Fue a contar esto a la Vicaría y yo, una pendeja chica comparada con ella y la experiencia que ella tenía, la convencí de no hacerlo. Yo me acuerdo que le dije a ella:

- Me parece bien, hágalo. Es lo único que usted tiene. Con eso evita que sea la dictadura la que le quite la vida, se la regala usted. Entonces vamos a hacer un homenaje, cada cierto tiempo vamos a recordarla. Pero usted tiene otros hijos más que están vivos, tiene nietos, le va a dar el gusto a la dictadura, así que hágalo.

O sea, frente a una situación límite, tú tienes que poner respuestas límites. Ella reacciona y me dice:

- Vicky, ¿qué me estás diciendo?

- Le estoy diciendo que la vamos a recordar siempre, pero eso no va a servir de mucho.

Por supuesto que se puso a llorar y reaccionó y se dio cuenta que ella sirvió y sirve más viva. Y hasta ahora, que es un símbolo y sigue luchando, es un ejemplo para muchas generaciones. Entonces, frente a una persona que está al límite de su fuerza y su capacidad para seguir luchando y siente que lo único que ella tiene para entregar es la vida, ¿qué haces tú? También tiene que ver con la experiencia que uno tiene, con el cariño, la empatía”.

“Yo la fui a ver el otro día para su cumpleaños. Entonces, ella siempre me dice y le dice a la gente ‘por esta chiquilla yo estoy aquí’. Bueno, son casos y situaciones que nos tocaron, sí, al límite. Te puedo contar millones más. Pero es como para graficar las situaciones en las que nos veíamos enfrentadas nosotras”.

## **Democracia en el país y en la casa**

El movimiento de las mujeres durante la dictadura estuvo dividido en cuatro periodos. Los primeros dos fueron enfocados, principalmente, en la defensa de los Derechos Humanos. Pero a partir de los años '80, estas mujeres empezaron a darse cuenta que podían organizarse y exigir otro tipo de derecho. Luisa Victoria Baeza, durante esos años, comenzó a participar en la formación de la agrupación Mujeres por la Vida.

“Participaba con ellas, ahí empezamos las primeras discusiones y debates sobre el tema, que era como todos los procesos sociales que han existido, porque había mujeres mucho más radicalizadas, feministas. Uno planteaba en ese entonces que el momento no daba para pelear por el feminismo cuando había un problema de clases, más bien. Era como el debate: si era solo una lucha de clases y era una dictadura que eliminaba a los opositores por posiciones políticas o era el momento también de dar una pelea desde el feminismo. Entonces, todo el debate y las consignas ‘democracia en el país y en la casa’ nacen desde ahí, porque empiezan a surgir las primeras discusiones respecto a cómo se construye una sociedad más justa, más democrática, etc, si no eres capaz de integrar a las mujeres en un proceso político. Más aun, cuando las mujeres durante el tiempo de la dictadura, no sólo como trabajadoras de la Vicaría, sino que a nivel de las distintas organizaciones sociales, habían ocupado un rol preponderante, o sea, las mujeres fueron las que no sólo paraban la olla, sino que pararon las organizaciones incluso como jefas de hogar. Por lo tanto, ¿en qué minuto eso también se incorpora como parte de los cambios y las transformaciones?”, reflexiona.

Victoria es la primera mujer que entrevistamos que tiene una visión feminista más formada, pero no será la única. Desde el punto de vista de trabajadora social, tiene su opinión al respecto:

“La vuelta a la democracia significó de alguna manera, que los hombres volvieron a ocupar su rol en la política. Los partidos vuelven a ser manejados por ellos, tomando la política y el poder. Las mujeres vuelven a ser el arroz o el acompañamiento de las decisiones. Finalmente, no se toman en cuenta en las estructuras formales, sino que se toman en los pasillos, en las casas o en las cocinas, como se diría, no en las estructuras. Las mujeres finalmente siempre quedan fuera de donde se toman las decisiones, donde está el poder”.

Esa es una de las críticas que Victoria le hace a los movimientos feministas de hoy. Durante la dictadura, existió una expresión feminista que fue cayendo con la llegada de la democracia. Hubo

un cierto conformismo por parte de las mujeres, no desde el punto de vista del aborto o el divorcio, pero se fue dejando de lado la política del tema. Según ella, no es suficiente con incluir un lenguaje que hable de “todas y todos”, ya que los temas de género, que son los que realmente competen, no han sido lo suficientemente incorporados. Se logró la democracia en el país y tal vez un poco en la casa, pero en la sociedad aún falta.

“Yo creo que se ha ido recrudesciendo el empoderamiento de las mujeres. Es como inversamente proporcional: entre más empoderada está la mujer, más mal la tratan los hombres cuando se sienten en menoscabo. Hay un tema ahí que es muy complicado. En todo ámbito las mujeres todavía ganan menos que los hombres, cuando están en cargos ejecutivos son bien maltratadas y exigidas. Siempre la mujer tiene que estar dando cuenta de la capacidad que tiene, a un hombre nadie le pide certificado de sus capacidades. Creo que, a pesar que hemos avanzado, hoy día estamos en una situación en la cual, si no hay un cambio más estructural del rol que ocupan las mujeres en la sociedad, estamos muy mal. Plan estructural significa no sólo en la política, sino que en todos los ámbitos”, afirma.

Cuando llegó la democracia, a Victoria le pareció que era el Estado el que tenía que hacerse cargo de los temas de Derechos Humanos y no la Iglesia. Con sus intereses puestos en continuar con el trabajo que se había llevado a cabo hasta el momento con las mujeres a través de la Vicaría, empezó a trabajar en la Fundación para la Promoción y Desarrollo de la Mujer (Prodemu). Estuvo los primeros cuatro años con el gobierno de Aylwin a cargo de distintos estudios y desarrollo de proyectos.

### **Asistente social después de todo**

El retorno a la democracia permitió que pudiera terminar sus estudios universitarios. Cuando asumió Patricio Aylwin como Presidente, Ricardo Lagos fue ministro de Educación. Él logró un acuerdo con la Universidad de Chile para que las personas que habían sido expulsadas por decretos durante la dictadura pudiesen retomar sus estudios. En el caso de Victoria Baeza, fue bastante difícil. Por un lado, su carrera la habían sacado de la Universidad de Chile y además ya no tenía rango universitario, así que todo el proceso se realizó con la Universidad Técnica Metropolitana (UTEM). Por otro lado, sus fichas académicas habían sido eliminadas, así que tuvo que realizar una odisea para reconstruir sus años ya realizados de la carrera.

“Con eso, el consejo de la UTEM decidió que yo efectivamente había cumplido. Además, yo había trabajado en la Vicaría y venía con todo lo que significaba eso como un prestigio para la universidad, así que me lo reconocieron como práctica y como tesis. Afortunadamente, había participado en algunos encuentros internacionales, eso lo anexé como antecedente de reconocimiento. Con eso me convalidaron y me dieron el título en una ceremonia preciosa, donde estaban alumnos de la generación del '92 y tres personas más que estaban en la misma situación mía. En representación de ellos, yo hice un discurso y fue una ovación terrible, porque fue en una sala que estaba llena, entre los alumnos, los papás, encontrarse de repente con esta señora que recibía su título después de 17 años. Fue súper bonito”, relata.

En el año 2000 participó en el programa de Derechos Humanos del Ministerio del Interior, que tenía a cargo la implementación la Ley de reparación a las víctimas y familiares de detenidos desaparecidos o ejecutados políticos. Cuando Piñera salió electo presidente, fue despedida. “Siempre me echa la derecha”, afirma.

Con Luisa Victoria Baeza, Luchi o Vicky, entendemos que la democracia tiene que existir dentro de los espacios de trabajo, en la casa y en la sociedad completa. Salimos de la última entrevista con Victoria entendiendo que la lucha por la mujer y los Derechos Humanos es algo que aún no termina. Victoria ya peleó por sus ideales, se encontró en distintos espacios, pero no termina de aportar su granito de arena a la construcción de una democracia verdadera.

Hilamos todas las historias que nos contó y ahora podemos ver, detrás de esa mujer sería, a una mujer con historia y memoria. Que la primera vez que nos contestó el teléfono sonaba cansada, pero no por el quehacer diario, sino por una vida llena de peleas y luchas. “Nada en la vida uno no puede cuestionar. Eso me ha hecho ser como soy. Ir buscando fórmulas de felicidad a través de la búsqueda permanente de respuestas a la vida”.



## ROSEMARIE BORNAND JARPA<sup>8</sup>

En el Museo de la Memoria hay una sala donde se exponen los elementos de tortura utilizados por agentes de la dictadura en contra de los presos políticos. En una pared de esa sala, se encuentra una venda hecha con un género gris oscuro, como de ropa de militar. Al costado, la inscripción dice “venda utilizada en Cuartel Borgoño de la CNI, entregada por un detenido incomunicado a abogada durante visita especial”<sup>9</sup>. Lo que no aparece allí es que esa abogada es Rosemarie Bornand, trabajadora de la Vicaría de la Solidaridad y primera abogada en entrar al Cuartel Borgoño.

El Cuartel Borgoño, también conocido como “la Casa de la Risa”, funcionó desde 1977 hasta 1989 en la calle Borgoño N° 1470. Este lugar, además de ser sede central de los servicios de seguridad de la dictadura, fue un centro de detención, tortura y exterminio utilizado por la Central Nacional de Informaciones, más conocida como CNI.

Luego de conocerse públicamente que ese lugar estaba habilitado para detener gente, funcionarios y funcionarias de la Vicaría iban hasta allá con la finalidad de poder ver a los detenidos. El equipo generalmente se componía de un abogado, un periodista y un fotógrafo. Según nos contó Rosemarie, la mayoría de las veces les iba mal. “Tocábamos el portón, lo golpeábamos con una piedra, pero no pasaba nada. Una vez fui sola y justo esa vez me abrieron. Dije ‘aquí tengo que apechugar’”. Habían habilitado una construcción de tablas rústicas que no tenía ni asiento ni nada. “Vengo a ver a fulano de tal que está en este recinto. No le podía preguntar la firme ni nada con un milico parado ahí. Le dije al militar ‘esta entrevista es privada’. Él me dijo ‘lo siento’ y se quedó ahí. El detenido era un joven, le dije ‘soy abogado, tu familia acudió a la vicaría, deberías salir en tal plazo’, así muy formal. No le pregunté por qué cayó, nada”.

“Como era un cabro de 18 años me dio un sentimiento maternal, entonces al despedirme, en vez de darle la mano como al comienzo, le di un abrazo y él, cómo pudo, de repente me toma la mano y me pasa algo. Yo pensé ‘¿qué me está pasando este cabro?’. Podría ser un recado, pero no

---

<sup>8</sup> Entrevistas realizadas el 6 de julio y 4 de septiembre de 2017.

<sup>9</sup> Anexo N° 2: Imagen de la Venda. Fuente:

[https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Sala\\_Represi%C3%B3n\\_y\\_Tortura\\_del\\_Museo\\_de\\_la\\_Memoria\\_04.JPG](https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Sala_Represi%C3%B3n_y_Tortura_del_Museo_de_la_Memoria_04.JPG).

era papel. Disimuladamente me guardé la cosa, no me atreví a sacarlo en la calle por si me iban siguiendo. Hasta que llegué a la Vicaría y vi que era la venda que tenía puesta. Era un rectángulo doble de género con cuatro tiras para amarrárselas atrás. Inmediatamente: ‘adjunto al recurso de amparo este instrumento de tortura’, a la Corte. Primera vez que veíamos una venda. Bueno, está en el Museo de la Memoria”.

### **De la ilusión al desencanto: Los años ‘60 y el golpe de Estado.**

Los años han pasado para Rosemarie, hoy día tiene 72. Tiene pelo corto y canoso y se podría decir que es la definición de una abuela tierna y cariñosa. Su forma de hablar es animada, sube la voz al final de las oraciones y le gusta enfatizar ciertas frases. Su departamento es frío y la estufa que tiene puesta no calienta mucho. Pero no importa porque nos recibe con té, café y unos dulcecitos.

Rosemarie es de pueblo chico. Nació en Pitrufoquén, un pueblo de la provincia de Cautín en el año 1945. Estudió la enseñanza básica en una escuela pública de niñas. Como en Pitrufoquén no había enseñanza secundaria, realizó sus últimos años de escuela en Temuco, la ciudad. Tras terminar el colegio, nuevamente debió cambiar de ciudad, esta vez a Concepción. Ingresó en 1962, con 17 años a estudiar Derecho en la Universidad de Concepción.

Desde pequeña estuvo interesada en política. Los acontecimientos históricos del país siempre fueron tema de conversación en su casa. Su padre fue un militante activo del Partido Radical. Afirma que en “ese entonces ya sabía que no era una mujer de derecha, sino que más bien de izquierda”. En esos años se vivía un ambiente convulsionado en cuanto a política, con el surgimiento del MIR, la reforma universitaria y una época de oro en el aspecto cultural, según recuerda. Con emoción nos cuenta cómo fueron sus años de estudios, la importancia que tuvo la Universidad de Concepción para ella. “A mí se me abrió el mundo. Yo venía de Pitrufoquén, o sea, vivía en el campo. Temuco fue importante, pero Concepción era ‘la polis’”.

Todo este acontecer se unió a la llegada de la Unidad Popular al gobierno. “Yo abracé con la cabeza, el alma y el corazón el programa. Entonces, para mí eso es muy importante. Con el gobierno de la UP nos sentíamos de verdad construyendo un Chile distinto. Sentíamos que teníamos la oportunidad de realmente terminar con la pobreza, la desigualdad. Fue maravilloso. Se había logrado construir un programa de izquierda y nunca más eso ha vuelto a ocurrir”, afirma.

Terminó sus estudios en el año 1970 y tras casarse se vino a vivir a Santiago y tuvo a su primera hija, Lisette. Siempre guiada por su interés hacia lo público, Rosemarie entró a trabajar a la Caja de Previsión Social de los Obreros Municipales, lugar donde tenía relación directa con los sindicatos.

El 11 de septiembre de 1973, como todas las mañanas, Rosemarie y su marido Eduardo prendieron la radio, enterándose a través de las noticias que el golpe comenzaba. La primera noticia fue sobre la Armada en Valparaíso, recuerda. “Entonces al tiro a nuestros puestos de combate, como le decíamos a nuestros escritorios. Y yo me fui a mi oficina. Al entrar ya veías de qué bando eran las personas, aunque ya sabíamos más o menos. En mi Caja momios había re pocos, yo no conocía ninguno”.

Todos estos recuerdos hacen que Rosemarie se emocione. Interrumpe el relato para decirnos que necesita un cigarrillo. “Yo no fumo aquí adentro, pero es que esto es como estar en el diván del psicoanalista. Todavía esto es tremendo. Me van a encontrar una vieja alharaca, pero es verdad”, nos dice.

“Vino el último discurso de Allende y esa fue para mí la señal. Eso fue terrible. Me acuerdo que en ese momento quise estar sola, me fui al baño porque nadie me podía ver llorar, porque era una de los jefes. Nos juntamos en una sala grande de reuniones del directorio y a mí me tocó llevar la voz cantante, por lo menos como autoridad de la Caja. Y ahí nos dividimos de nuevo. Yo estimé que había libertad para que cada uno tomara la decisión que creyera correcta. Y, en ese sentido, yo dije que el presidente Allende a mí me dio la pauta política, que el pueblo debe defenderse, pero no dejarse acribillar”, afirma.

“El golpe a mí me sorprendió. Después, leyendo, te das cuenta que para algunos era claro que iba a haber golpe, y de ambos lados. Pero yo, parece que puede ser una característica un poco personal mía, ese optimismo medio porfiado. Por otro lado, no concebía la traición, porque para mí era una traición. Es decir, a mí no me llegó, a pesar de toda la información que había, esto de que el golpe venía y que iba a ocurrir de todas maneras, menos de la forma en que iba a ocurrir. Entonces, está su cuota de ingenuidad, su cuota de porfía y de negación. Porque si bien es cierto, la convulsión social la veíamos todos los días, pero yo en mi casa sufría lo mismo que la gente común y corriente. Yo jamás iba a hacer mercado negro, hacía la cola para esto, para esto otro. Mi hija se crió con merluza, pero yo no lo hallaba un caos. O sea, que tuviéramos limitaciones en

términos de la vida cotidiana, como que costaba desde conseguir cigarrillos hasta conseguir carne, o sea, ‘no estamos desnutridos’. No encontraba que la situación fuera tan grave como para llegar a un golpe. La palabra para decir lo que significó el golpe para mí, más que sorpresa, fue como un desencanto de Chile, o sea, no del país, de la gente”, recuerda mientras fuma su cigarrillo.

### **La primera abogada del Comité Pro Paz**

Desde el mismo día del golpe empezó a llegar gente que venía arrancando de Concepción a su casa, que al poco tiempo fue allanada. Posteriormente, colaboró con el asilo y exilio de gente y realizando visitas al Estadio Nacional y a la cárcel pública como abogada.

Rápidamente supo que se estaba formando el Comité Pro Paz. Para la primera reunión que asistió, no estaba lista la casa de Santa Mónica, donde funcionaría el Comité. Allí estaba Movimiento a la Familia, era un inmueble de la Iglesia Católica. Aún se estaba conversando si efectivamente el Comité se iba a instalar en ese lugar. “A mí me citaron a Erasmo Escala, yo no soy católica, pero ahí estaba el obispo. Y me encontré ahí con Roberto Garretón, con Hernán Montealegre, que son abogados, yo era la única mujer. Y yo calladita po’. En el sentido de que yo era abogada, que había estudiado en Concepción, que no tenía ni un problema político, que no me sentía perseguida ni nada y que, por lo tanto, no tenía ningún problema para trabajar en esto. Me acuerdo que Garretón me llamó mucho la atención y me cayó bien al tiro. Dijo que era demócrata cristiano, que antes nunca había visto muertos en el Mapocho, pero que ahora que había visto se ponía al servicio de esta tarea. Que dijera que era demócrata cristiano para mí era como golpista y fíjate tú que me cayó al tiro bien. Dije ‘más valor tiene este que habiendo sido opositor al gobierno de Allende esté en diciembre, a menos de tres meses del golpe, en contra de lo que está ocurriendo’. Somos amigos hasta el día de hoy. Bueno, ahí empezó todo el trabajo. El equipo Jurídico empezó a funcionar el 2 de enero”.

El trabajo en el Comité consistía en realizar defensas en los Consejos de Guerra de presos políticos. “Los tribunales eran totalmente castrenses, no había ni un abogado ahí. Era una mascarada de juicio, era espantoso, derecho a defensa, cero. Yo me cuestionaba si valía la pena hacer eso, porque era como darle valor a una farsa. No se cumplía ninguno de los requisitos del derecho al debido proceso, ninguno. Pero era bueno para el preso sentir a alguien que se preocupaba, aunque no fuera hora de visita, servíamos de contacto con la familia y eso”.

Posteriormente, en la Vicaría, donde estuvo hasta el año 1992 cuando ésta ya se cerraba, participó en todas las áreas del Departamento Jurídico. Unidad de Detenidos Desaparecidos, Unidad de Análisis, haciendo recursos de amparo, muchos alegatos en la Corte, denuncias y querellas por secuestros.

“Yo encontraba que ahí tenía que estar y que era un privilegio. Fuera cierto o no, me sentía protegida. A lo mejor no era tanta la protección, pero uno pisaba firme. Incluso me cargaba que gente que trabajaba en la Vicaría se sintiera como heroína o héroe, cuando yo sabía que había gente que estaba en la clandestinidad y el desamparo más absolutos. Ellos son los que soportaron las peores cosas. Nosotros no, fue un privilegio”, afirma.

El Departamento Jurídico atendía integralmente, con el trabajo de abogados y asistentes sociales, que eran en su mayoría mujeres. En cuanto abogados, eran la inmensa mayoría varones. Rosemarie por un tiempo fue la única mujer. Afirma que no se sentía discriminada por esto, pero hace pausas y deja silencios que demuestran dudas. “No puedo decir que me sentí discriminada por ser mujer, porque estaba muy consciente también de cuáles eran mis capacidades y mis debilidades. En lo que no me diferencié para nada con los varones, fue en los alegatos, en enfrentar situaciones difíciles. No era miedosa”.

En una ocasión le tocó alegar un recurso de amparo en la Corte Suprema. “Éramos tres abogados, yo era la única mujer. Era un caso de tres mujeres a las que les habían impedido el acceso al país. Eran tres señoras miembros de la Asociación de Detenidos Desaparecidos que fueron a Naciones Unidas y al regresar les impidieron el ingreso. Entonces, era algo terrible. Primero, su razón de vida era dar la lucha acá en Chile, eran ‘activistas’. Yo lo sentí como un abuso tremendo. Entonces, empecé mi alegato diciendo ‘alego como mujer, madre y abogado’, con todas las formalidades. Y los hombres se rieron hartos de mí, mis colegas después en la Vicaría. Después me decían ‘hola po, mujer y madre’. ¿Se fijan?, ahí hay un tema”, reflexiona.

Admite que constantemente hubo diferenciaciones entre los abogados y las asistentes sociales. Desde su perspectiva como abogada, aporta una nueva visión del conflicto, dando a entender que el problema era “porque a veces se mezclaban los trabajos”. Es decir, las asistentes sociales, además de conversar con las víctimas y hacer las fichas, en ocasiones llevaban las carpetas donde los abogados y agregaban lo que creían que se debía hacer en cada caso, por ejemplo, recurso de amparo, querrella. Entonces, algunos abogados decían ‘a ver, yo decido, qué tiene que decirme

una asistente social qué hacer””. Lo define como celos profesionales. “Yo era amiga de las asistentes y bien amiga también de los abogados. Más que la mayoría de los abogados, pero yo creo que ahí hay una cercanía de género. Claro, a veces se prestaba para bromas y cosas de decir que las asistentes pretendían mandar más que los abogados. Los abogados decían que las asistentes eran tontas, pero todo esto en buena onda”, confidencia.

### **La entrega era total**

Para Rosemarie, el trabajo en la Vicaría era una cosa de vida, no era un trabajo cualquiera. En noviembre del 1974, la situación era compleja. Cada día llegaban más casos de víctimas a la Vicaría. A comienzos de ese año, quedó embarazada de su segundo hijo, Ricardo. La entrega era tal que siguió yendo a los Consejos de Guerra. “A los milicos le llamaba tanto la atención que viniera una mujer joven embarazada al Ministerio de Defensa a los alegatos. Eso era ya como el colmo, deben haber dicho ‘esta mujer es fanática’, o qué sé yo”. Trabajó hasta dos semanas antes del parto y, después de nacido su hijo, muy rápidamente se volvió a incorporar a su trabajo. “Eso del pre y post natal, importaba un pucho. Mis dos hijos salieron iguales, pero para el segundo corté la lactancia materna. O sea, así era la entrega. Por suerte los dos son bien normales, tanto la que tuvo más mamá como el segundo, que fue hijo como en la guerra. El 30 de diciembre del ’92 se hizo una gran ceremonia de cierre en la Catedral. Ese mismo día era la ceremonia de licenciatura del colegio de mi hijo y yo no fui, por supuesto. Opté por la ceremonia en la Catedral”.

A pesar de esto, nos cuenta que no le costaba no mezclar el trabajo con la vida familiar. Fue una mujer fuerte y, según recuerda, sus hijos nunca la vieron llorando en la casa por alguna sensibilidad respecto a los casos que día a día trataba. La Vicaría era el lugar donde se conversaba y donde, entre los mismos colegas, podían desahogarse un poco. Sin embargo, su instinto maternal está presente en cada relato que hace de los casos que recuerda, los que más le marcaron y las cosas que más le dolían o chocaban. Al narrarnos estas historias, en muchas ocasiones lo hace desde una postura materna, más que como abogado.

“Una vez cometí una imprudencia, eso sí creo que fue error garrafal. La primera vez que hubo una concentración, o intento de concentración, de 1 de mayo fue el año ‘79 en el Paseo Bulnes. Yo tuve la idea equivocada, pero ya al máximo, de llevar a mi hija. Nos pusimos de acuerdo con dos parejas más, uno era abogado de la Vicaría con su señora y otro amigo nuestro, con su señora.

Yo con Eduardo. Llevamos a la Lisette que tenía ocho años, ya era grande y andaba en todas esas cosas. Resulta que llegamos a la Avenida Bulnes y no alcanzamos a andar ni dos cuadras cuando vemos a la gente correr. Los pacos detuvieron a las dos parejas. Yo creo que a nosotros no nos tomaron porque íbamos con la niña, supongo yo. Ella vio detener y apalear a estos tíos, se acuerda hasta ahora. Entonces, nos vinimos, quedó la escoba, no hubo concentración. Llegamos a la casa y yo después me fui a la comisaría a ubicar a esta gente. Yo creo que salieron en la noche o el día siguiente. O sea, no fue una detención grave ni nada, pero la brusquedad de cuando los agarraron sí”, reflexiona.

“Tengo otra experiencia que me afectó tanto, tanto, en lo maternal. Eran dos cabros del MIR que iban a colocar un explosivo en una esquina, sería una molotov, una cosa así. Y los pillaron y los mataron ahí mismo. Terrible, terrible, terrible. A mí me tocó ir al Servicio Médico Legal a reconocimiento. Cuando me mostraron a este cabro que tenía 18 años, lo encontré parecido a mi hijo de cara. Tenía los mismos colores. Yo lo miré...”. Hace una pausa y suspira profundamente. “Todavía recuerdo el impacto que me produjo. Y después de eso en la noche, varias noches, me levantaba de mi cama a mirar a Ricardo a su pieza, que estuviera durmiendo. Tenía que mirarlo en la noche y saber que estaba durmiendo como angelito. Eso es terrible. Me rayé po’, porque es rayado”.

Sus hijos crecieron mientras Rosemarie se desempeñaba como abogada de la Vicaría. Siempre estuvieron al tanto de la ocupación de su madre. Asistieron al Liceo Experimental Manuel de Salas, por la cercanía respecto a su hogar y por ser un colegio donde coexistían diversas realidades. Desde pequeños crecieron con una conciencia social respecto a los problemas que estaban ocurriendo, estando al tanto de las atrocidades de la dictadura. Ricardo fue presidente del primer Centro de Alumnos del Manuel de Salas en el año 1989 y lucharon como pudieron contra la dictadura.

Lisette tampoco estuvo ajena. En el año 1988, cuando estaba en cuarto medio, la Municipalidad de Ñuñoa pidió el aula magna del colegio para un evento que realizó Lucía Hiriart con los adultos mayores de la comuna. Los estudiantes, como medida de protesta, se organizaron y extendieron un lienzo gigante con consignas anti dictadura. Entre esos estudiantes se encontraba Guillermo Calderón, el pololo de ese entonces de Lisette, quien junto a otros compañeros le gritaron a Lucía “vieja *conchatumadre*”. En ese mismo instante, se llenó de guardias quienes

tomaron a Guillermo y otros estudiantes y los llevaron a la oficina de rectoría. “Se lo podrían haber llevado, pero felizmente el rector y los profesores se opusieron y dijeron que ellos iban a tomar medidas”. Como consecuencia de este acto, los expulsaron de cuarto medio a meses de dar la Prueba de Aptitud y de postular a la universidad.

“Mi hija quería solidarizar, la convencí que no, pero el drama fue para la licenciatura. En ese colegio le dan bastante importancia a esa ceremonia. Todos los cabros con uniforme, tribuna al aire libre y había un espejo de agua, antorchas y la Orquesta Sinfónica de la Chile. Y todos entraban con su pareja o con su compañero. Por supuesto que esto que tuviera que reemplazar a Guillermo con otro, era drama. Entonces después, cuando entregaron los diplomas, pasaron lista y en medio de la lista, cuando tocaba en este caso Guillermo Calderón, y pasaba el otro cabro a recibir su diploma, ahí gritaban ‘compañero Guillermo Calderón, presente’, en un acto de rebeldía. Y cuando se cantó la Canción Nacional, todos los cabros se sentaron. Yo también me senté, mucha gente del público. Por eso digo, cómo marca uno a sus hijos en cuanto a valores. Si yo no hubiera trabajado en la Vicaría habría estado, por supuesto, en alguna tarea anti dictatorial”, afirma.

### **Caso de los Trece**

Entre el 29 de noviembre y el 20 de diciembre de 1976, fueron detenidas trece personas, once pertenecientes al Partido Comunista y dos al MIR. Entre los detenidos estuvo Fernando Ortiz, Osvaldo Pizarro, Horacio Cepeda, Lincoyán Berríos. Además, jóvenes militantes que pasarían a la clandestinidad también fueron detenidos en este operativo que duró dos semanas<sup>10</sup>. Fue un duro golpe para el Partido Comunista, ya que la dictadura estaba decidida en aniquilarlos. Estas trece personas siguen desaparecidas hasta el día de hoy.

Rosemarie se levanta de su asiento, va a la cocina y toma del refrigerador un imán que tiene la imagen de una mujer en blanco y negro. Es Reinalda del Carmen Pereira Plaza. Esta mujer tenía 29 años, era hija única, tecnóloga médica y estaba embarazada de cinco meses cuando fue detenida por agentes de la DINA.

“Esto fue el 15 de diciembre de 1976. Esta chiquilla fue detenida en la calle en Los Plátanos con Exequiel Fernández, comuna de Ñuñoa, a las seis de la tarde. Interpusimos recursos de amparo

---

<sup>10</sup> Anexo N°3. Revista Solidaridad, edición n° 14, año 1976. Caso de los Trece.



inmediatamente, porque a fines del '76 estábamos bastante especializados en lo que era la desaparición forzada. En el recurso de amparo o en la denuncia ante de la Corte, me acuerdo que se dijo que esta niña, junto con otros más, habían cruzado la cordillera a pie y se habían ido para Argentina. Eso es una mentira y eso lo dijo Investigaciones. Mentira, mentira, mentira, nunca se supo nada y hubo mucha actividad legal ante los tribunales”, nos cuenta con impotencia y rabia.

Recién a partir del 2007, en parte gracias al testimonio de Jorgelino Vergara, más conocido como el “Mocito”, y a la investigación del juez Aldo Guastavino, se supo que los trece detenidos habían sido conducidos al Cuartel Simón Bolívar, ubicado en La Reina. Este fue un cuartel de exterminio secreto del que nadie salió vivo. Los funcionarios y funcionarias de la Vicaría nunca supieron de la existencia de este lugar. “Yo escuché relatos y leí copias de lo que dijeron estos criminales ante ministro, ante el juez, que a la Reinalda la mataron a golpes, que la apalearon, le pusieron corriente, mientras la guagua se movía. Posteriormente, le pusieron una inyección de cianuro, así murió”, declara.

También se supo, años después, que a los otros detenidos los mataron, los metieron en sacos y los fueron a enterrar a la Cuesta Barriga. Tras investigar los restos que se encontraron allí, se pudo establecer que correspondían a los militantes del PC que fueron detenidos en este caso. Sin embargo, de Reinalda hasta ahora no se sabe nada. “Para mí fue un alivio saber que la mataron a los pocos días y que la tiraron con los otros”, según se supo a través de las declaraciones del “Mocito”.

“En esta búsqueda yo conocí mucho a su mamá y a su marido, que era un kinesiólogo, se llamaba Max Santelices, el Flaco. Era un joven simpático que se hizo amigo de medio mundo en la Vicaría. A la Lulita, su mamá, también le agarré mucho cariño porque me ponía en su lugar de mamá. Yo ya era mamá y esto era una cosa brutal. Ella más de una vez me invitó a su casa y me mostraba las fotos de su hija, era su orgullo”. Lula trabajaba como asesora de hogar, Reinalda fue la primera de la familia en tener estudios universitarios.

Max Santelices dedicó su vida a la búsqueda de cualquier información sobre su mujer y su hijo. Acudió a la Vicaría junto a la madre de Reinalda, se unió a la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos e hizo algunas averiguaciones por su cuenta. Pasados unos años y aún con Reinalda desaparecida, abogados y asistentes de la Vicaría comenzaron a cuestionarse si su hijo habría nacido. Empezaron a llegar rumores que afirmaban que había nacido en el Hospital

Barros Luco. Rosemarie acompañó en más de una ocasión a Max Santelices a buscar a su hijo, ya que, si había nacido, se decía que podría estar en un hogar de menores o de Carabineros. “Estos rumores llegaban, a veces de buena fe y otras de mala fe. Nunca se pudo establecer”.

A Max le diagnosticaron un cáncer el 2005 y murió el 2007, sin tener ninguna noticia sobre el paradero de Reinalda. Su madre murió el 2003. Se dice que la dictadura no sólo mató a Reinalda y su hijo, sino que también a su madre y al Flaco.

“Este caso me impactó mucho, porque tenía 29 años, porque estaba embarazada, porque nunca tuvimos testigos, porque ahí fue todo nuevo. El cuartel Simón Bolívar nunca lo escuchamos, nunca sospechamos. Eso es para que no creamos que fuimos los que descubrimos todo”.

### **“Hasta aquí no más llegamos”: lo que vino después de la Vicaría**

La Vicaría se cerró el 30 de diciembre de 1992. Hasta ese momento, Rosemarie se dedicó cien por ciento a este trabajo, sin pensar en nada más. Al comenzar a hablar de este tema, Rosemarie prende nuevamente un cigarro. “A mí me importaba el traspaso de la información, que se creara la Fundación de Archivo, porque quedamos re pocos. Hubo reducción de personal normal apenas salió Aylwin. Se sabía que la Iglesia iba a decir en algún momento ‘hasta aquí no más llegamos’ y legítimamente alguna gente empezó a buscar trabajo. Eso se promovía para que la gente no quedara cesante”, explica.

El año 1991, se instaló en El Salvador una misión de Naciones Unidas, debido a la guerra civil que hubo en ese país desde la década del ‘80. Naciones Unidas tuvo la idea de promover y auspiciar los acuerdos de paz y verificar el cumplimiento de estos acuerdos. El 1992 vino a Chile un grupo de Naciones Unidas a reclutar gente, entre ellos, abogados que habían hecho el trabajo en Chile. “Como cuatro o cinco colegas de la Vicaría se presentaron. Fueron a la CEPAL, donde se instalaron, y entrevistaron a varios y todos fueron seleccionados. Y se fue un grupo a trabajar en El Salvador. Yo no quise, ‘quizás después’, pensé. Pero llegó el después y rápidamente dije ‘yo no voy a trabajar aquí en ninguna cosa’. Estuve muy contenta cuando ganó el ‘No’, pero yo olía que aquí llegaban acuerdos que a mí no me gustaban. El tema de la justicia para mí era intransable. ‘Yo no voy a pedirle pega a la Concertación’, o sea, no”. El 8 de marzo del ‘93 se fue a trabajar a la misión del Salvador, pensando en ir por un año. Pero ese año se convirtió en tres.

Con esta partida, su familia quedó en Chile. Lisette estaba egresando de Antropología y Ricardo ese año daba la Prueba de Aptitud Académica. Su marido, trabajando. “Yo privilegié mi vocación, mi trabajo y me fui no más. Para mí era una cuestión de vida. Y me encantó el trabajo allá”. A los seis meses, su hija viajó para El Salvador y se quedó allí un buen tiempo. Después de unos años la misión en El Salvador empezó a reducirse, pero en ese momento Guatemala se volvió el centro de la atención tras la guerra civil que se vivía en ese país. Rosemarie se fue para allá y trabajó en las misiones de paz durante tres años más.

Pasado ese tiempo, consideró que era hora de volver a Chile. Su hijo ya estaba egresado y comenzando a hacer un magíster. Al volver, no quiso dejar de trabajar. Su primer trabajo tras la vuelta a Chile fue en el Servicio de Impuestos Internos, en la parte de probidad ética, sin embargo, este trabajo fue temporal.

Durante el gobierno de Ricardo Lagos, trabajó en el programa de Derechos Humanos del Ministerio del Interior. También hizo sus aportes en la Comisión Valech 1, luego de que María Luisa Sepúlveda la llamara para que colaborara en la calificación de casos. “No hay mañana sin ayer, algo se podrá hacer allá. Y además me atraía más Lagos que Frei y Aylwin, uno tiene todas esas cosas dentro. Y ahí seguí trabajando, estuve todo el gobierno de Bachelet. Cumplí 65 años justo el mes que ganó Piñera y dije ‘hasta aquí no más llevo, con la derecha no trabajo en DDHH’. Esa fue mi postura”.

Hoy en día, Rosemarie ve el desencanto de la democracia desde su balcón en la esquina de Pocuro con Holanda. Es difícil imaginar las historias de todas estas mujeres mientras nos reciben en el calor, o no tanto, de su living. Rosemarie nos habla como si de un cuento se tratara, tal vez lo ha contado tantas veces que ya se lo sabe de memoria.

“Ahora me veo muy contenta de haber trabajado la Vicaría, creo que fue una oportunidad que se me dio y yo podía hacerlo, porque muchos hubiesen querido estar en el lugar nuestro, pero no podían por persecuciones. Por supuesto que tengo que confesar que ya ni siquiera voy a las marchas de “No más AFP” porque me duelen las rodillas. Hasta el 2011 estuve movilizada en la calle, y no es que no me convoque ir, pero ya físicamente estoy más limitada. Me hace mal el sol”, nos cuenta.

En el Museo de la Memoria, no sólo encontramos la venda que Rosmarie recibió cuando fue por primera vez al cuartel Barros Borgoño. También podemos ver una muralla en frente de una

pieza con paredes de vidrio, que tiene las fotos de todos aquellos que murieron y desaparecieron en dictadura, entre ellos Reinalda. Inmersa entre las muchas fotos, está la historia de la mujer que fue golpeada hasta morir, la historia que marcó tan profundamente a Rosemarie Bornand.

## MARÍA DANIELA SÁNCHEZ STÜRMER<sup>11</sup>

“Soy soñadora, utópica. Un día un estudiante me preguntó por qué hablaba de utopía. Le dije que porque yo veía -no quiero usar la palabra abuso-, pero exceso de riqueza. Sufría con el trabajo que hacían las nanas de mi casa, trataba de ayudarlas. Sufría cuando iba al campo y veía las casas de los inquilinos. Veía las injusticias y me rebelaba contra ellas. En mi casa había bastante sensibilidad social, pero a la vez había muchas contradicciones. Vivíamos culturalmente como momios, pero no éramos ricachones. Entonces, eso a mí me hizo un clic. Me sentía culpable de la clase social y eso es jodido, porque es muy discriminatorio, se salía en el hablar. ¿Te has fijado cómo hablan los cuicos? Yo sé que me pasaba a mí, que se me salían cosas típicas y eso de grande, hasta en la universidad”.

Daniela Sánchez nos recibe en su departamento de Las Hortensias con Los Leones. Está un poco apurada porque a la una de la tarde llegarán a tapizar sus sillones. Pero, aun así, tiene tiempo para contarnos su experiencia como asistente social y encargada del Departamento de Zonas de la Vicaría de la Solidaridad. Nos abre la puerta una señora no muy alta, vestida con un beetle color mostaza y una falda hasta las rodillas, mientras abajo de ella le cubren las piernas unas panties negras. Hace frío y son las once de la mañana.

Sus ojos son de un celeste profundo y su pelo café oscuro con algunas canas que se asoman. No exagera con las joyas, usa aros de perla y una cadena por encima del chaleco. Sus rasgos son finos, pero a la vez marcados, como su personalidad: amable y cariñosa, pero decidida.

### **Yo no voy a ser “Segundo sexo”**

Poco antes de comenzar la II Guerra Mundial, la abuela de Daniela Sánchez, de nacionalidad alemana, se vino con sus hijas a vivir a Chile. Distinto fue el destino de los hijos de esta mujer, quienes debieron quedarse en Alemania, ponerse la esvástica y pelear en la guerra. Así fue como llegó la familia a Chile, ya que tenían contactos y parientes acá. La madre de Daniela conoció a un chileno con quien se casó. “Mi madre es una persona muy buena, de casa, muy dulce, sometida y enamorada de su pareja, que era mi padre, y mi padre era *mandonazo*. Macho tradicional

---

<sup>11</sup> Entrevistas realizadas el 13 de julio y 1 de septiembre de 2017.

en este aspecto”. Hija de madre alemana, siguieron la tradición y Daniela y sus hermanas entraron al Santa Úrsula, un colegio de monjas alemanas que declara como su misión “formar mujeres cristianas fuertes, femeninas y valiosas”.

Entre los valores que se enseñaban en ese colegio y en ese sector más conservador de la sociedad, estaba que las mujeres debían desempeñarse más como mujeres de casa que como profesionales. Pero Daniela desde pequeña se cuestionaba las cosas, siempre con esa incomodidad ante lo que ella consideraba injusto. “Al salir del colegio, si bien nos decían que no había que perder el tiempo en tonteras de fiestas, de baile, de carretes pitucos, nos decían que las mujeres no podían quitarle el puesto a un hombre en la universidad”. Podía estudiar en la universidad, pero siempre que fuera una carrera “de mujer”: Derecho no era una opción, por ejemplo, pero Pedagogía sí.

“Entonces, en esa indecisión, yo entré a una cuestión que era como Trabajo Social, pero que se llamaba Educación Familiar, para prepararme como una excelente dueña de casa que educa a mujeres populares en la economía del hogar. Entonces yo, de 18 años, estaba metida educando mujeres. Eso lo estudié como cuatro años”.

Mientras estudiaba Educación Familiar, realizó trabajos directamente con las mujeres, trabajo de grupo, en hospitales, escuelas, etc. En este periodo comenzó también a incursionar en otras experiencias sociales como trabajo con cooperativas, coordinadoras, “iniciando, buscando cosas y muy desde mi ser mujer. Por un lado, bien sometida, con este molde tradicional, pero, por otro lado, con una gran ansiedad intelectual. Teniendo una vida social muy normal, de salir a bailar, de ir a recitales. Sin embargo, me atraía tanto lo social”.

“Entonces, exploré en varios campos de comunicación hasta que, de repente, en la misma universidad, empecé a tener contacto con otras mujeres, profes jóvenes, que tenían una búsqueda más elaborada y empezamos a leer a Simone De Beauvoir. “Cuando leí ‘El segundo sexo’ me dio como rabia, una cosa como de rebeldía tremenda, o sea, ‘eso a mí no me puede pasar, yo no voy a ser segundo sexo’. O me perfilo como esta mujer, heredando el modelo de mi madre, con el sometimiento del padre y todo lo demás, o aquí le ponemos un poco de pro a la vida como mujeres”, nos cuenta Daniela.

“Pero la vida lo dice de repente, es súper difícil”.

Trabajó como docente de la carrera de Trabajo Social de la Universidad Católica hasta que fue el golpe. En ese lugar, estuvo a cargo del Departamento de la Familia, el cual pronto se

disolvería y, posteriormente, del Departamento de Pobladores. Fue en ese momento cuando comenzó a militar en el MAPU.

“Tenía el interés de la justicia social, de transformar estructuras de injusticia que yo vivía en el ambiente familiar. Y en la Católica en esa época, cuando nos formamos nosotros, las cosas eran como hoy día, bastante radicalizadas, momios y no momios. Pero también era una universidad abierta, donde venían los curas, gente de afuera, a uno le abrían la mente y uno tenía la idea de que este era un país con demasiada injusticia social. Entonces, eso se fue radicalizando y tras esas experiencias sociales que me costaron mucho en la vida personal y que terminaron muy mal, quedé desconcentrada y alguien me dijo ‘¿por qué no entras al MAPU?’. Y entré al MAPU”, recuerda.

“El MAPU es un partido de cuadros muy disciplinado, o sea, la Selección Nacional tiene menos disciplina que lo que había en el MAPU. Nadie ha hecho un estudio de la parte de género, pero éramos absolutamente subordinadas las mujeres. Los hombres en la directiva y las mujeres haciendo las tareas. Salíamos a los rayados, todo eso, siendo profesoras, casadas y con guagua. Salíamos de noche a los rayados y al día siguiente seguíamos con los mismos compañeros y los mismos estudiantes. Éramos profes, había prueba y aquí no ha pasado nada. En el MAPU era todo ordenado, tú obedecías, si no te pasaban a control y cuadro. Yo estaba amamantando cuando iba a hacer los rayados. En el MAPU yo aprendí de religión, de obediencia y ahí quienes mandaban eran los caballeros. Era fuerte”.

Estuvo vinculada y se educó en lo que fue la “Teología de la Liberación”. Esta fue una corriente religiosa que surgió en América Latina y que presentó nuevos principios ideológicos que enfatizaron en la labor social y comunitaria que debía tener la Iglesia, generando una mayor preocupación por los pobres en la acción. Pero, además, este vínculo más cercano con los pobres se acompañaba de la teoría de las ciencias sociales y no sólo de la teología y la filosofía. Varios de los trabajadores de la Vicaría de la Solidaridad se fueron educando y apoyaron la Teología de la Liberación. Fue una época donde la Iglesia se presentó de una manera distinta a su tradición, mucho más vinculada a lo social, lo que se vio representado con la acción de curas más progresistas como Mariano Puga, José Aldunate y la monja Blanca Rengifo.

A pesar de ser la primera vez que nos vemos, Daniela se abre y nos cuenta aspectos privados de su vida. No es fácil hablar de estas cosas con dos desconocidas, pero a ella parece no molestarle, es más, ya se transformó en una relación de complicidad y confianza.

## **La dictadura llegó para quedarse**

Para el golpe militar, Daniela seguía como docente en la Universidad Católica, sin embargo, se encontraba con permiso maternal luego de que naciera su primera hija. Estaba casada con Sergio Sánchez, que trabajaba como director de continuidad en el Canal 9.

“El día del golpe, mi marido tuvo que partir a su trabajo y yo miré a mi hija de seis meses que estaba ahí y pensé ‘quién la va a cuidar si yo me voy al lugar’, y no fui, me quedé. Entonces, resucitó dentro de mí –y eso tiene que ver con el género- la idea de que antes que militante, que profesora y que trabajadora social, yo también era madre. Y eso, yo creo que es una cuestión súper importante de la cual no tuve conciencia, de por qué tomé esa opción, y no creo que fue una opción muy obligada”. Lo dice con tono de convicción, sin mostrar arrepentimiento por la decisión tomada ese día.

La llegada de la dictadura le trajo consecuencias laborales. La universidad fue intervenida y ella y otros docentes fueron despedidos de sus trabajos por decretos. “El golpe fue como que me hubiera caído algo en la cabeza, el corazón y las manos, en la vida familiar, en todo. Una cuestión terrible. Cierre de proyectos, susto por la supervivencia, de poder salir bien parada después del golpe. Y que yo venía de ser profesora de la Universidad Católica en la Escuela de Trabajo Social”.

Ese mismo mes comenzó a trabajar en el Comité Pro Paz. En más de una ocasión y desde el comienzo de la conversación, da a entender que para ella este trabajo comenzó como un “voluntariado” o un “trabajo de verano”, pensando que era una tarea “de salvataje, de urgencias, que iba a durar quince días, casi como una catástrofe natural, pero que era lo menos natural del mundo”. El Comité Pro Paz se armó con gente que iba llegando, porque quería ayudar. Cuando llegó Daniela, recién estaba comenzando esta organización.

Su primer trabajo fue en primera atención, es decir, recibiendo y atendiendo a las personas que llegaban a pedir ayuda, a preguntar por sus familiares desaparecidos y detenidos. Al poco tiempo, como llegaban cada vez más casos, comenzaron a hacer las primeras fichas, en las cuales se dejaba constancia de lo que estaba pasando, a pesar de que por el momento no hubiese ninguna solución. Así fue como se abrió el archivo: en un archivador de palanca marca Torre empezaron a juntarse los casos.

En octubre, este pequeño equipo que se había formado se empieza a dar cuenta de que la dictadura llegaba para quedarse. Pocos meses después, se darían cuenta de que la represión estaba



organizada, ya que los casos, en muchas ocasiones, estaban relacionados. Eso también permitió que la gente se agrupara en torno a un mismo problema, trabajo que fue siempre apoyado por el grupo de asistentes sociales y que, en más de una ocasión, causó problemas con los abogados, quienes se oponían a la organización más autónoma de las víctimas.

“Muy prontamente, además, comenzamos a preocuparnos de las mujeres de las organizaciones populares de la Iglesia que estaban en este momento en las poblaciones de Santiago. Porque algunos siempre teníamos susto de que disolvieran, de que viniera una ‘repre’ y el Comité se cerrara. Entonces, empezamos a recurrir a las autoridades, a los vicarios y fuimos a hablar con ellos y decirles ‘si pasa algo, ustedes podrían tener una oficina para acoger a las víctimas y por favor, los comedores’. Y empezamos a apoyar a como dé lugar los comedores”, afirma.

Los comedores infantiles fue uno de los programas de la Vicaría que tuvo como objetivo dar alimentación a los niños de sectores populares a través del trabajo organizado y comunitario de las mujeres voluntarias de organizaciones eclesiales. Hubo más de 300 comedores durante los años en que funcionó la Vicaría de la Solidaridad, es decir, se dio alimento a más de 30.000 niños.

“También hubo una posibilidad de atención en salud, que era lo que la gente reclamaba, no sólo por heridos. Atendimos a víctimas de la dictadura y del Estado. Pero las mamás y los niños tenían problemas porque no los atendían en el sistema de salud, entonces había parejas, hijos, abuelos. La gente estaba aterrada porque no sabían del paradero de sus familiares”. Lograron que el programa holandés Cebemo, en vez de llevarse a unos médicos a Holanda a vivir en el exilio, mandaran la plata a Chile y armaron una especie de red de salud privada que atendía consultorios de la Iglesia.

La Vicaría se convirtió en su mundo durante esos años. Era un lugar donde, a pesar de todo, se sentía cómoda y segura, aunque al salir de ahí se sintiera perseguida, y no sólo ella. Los funcionarios y funcionarias de la Vicaría siempre corrieron riesgos por trabajar en Derechos Humanos, en una época donde éstos eran tan vulnerados por el poder militar.

“La oficina mía daba frente a un teatro que estaba en la calle Compañía. El metro se estaba construyendo, no existía todavía. Fumábamos mucho porque nos poníamos súper nerviosas al entrar. Siempre los escritorios tenían cigarrillos. Era famosa por fumar Nevada, unos cigarrillos mentolados pésimos, todos cigarrillos con filtro. Se fumaba, uno, porque había olor a guardado, dos, porque había un problema; tres, porque había que compartir. Un día también decidimos dejar

el cigarro colectivamente, nos llamábamos por teléfono para apoyarnos. Doy este ejemplo porque la Vicaría era como la casa de uno y en esa casa vivían abogados, asistentes sociales y también tenían espacio los talleres, las agrupaciones de la Vicaría y también el arte”, explica.

No había un gran casino, pero había un lugar donde se vendían cosas para comer. También hubo eventos culturales importantes. “Me acuerdo concretamente cuando vino la Joan Báez, por ejemplo. Verla cantar era tan emocionante, uno ahí se sentía tan segura, tan internacional, el lugar donde hay que estar, donde ‘las papas queman’. Y salías de ahí, empezabas a caminar por Ahumada y mirabas para atrás por si te venían siguiendo. Pasabas del haber vivido una situación de mucho sentido, de ayuda, de verdad, de justicia y de solidaridad que al salir a la calle se borraba y comenzabas a correr riesgo, incluso al subirse al colectivo o la micro que te llevaba al barrio. Y ahí también teníamos sistemas de seguridad entre nosotros, como decir ‘voy para tal lado’ cuando salías, o avisar a la casa ‘voy para allá’ y después confirmar, porque si uno no llegaba era para preocuparse”.

### **De primera atención a jefa de departamento**

“¿Tú te imaginas si te pones en Ahumada con un escritorio que diga ‘se atiende mujeres con problemas’, con la edad que tienes tú, jovencita, una mujer se va a sentar ahí y te va a decir ‘¿sabe que mi marido me viola todas las noches?’ Era súper difícil. Yo pensaba y me preguntaba cómo creían en nosotras, éramos gente súper joven, no teníamos un uniforme y la gente confiaba en nosotras, los abogados también eran súper jóvenes”, reflexiona.

Nos preguntamos cómo lo hacían estas mujeres para poder estar fuertes frente a testimonios tan dolorosos, cómo mantener distancia o cómo reaccionar para poder apoyarlas. La empatía era fundamental en este trabajo. Todas tuvieron distintos mecanismos de defensas para sobrellevar el trabajo y no mezclarlo con sus familias, con su cotidianidad. “Yo no tuve nunca una terapia grupal ni individual sobre esto, entonces te empiezas a dividir. Yo en mi caso fui muy dividida. Siempre decían que yo guardaba distancias para poder razonar y proyectar para adelante, esa fue mi defensa”. En eso influyó su formación con las monjas alemanas, dice, “a ponerse un poco detrás, pero muy acá”.

Al preguntarle por el caso que más la marcó a nivel personal, primero nos dice que prefiere no hablar de eso. Deja una pausa grande, mientras piensa cómo responder. Al cabo de unos

segundos cede. “Las mujeres que iban en busca de sus hijos, de alguien que le habían sacado en la noche de la casa. Yo me acuerdo gente en La Legua que decía ‘lo vi como lo arrastraban por las calles y se iba despedazando’. Son cosas a uno se le quedan, éramos muy jóvenes, yo no tenía ningún sentido de tragedia, no conocía las metralletas. Pero escuchaba los testimonios, manejando esta cosa y la distancia de mantenerse ahí y por otro lado deshacerse. De repente uno tiene que abrazarlas, pero tampoco me puedo sentar a llorar o escarbarles su vida personal”. En el fondo, “intentaba delinear estrategias de acción que fueran más eficaces, concentrarme más en la acción que en la emoción. Por otro lado, alertar todos los mecanismos de escucha, tanto racionales como emocionales y siempre considerar que una mujer tiene de por sí la fuerza como para salir adelante, que la vida sigue. Es así”.

Se expresa lentamente, pensando bien cómo usar las palabras antes de enunciarlas. Se nota que su energía disminuye, pero a la vez habla decidida al mencionar el género femenino. Ella sabe de lo que habla, ya que la muerte es algo que vivió de cerca con la partida de su marido. A pesar de haber sufrido esta pérdida, sabe que una mujer siempre es fuerte y puede reponerse de cualquier situación.

Sin embargo, Daniela Sánchez sólo se desempeñó como asistente social durante un tiempo. Ya en el Comité fue jefa de abogados y en la Vicaría llegó a ser jefa del Departamento de Zonas. “Yo no fui una persona que atendió mucho rato en escritorio al público, sino que más me tocó organizar y visualizar bien proactivamente”.

El Departamento de Zonas se compuso para coordinar y organizar el trabajo que se realizaba en las distintas zonas episcopales de Santiago (Sur, Oriente, Centro, Norte, Rural Costa, Oeste), entre otros motivos, para descentralizar lo que era el trabajo de la Vicaría de la Solidaridad. En estas distintas zonas se trabajaba con las poblaciones, con un énfasis comunitario y de empoderamiento popular.

El trabajo se realizaba en conjunto entre trabajadores sociales, abogados, curas, monjas y algunos profesionales del área de la salud. Gracias al trabajo comunitario, se realizaron diversas iniciativas producidas por los mismos pobladores, en su mayoría mujeres, como lo fueron los comedores infantiles, bolsas de cesantes y talleres de mujeres. En los años ‘80 el Departamento de

Zonas colaboraba con 965 organizaciones auto gestionadas en poblaciones en las que participaban alrededor de 55 mil personas<sup>12</sup>.

### **Pero la vida es más que la Vicaría**

“Yo no tenía una familia que era dictatorial, pero, por otro lado, los familiares de un lado y otro nunca jamás habían sido de la UP. Mi padre era demócrata cristiano, tenía un hermano interventor de Yarur que también tuvo problemas. Tuve un hermano que fue atrocemente torturado y vive fuera de Chile y otra hermana que también vive fuera de Chile. Por el lado de mi marido, estaban todos asilados en España para la Unidad Popular, momios totales. O sea, una familia que se quebró absolutamente y en distintos momentos durante la dictadura. No podía contar con el apoyo de la familia ni para la crianza, nada”, explica.

Daniela enviudó a los 45 años. Sergio Sánchez murió siendo trabajador de la Vicaría, desempeñándose en el Departamento Campesino. A los 40 años, a Sergio le dio una diabetes que durante ocho años lo tuvo complicado de salud. Daniela lo recuerda como una persona alegre, práctica, muy puesto en la pelea, bueno para la performance, era el que hacía las fiestas de Pascua para los niños. A los 48, murió por una infección que en menos de tres semanas acabó con su vida. “Dicen que podría haber sido hantavirus, porque estuvo por el campo y había colilargo. Después lo supimos porque vino como la moda, la desgracia, que cayeron unos cabros del colegio, compañeros de mis hijas, que tuvieron hantavirus y fue lo mismo. La gente de la Vicaría fue muy buena con nosotros y nos ayudaron un montón”, recuerda.

Mientras Sergio estuvo vivo, se ayudaban mutuamente en la crianza de sus hijos, lo define como un marido extraordinario. Enviudó con sus hijas muy pequeñas, la menor tenía cinco años y poco se acuerda de su padre. “Él colaboraba bastante y como yo trabajaba mucho y tenía un horario a veces muy extenuante, hacíamos una cosa que no se usaba todavía que es la pareja equipo, que baña los niños, acuesta los niños, se levanta en la noche, que es lo que ahora se hace. En esa época no era corriente”.

Para muchas trabajadoras de la Vicaría no fue fácil poder combinar su vida cotidiana con su vida profesional. En este sentido, como madres, muchas creen haber traspasado este trabajo a

---

<sup>12</sup> Bastías Saavedra Manuel. Sociedad Civil en Dictadura, Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2013.

sus hijos, ya que es difícil no dejar la crianza un poco de lado. Pero Daniela fue una muy buena madre. “Les contaba poco parece, eso es lo que me echan la culpa. Es muy difícil la vida privada, tú la quieres proteger, que tus hijos sean felices, que vayan al jardín, hagan tierrita suave y vivan la música y mazapán”. Pero sus hijas se educaron en un colegio abierto donde llegaban familias que habían estado exiliadas, el San Juan Evangelista, un colegio de una congregación religiosa con curas holandeses anti dictatoriales, por lo que ellas no quedaban ajenas al acontecer político.

“Yo trataba de no involucrar, pero yo creo que se tiene que haber notado, porque llegábamos como perros a la casa. Me acuerdo que iba a la cocina a ver la comida, el arroz con salchichas, el arroz con huevo, no llegabas en la onda de carne. Olvídate cómo fue cuando degollaron a José Manuel. Entonces, ¿para qué les iba a contar que teníamos un amigo que lo mataron así? Yo tengo buenos mecanismos de resiliencia y de negación que actuaron para poder llevar esto, pero en la noche con mi marido ahí hablábamos y sacábamos todo. Por otro lado, en esa época nosotros teníamos un sistema de apoyo de trabajadoras de casa particular viviendo dentro de la casa, sino nada de esto habría sido posible”, nos cuenta.

“Yo creo que ellas me veían como una mamá muy cansada que llegaba a la casa al principio preocupada, que hablaba de su trabajo y que comentaba algunas cosas y que le ponían oreja. Pero yo no les hice grandes relatos sobre los temas, en ningún momento”.

Cuando habla, se tapa la cara con las manos en gesto entre defensa y vergüenza. Pero no por ella, si no por las atrocidades cometidas en contra de los Derechos Humanos durante la dictadura.

### **Crisis en el “Ministerio de la Oposición”**

En los años ‘80, la dictadura ya se encontraba institucionalizada, empezó a volver gente del exilio, se hablaba de Derechos Humanos y comenzaron las primeras protestas. “Se fue dando un ambiente como de que se estabiliza esto y la Vicaría era como el Ministerio de la Oposición: un centro de intercambio de recursos y solidaridad donde también había otras redes de trabajo”. El modelo neoliberal se instaura en la sociedad y el Estado ya no es el que se hace cargo de los problemas sociales. “Hoy vamos bien, mañana mejor. Si es que trabajas y tienes tu dinero, puedes pagar la Clínica Central en vez de estar metido en el Barros Luco”. Este es el discurso que se

empieza a oír en la década de los '80. La Vicaría decía en cambio “no sigas este modelo. Únete con el de al lado, si tienen un mismo problema organícense y edúquense”.

Pero también en la Vicaría comenzaron a cambiar algunas cosas. El 1 de abril del 1979, llegó Juan de Castro como vicario, en reemplazo de Cristián Precht. Dos años después, se produjo una crisis en la cúpula directiva de la Vicaría de la Solidaridad. Según Daniela, De Castro era un líder, una persona súper democrática y agradable de trabajar. Era psicólogo y venía de Zonas, pero “no tenía empatía ni liderazgo”. El conflicto se produjo entre él y Javier Luis Egaña, que era el secretario ejecutivo en ese momento.

Juan de Castro venía con una ideología religiosa mucho más marcada y conservadora. La Vicaría, a pesar de ser una institución de la Iglesia, funcionaba en pos de defender los Derechos Humanos de las víctimas afectadas por la dictadura y a sus trabajadores no se les preguntaba ni de qué partido ni de qué religión eran. “Cuando este nuevo vicario llegó, dijo: ‘bueno, aquí ya hay que elaborar cosas, no sólo Derechos Humanos, sino que una Pastoral Solidaria con términos ideológicos religiosos católicos’. Es decir, católicos ecuménicos, donde no sólo se defiendan los Derechos Humanos y se propongan los valores de la democracia, sino que también esté en constante reconocimiento que esto se hace porque el evangelio de Cristo, o sea, la palabra de Cristo se debe pronunciar. Este hombre llegó así: ‘perfecto, tantos comedores, pero ¿cómo anunció la palabra del señor?’”, explica.

Eso provocó la pelea dentro de la dirección de la Vicaría y, como resultado de este conflicto, renunciaron el secretario ejecutivo Javier Luis Egaña y todos los que tenían alguna jefatura o cargo directivo. Entre ellos se encontraban Daniela Sánchez, Gustavo Saball, jefe del Departamento Campesino y Augusto Góngora, jefe del Departamento de Publicaciones y Solidaridad. El único jefe de departamento que no renunció fue Alejandro González, del Departamento Jurídico, quien después llegó a ser secretario ejecutivo.

Juan de Castro desconfiaba de la gente que no era católica. Desconfiaba de José Manuel Parada, que era comunista y ateo. Pensaba que los comunistas querían usar a la Iglesia para otros fines. Sin embargo, nos cuentan las asistentes sociales que entrevistamos, que tampoco hubo muchos cambios visibles dentro de la orgánica de la Vicaría. Pero se contradice con el hecho de que a José Manuel lo bajaran de cargo para que no pudiese asistir a las reuniones del vicario con los jefes de departamentos y en las consecuencias que finalmente tuvo el conflicto, con la renuncia

de los directivos. “Su tema era una sensibilidad social de los pobres, entonces, le impactaba más un incendio donde habían muerto dos niños, cosa que a uno también le impacta, que nosotros contáramos que en la semana habían torturado a diez personas. Él no tenía visión ideológica de lo que era que un Estado violara los Derechos Humanos. Él no entendía, pero dejaba ser”, son las palabras de María Luisa Sepúlveda. Juan de Castro fue vicario hasta el 4 de diciembre de 1983.

### **La vida después de la Vicaría**

Tras salir de la Vicaría, Daniela comenzó a trabajar en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), organismo internacional fundado por la Unesco en 1957, con objetivo de promover el estudio, docencia y difusión de las Ciencias Sociales en Latinoamérica y el Caribe. Fue en esta institución donde Daniela junto a otras trabajadoras sociales formaron el Colectivo de Trabajo Social. El Colectivo funcionó entre 1981 y 1990. Surgió debido a la necesidad de reflexionar sobre cómo se estaba llevando a la práctica el Trabajo Social y cómo seguir en adelante en ese momento histórico en particular. Su trabajo fue acompañado por una publicación que se llamó “Apuntes de Trabajo Social”.

Años después, retomó su actividad como docente, la que había dejado años atrás por la dictadura. Estuvo en la Universidad Alberto Hurtado y actualmente en la Universidad Católica Silva Henríquez. También colaboró en el año 1990 con un equipo de trabajadoras sociales en el Informe Rettig y posteriormente en la Comisión Valech.

María Daniela Sánchez reflexiona sobre su vida. Poniéndose en perspectiva, se considera una mujer realizada. Primero, cuando salió de la Vicaría pudo realmente dedicarse más a su familia, a sus hijas. Esto sumado a que pudo vivir el duelo por la pérdida de su marido. Sin embargo, nos dice, nunca dejó de estar pendiente de la Vicaría hasta 1992, cuando se cerró. Siempre colaboró como pudo, participando en las protestas, entre otras cosas. En los últimos años, ya sin guagua, ni marido, pudo enfocarse en realizarse como mujer, como persona, “entonces me metí a otro rango y le di mucho sentido”.

Actualmente, “después de miles de años”, dice, terminó las tareas de crianza y hace cinco años se casó con Álvaro. “Un día me llamó este caballero que está aquí, que se llama Álvaro y que es mi marido actual. Estoy casada de viejita”. Nos cuenta que se conocían “del año de la pera”, que

él estaba solo, que tiene tres hijos hombres de la misma edad de sus hijas. Un día este caballero la invitó a salir y ahí se reencontraron. Ahora viven juntos y están casados.

“Yo les dije lo de la utopía, que era soñadora, pero realizadora también. En el sentido de que no me senté a soñar una poesía de arte, sino que era la acción soñadora actuando, y en mi vida siempre combiné la acción con la reflexión”. Así es Daniela Sánchez.



## ANA MARIA MEDIOLI RECART<sup>13</sup>

En septiembre de 1973, Ana María Medioli tenía dos hijas y estaba embarazada. Vivía con su marido, Juan Francisco Sánchez, que además de ser ingeniero, militaba en el MAPU. Días antes del golpe de Estado, ya se intuía que algo iba a pasar, por lo que los militantes de ese partido tenían un lugar de reunión determinado en caso de que algo ocurriera. Por este motivo, Ana María y Juan tenían organizado lo que debían hacer en caso de emergencia. Sin embargo, y a pesar de todos los planes, nunca pensaron que el golpe iba a ser el mismo día que Ana María iba a comenzar su trabajo de parto y que nacería Juan Manuel, su tercer hijo.

“El 11 de septiembre comencé con contracciones. Entonces, bueno, pasó lo que pasó. Juan se fue. Se llevó a las dos niñas a la casa de mi suegro y yo empecé a tratar de comunicarme con la Clínica Santa María. Llamé varias veces. Como había tenido ahí a mis dos hijas y ya me conocían, me decían ‘tú estás normal, no vengas todavía’. Yo les explicaba que lo único que quería era estar internada en alguna parte, pero no hubo caso. Me dijeron ‘no te vamos a recibir, tenemos la recepción llena de gente, tenemos orden de no recibir hasta que sea el último momento’”. A través de esta anécdota, empezamos a conocer a Ana María, sentadas en el living de su casa, ubicada en la comuna de Ñuñoa.

“En ese momento, una cuñada que trabajaba en el Hospital San Juan de Dios me llamó y me dijo ‘sabes que esta cuestión está dramática, acá los balazos vuelan, no puedes quedarte en un lugar donde no te atiendan. Nosotros vamos a tratar de ir a buscarte’. Imagínate, 11 de septiembre, once de la mañana. Fue una odisea, pero me fueron a buscar y nos fuimos al Hospital. En el trayecto había que cruzar puentes del Mapocho, nos pararon 500 veces. Nos hicieron bajar en todos los puentes, era como hito. Entonces, te paraban los milicos, te hacían sacar todo. Yo mostraba la guata. Me imagino que gente habrá inventado que tenía guata, era una estrategia posible”, nos cuenta.

“Llegué con contracciones, pero se me pararon después de un rato y ahí me dio pánico, pánico. Porque no había ninguna condición, era una cantidad de gente enorme. Además, entraban balas a las piezas, ese nivel. Entonces gritaban las enfermeras ‘¡tirarse debajo de las camas!’ y te

---

<sup>13</sup> Entrevistas realizadas el 26 de julio y 7 de septiembre de 2017.

tirabas debajo de la cama. Era una cosa dantesca y yo estaba sola. Pero bueno, afortunadamente todo funcionó y ahí tuve a mi único hijo, el Juanito, que tiene esa edad”.

### **Pensábamos que íbamos a cambiar el mundo**

Su casa es amplia y fría, de un piso. A pesar de tener ventanales grandes, no entra demasiada luz. Tal vez es producto del poco luminoso sol de invierno. Hay una pequeña estufa prendida pero no logra calentar el gran espacio.

Ana María tiene miedo de que las cosas se le olviden y hace poco empezó a escribir en una agenda sus fechas importantes. Es divertida para hablar, lo hace de forma que levanta la voz cuando quiere exagerar algo, pero no es buena para gesticular. Tiene ojos celestes muy profundos y el pelo color café, que lleva como una melena.

Nació en Tomé, en la región del Biobío, donde vivió hasta los 16 años. Luego se vino a Santiago. Estudió en un colegio de mujeres en el cual comenzó a formar su vocación por el trabajo social. Desde ese entonces participaba en trabajos de verano en distintas poblaciones. “Decidí entrar a Trabajo Social porque yo hice servicio cuando estaba en el colegio, en una población que se llamaba la Nueva Matucana, que era un horror. Todo eso era una cosa atroz, los niños jugaban en la caca”, nos comenta.

Cuando quedaba poco tiempo para salir del colegio, empezó el momento del “estreno en sociedad”, como lo llama ella, ya que sus compañeras -la mayoría perteneciente a la “clase alta”- realizaban fiestas, se juntaban con gente de otros colegios, etc. Pero a Ana María no le interesaban tanto estas fiestas como le interesaba el servicio hacia la gente que más necesitaba: “Con una amiga, sin tener ninguna ideología ni nada, dijimos que estábamos en una población súper pobre y que por qué, en vez de hacer fiestas de eso, no juntábamos esa plata para ellos. Se murieron de la risa. Ahí yo creo que agarré papa con esto”.

Al terminar cuarto medio, ingresó a la Universidad Católica a estudiar Trabajo Social. Tras terminar la carrera le ofrecieron quedarse como docente, oferta que ella aceptó y comenzó a hacer clases. Junto a la directora de ese tiempo, Virginia Rodríguez, y otras personas armaron el “Programa de Trabajadores”, donde se invitó a personas con experiencia en Trabajo Social no profesionales para que pudieran obtener su título, aun cuando no hubiesen terminado el

Bachillerato. “Hay varias personas que después estuvieron en la Vicaría que pasaron por el programa. Se les valoraba la experiencia y se les enseñaba las cosas. Por ejemplo, Manuel Vergara había estudiado con nosotros”.

En esos años conoció a su marido, Juan Francisco, que militaba en el MAPU. Fue gracias a él que ella entró en ese mundo político, a pesar de no estar inscrita como militante. “Había un fervor tremendo de que íbamos a cambiar el mundo”, dice. Juan Francisco era hermano de Daniela Sánchez, también asistente social. Juntas participaban en los rayados y otras actividades políticas del partido.

Después de que naciera su hijo, el 12 de septiembre de 1973, Ana María comenzó inmediatamente a trabajar, sin embargo, no volvió a la Universidad. Ésta había sido intervenida por militares. A muchos docentes los echaron por decreto. Recuerda con rabia que entre colegas se empezaron a delatar por ser militantes de partidos que apoyaban a la Unidad Popular.

“Al día siguiente llegué a la casa, tenía una señora que se vino conmigo. Inmediatamente partí a trabajar, porque el problema era que mi marido estaba echado y escondido y con qué íbamos a vivir, entonces me puse a trabajar al tiro”. Esto nos sorprende, ya que recién había nacido su hijo. Se lo comentamos y ella nos responde: “Claro, pero uno no se lo cuestionaba tanto. Como que nosotros éramos ‘compañeras valiosas’, comíamos los mocos, pero era sin llorar la cosa. Y si había que hacerlo, había que hacerlo. Ahora, yo no te digo que no lo pasé pésimo. O sea, fue un tiempo atroz. Pero bueno, salimos”.

Su primer trabajo después del golpe fue en el llamado Comité 2, es decir, el Comité Nacional de Ayuda a los Refugiados Extranjeros (CONAR). Allí estuvo un año y medio. Esta institución prestaba ayuda a las personas que podían ser asiladas en otros países, haciendo los contactos y prestando refugio mientras esperaban alguna respuesta. “Yo era como una especie de procuradora. Trabajábamos con abogados que mandaban y, por ejemplo, me tocaba a mí recuperar especies de las casas que habían sido allanadas, las personas que habían matado o que habían tomado presas y que las casas estaban intactas, algunas no tanto. Y, entonces, hacer un inventario y entregarlo para que, eventualmente, si eran recibidos por algún país, pudieran llevarse sus pocas cosas”.

Tras trabajar un tiempo allí y por contactos que tenía con distintas personas del Comité Pro Paz, como María Luisa Sepúlveda y María Daniela Sánchez, se enteró que se abría un cupo en

primera atención, donde necesitaban trabajadoras sociales y se fue a trabajar para allá. “Yo las envidiaba, porque la verdad es que esto era muy escéptico, el CONAR no era confesional de nada. Tenías que mantenerte firme y, si no, ir a llorar al baño. Era muy escéptico, muy de Naciones Unidas, que tú tenías que llenar fichas larguísimas para que estas personas pudieran ser reubicadas en algún país”, recuerda.

Ya en el Comité Pro Paz, se encargaba de hacer las fichas de quienes iban llegando. Además, por un tiempo se hizo cargo de la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos, siendo el vínculo entre la Agrupación y el Comité y, desde el ‘76, la Vicaría de la Solidaridad. “Resulta que era bien conflictiva la agrupación, porque había –hay- personas desaparecidas del MIR y del PC, entonces como que no había mucha camaradería entre ellas. Había mucha discusión. La idea era que hubiera alguien que les hiciera alguna dinámica, para que se encontraran, que los conflictos no llegaran a más. Y trabajé ahí junto con primera atención”.

### **La organización femenina en la Zona Oriente**

Como se mencionó anteriormente, la Vicaría de la Solidaridad se dividía en distintas zonas. Norte, Sur, Oriente, Oeste, Central y Costa. En cada una de ellas se destinaba un equipo de Solidaridad, mientras que dependían económicamente de la Vicaría Central. Además, todas las semanas los encargados de cada Zona se reunían con el jefe o la jefa del Departamento. Ana María fue la encargada de la Zona Oriente. Allí se desempeñó la mayor parte del tiempo que trabajó en la Vicaría. La Oriente fue conocida por el trabajo en las ollas comunes y los comedores infantiles, pero, sobre todo, por su trabajo con las mujeres.

“El trabajo con los presos políticos era un trabajo muy machista. Como que había una tendencia a privilegiar la clase por el género, por ponerlo de alguna manera, y era como parte de los signos de los tiempos. Entonces, nosotros empezamos a cuestionarnos eso en la Vicaría Oriente y se empezó a feminizar el cuento. Empezamos a hacer talleres internos, nosotros en casa, sobre el problema de la doble opresión de las mujeres, del exceso de cómo caía en sus hombros todo el peso de la vida, prácticamente. Por otro lado, con los cesantes, era una cosa mucho más política. Ellos estaban preocupados –un grupo- los que venían de los campos de concentración, de adoctrinar a los otros que no estaban tanto en eso, porque eran cesantes comunes y corrientes. Y los cesantes ‘comunes y corrientes’ estaban ahí porque estaban tratando de encontrar pega, pero tampoco es

que digamos que había un interés por formarse y, en cambio, empezamos a conocer mujeres muy valiosas en las poblaciones”, explica.

Puente Alto, Lo Hermida y La Reina son algunas de las comunas que estaban bajo el alero de la Vicaría Oriente. También tenían a cargo La Faena. Fue con las mujeres de esos sectores con quienes se empezaron a hacer los talleres. El fin era problematizar junto a ellas eso del “rol que parecía que te lo había dado Dios, que no tenías vuelta” y ayudarles a entender a ellas que también tenían derechos. En esos talleres se trabajó también con la sexualidad, todo con el fin de empoderarlas en sus espacios y con sus maridos.

### Las ollas comunes

La Iglesia ha implementado históricamente los comedores populares e infantiles como forma de dar alimentación a la gente más pobre. Con el apoyo del equipo de Solidaridad de la Vicaría, se comenzó a dar más espacio a las ollas comunes. A diferencia de los comedores, las ollas comunes eran gestionadas por las mismas mujeres y no por la Iglesia. En un comienzo, como el apoyo económico era poco, eran ellas las que salían a recolectar los alimentos que luego cocinaban para el resto de la población.

Las ollas comunes se organizaban con una presidenta, una tesorera y una bodeguera. La presidenta era el contacto directo con el equipo de la Vicaría, la tesorera manejaba las cuotas que les daba la Iglesia y la bodeguera estaba encargada del almacenamiento de los alimentos: harina, arroz, porotos, leche. Se elegían semanalmente los turnos de las mujeres que tenían que cocinar y las que tenían que salir a recolectar. El equipo de la Zona Oriente se encargaba de darles capacitación y ayuda. “Le dimos mucha importancia a la capacitación de las encargadas, para que no se produjeran los problemas de ‘yo soy esto porque soy buena’, sino que se entendiera que estábamos hablando de una organización y que todas tenían roles”, explica. Las ollas comunes se hacían en casas o en capillas.

La Organización Holandesa para Cooperación Internacional al Desarrollo (NOVIB), que en sus principios tiene como objetivo apoyar iniciativas sociales y micro económicas que ayuden a la erradicación de la pobreza, en áreas de desarrollo sustentable, género y Derechos Humanos, fue una de las instituciones extranjeras que prestó ayuda económica a Chile en años de dictadura. “A NOVIB le gustaba el trabajo de la Oriente. Le gustaba el trabajo con las mujeres y esto que tenía que ver con la alimentación y formar a la gente en preparaciones mejores”. Ellos financiaron

parte de las ollas comunes y lo que siguió después de que la dictadura y la Vicaría de la Solidaridad terminaron, otorgando su apoyo durante tres años más. Lo primero que se pidió fue crear una Coordinadora Nacional con todas las ollas comunes, trabajo que Ana María ayudó a gestionar. Así se creó el Comando Nacional de Ollas Comunes.

### **Siempre hay un muerto antes que nosotros**

Le preguntamos a Ana María cómo había sido para ella compatibilizar su trabajo con su familia, si cree que sus hijos fueron afectados por este trabajo. Reflexiona unos instantes. “Los años de dictadura fueron muy difíciles, mucha gente estuvo sin empleo, el solo hecho de tener trabajo ya era tener un peso menos encima”, afirma. Pero el trabajo en la Vicaría no era cualquier trabajo, era enfrentarse a diario con las personas más afectadas por la crueldad de la dictadura. Sus hijos admiran esa labor. Sin embargo, a veces pasaban cosas importantes y la Vicaría se sobreponía ante ellos. A Ana María le cuesta un poco responder esta pregunta. “Habría que preguntarles a ellos”. Pero después de pensar un rato se acuerda de un par de anécdotas:

“Yo estaba en la Vicaría Oriente y estábamos trabajando con las ollas comunes. Entonces al Mariano Puga, que es muy *locati*, se le ocurrió hacer una misa especial con los pobres y con las organizaciones de los pobres. Entonces, obviamente, nosotros invitamos al Comando Nacional de Ollas Comunes de todas las zonas. Llegamos allá y se les ocurrió a estos gallos, súper creativos, llevar una olla gigante, no te miento”. Enfatiza el gran tamaño de la olla haciendo el gesto con sus manos. “La subimos en mi citroneta, llegamos a la iglesia, entramos con la cuestión y la gente nos aplaudía. La pusimos cerca del altar y fue todo un éxito, porque cuando empezaron a salir con la olla, Mariano empezó a tirar monedas y a gritar ‘¡monedas a la olla común!’. Entonces, se empezó a juntar la gente al frente de la Catedral. Resulta que a la salida nos estaban esperando los pacos y me llevaron a mi detenida a la Comisaría, porque era la que manejaba y la que llevaba la olla. Ese mismo día, mi hija Paula tenía su primera fiesta y, como éramos medios *pobretes*, se había conseguido un vestido y me había pedido que le hiciera la basta. Yo le dije ‘por supuesto, llegando te hago la basta’. Pero estuve todo el día y toda la noche en la Comisaría y, por lo tanto, no le pude hacer la basta. Ahora me estoy acordando y era atroz. Creo que la Paula fue la más afectada. En otra ocasión, me dijo que había un evento en el colegio, para que fuera.

- No puedo ir, porque sabes que mataron al José Manuel, le dije.

- No, no me digas más, siempre hay un muerto antes que nosotros, fue la respuesta de Paula.

A pesar de que junto a Juan intentaban no contarles con demasiados detalles lo que ocurría en la Vicaría, a veces era imposible no comentar las cosas terribles que pasaban.

“Me acuerdo que vino una vez una mujer de cuando estaba yo en la Vicaría, que era una peruana que había trabajado mucho con el tema del Sendero Luminoso. Y me acuerdo que tuvimos una conversación, que no sé por qué salió esto que yo contaba cosas en la casa y ella, que era psicóloga, me dijo –casi me muero-: ‘estás cometiendo el error más grande de tu vida. No puedes hacer eso. Los niños tienen que estar al margen de todo eso’. Imagínate al margen. Nosotros pasábamos levantándonos en las noches porque pasaban camiones y nosotros creíamos que nos iban a llevar, así que imposible. No era así como ‘aquí no pasa nada, somos todos felices’”.

De todas maneras, su postura era decirles que “no se preocuparan tanto, que la situación no era tan terrible”. Sus hijos eran chicos cuando para el golpe y los primeros años de dictadura y, cuando vinieron las protestas, ellos los acompañaban a protestar.

### **De la olla común a la empresa de servicio: Prosam**

A pesar de que la Vicaría siempre se caracterizó por no cuestionar la religión ni militancia de sus trabajadores, hubo un momento en que esto cambió. La ya mencionada ‘crisis de la cúpula directiva’ también llegó a las Zonas. “Tuvimos conflictos ideológicos con el último vicario”, dice escuetamente. Por esto, cuando la dictadura comenzaba a decaer y había las primeras señales de que se acercaba la democracia, Ana María terminó de trabajar en Zonas y volvió a la Vicaría Central para terminar su labor.

El último tiempo estuvo caracterizado por conflictos con el vicario que asumió en la Oriente, ya que él quería que leyeran el evangelio en los comedores y en las ollas comunes. “Yo siempre discutía con los vicarios, o sea yo decía ‘espérese un poco, ¿cómo yo, que soy una asistente social, voy a venir aquí a anunciarles el evangelio? Que eso lo hagan eso las monjas o los curas, yo no tengo por qué. Nosotros decíamos que no podíamos llegar con una pomada católica. Además, para qué tanto hablar si la gente sabía que esto era una tarea de la Iglesia”. Recuerda que, junto a Mirta Ossandón, su colega, tuvieron conflictos con monseñor Caro y terminaron mandándole una carta. Después de eso, ambas se fueron de la Zona Oriente.

El año 1991 volvieron a la Vicaría Central encargadas de la organización nacional de las ollas comunes que les había pedido la agencia NOVIB para continuar con el financiamiento. En ese entonces, el Departamento de Zonas había sido reemplazado por el “Departamento de Educación Social”. Eran los tiempos en que la Vicaría ya comenzaba a cerrarse. “Empieza a revisarse también toda esa cosa de las donaciones. Entonces, la agencia que financiaba las ollas comunes propone seguir financiando por tres años un programa fuera de la Vicaría para la reconversión de las ollas comunes”, explica.

Poco tiempo después, dejaron de trabajar por completo en la Vicaría de la Solidaridad y crearon juntas la ONG “Programa de Acción con Mujeres”, Prosam. Esta ONG siguió trabajando con las mujeres de las ollas comunes, que ya estaban organizadas, y con algunas dirigentes sociales de comunas más vulnerables. Dentro de sus objetivos estuvo la educación, asistencia técnica e investigación con estas mujeres, formándolas como micro empresarias y gestoras de sus propios proyectos. “Aquí claramente trabajamos con una perspectiva feminista, ahora éramos autónomas”.

A estas dos amigas y colegas se les ocurrió crear una iniciativa: que las mujeres pudieran tener un rol importante en el tema alimentario de sus comunas y pudieran formar empresas de alimentación y ser proveedoras de la Junaeb. “Siempre habían cocinado, siempre se preocuparon de la alimentación de sus hijos. ¿Por qué ellas no podrían armar un grupo? Nosotros nos ofrecimos para hacer toda la asistencia técnica”. Así, comenzaron con este proyecto que convirtió a las mujeres en microempresarias y concesionarias, aun cuando mucha gente las criticó y cuestionó. En este periodo siguieron con el financiamiento de NOVIB.

“Ha habido muchas críticas hacia nosotras, que cómo se nos ocurrió, de gente que nos quiere, que dice ‘era súper difícil’. Y era, pero en otro paradigma podría no haberlo sido tanto. Si hubiera habido un Estado que hubiera escuchado y que hubiera dicho ‘qué interesante, el alimento de los niños por las mujeres, que siempre se lo han hecho’. De hecho, durante los dos primeros años, fueron evaluadas como las que daban la mejor alimentación. Y lo más insólito es que se lo compró el primer director de la Junaeb después de la dictadura, Antonio Infante, que se enamoró de este programa. Y tuvimos ocho empresas en distintas comunas de Santiago, ya no solo en la Oriente. Yo creo que ya no queda ninguna”. El trabajo con Prosam continuó hasta hace pocos años.

Hoy en día, Ana María está jubilada. Tiene ocho nietos, a los que constantemente cuida. Continúa viendo a su colega Mirta Ossandón, compañera de hace muchos años, desde la Vicaría



en adelante. También se sigue viendo con sus amigas de ese tiempo: son comadres con María Luisa y con Daniela Sánchez, con quien además es cuñada. Se ve cansada, pero tiene su vida ya resuelta. Su labor no fue menor durante la dictadura. A pesar de no haber sido de ideología feminista, siempre luchó por el empoderamiento de la mujer, labor que terminó sólo hace unos años, cuando ya los años le pesaron y decidió jubilar.

El solo hecho de haber tenido un trabajo durante la dictadura fue una bendición, para ella y su familia. Fue un momento en donde la cesantía era brutal. Para sobrevivir, la gente tenía que irse fuera de Chile. Pero, además, la Vicaría fue el trabajo más importante que pudo tener: “Los impactos, el haber vivido bajo la dictadura, producen mucho daño, no sólo en gente que trabajó en esto. Yo creo que fue un tiempo tan oscuro, tan oscuro, pero aun así estoy súper agradecida de haber vivido eso”.

## GRACIELA ORTEGA BUSTOS<sup>14</sup>

Es un día de julio y hace frío. Nos dirigimos al Círculo de Periodistas ubicado en la calle Amunátegui, en el centro de Santiago. Es allí donde nos encontramos con Graciela Ortega. Vamos a una sala de reuniones que tiene una mesa grande donde caben aproximadamente quince personas. Sin embargo, sólo somos tres. Graciela, o Chelita, como la conocen los amigos, se sienta en la cabecera

Graciela tiene 71 años. Su cabello es negro con unas pocas canas y usa lentes. Está vestida con un chaleco rosado, una blusa y pantalones. A primera vista, se ve como una persona simpática, pero también seria, impresión que se mantiene a medida que fluye la conversación. Nos servimos un vaso de agua y empieza a contarnos sobre sus experiencias de vida y sobre la Vicaría de la Solidaridad.

Es periodista, trabajó primero en el Comité Pro Paz desde 1974 y luego en la Vicaría de la Solidaridad hasta el año 1990. Antes de que ocurriera el golpe de Estado, trabajaba en la Corporación de Fomento de la Producción (CORFO). Como a todos, un par de días después del golpe, la hicieron presentarse en su trabajo para informarle que estaba suspendida con prohibición de volver a entrar al edificio donde trabajaba. El interventor, parado junto a un guardia armado con una metralleta, leyó una nómina diciendo que todas las personas que habían sido partidarios del gobierno de Allende, estaban despedidas. En ese momento, entró rápidamente a sacar sus pertenencias y, desde ahí, nunca más volvió a pisar ese lugar.

Nueve meses después, Graciela entró a trabajar al Comité Pro Paz. Antes ya había asistido a la institución para presentar una denuncia por despido injustificado, pensando que se podía hacer algo. Por lo tanto, cuando le llegó la oportunidad de trabajar ahí, ella ya conocía su existencia. Su primer puesto en este lugar fue en la Comisión de Solidaridad y Desarrollo, una entidad creada al alero del Comité que en ese momento se encargaba de conseguir financiamiento extranjero para armar talleres de subsistencia para la gente que había sido despedida de sus trabajos. El rol de Graciela era evaluar proyectos que presentaban grupos de personas que, habiendo sido despedidas, necesitaban una fuente laboral. “Eran pequeños talleres de artesanías, de peluquería, de confección

---

<sup>14</sup> Entrevista realizada el 5 de julio de 2017.

de zapatos, de confección de ropa y unas panaderías. Entonces, se evaluaban esos proyectos y se les daba o no financiamiento, un financiamiento basal para que empezaran a funcionar”, explica la periodista.

Ya en la Vicaría, comenzó a trabajar como secretaria del Departamento Jurídico. Pero al poco tiempo nacería la Revista Solidaridad.

### **Escribir como forma de desahogo**

“Era como una reunión de cristianos clandestinos en la antigüedad, que se juntaban en cuevas a escuchar la palabra”, esa es la sensación que tiene Graciela respecto a las primeras reuniones del Comité Pro Paz al inicio de la dictadura. Se reunían en la buhardilla de la casa de Santa Mónica a conversar sobre lo que estaba ocurriendo y los descubrimientos que se iban haciendo. Esas reuniones, recuerda, fueron de un gran shock para la mayoría de los trabajadores y trabajadoras de la Vicaría, ya que se dieron cuenta de las torturas que se le estaban aplicando a los presos, los lugares de detención clandestinos y que había fusilamientos a sangre fría. El término de “detenido desaparecido” hasta ese momento tampoco existía, sin embargo, comenzó a ser parte del lenguaje diario.

“Nos juntamos con un abogado que dijo que se estaba usando algo que había sido aplicado para sacarle información a los presos en otros países de Latinoamérica. Por ejemplo, en Brasil. Así supimos del submarino, del teléfono, conocimos todas esas formas de tortura”<sup>15</sup>. El abogado también dijo:

-No debemos descartar que se aplique aquí la desaparición forzada de las personas.

- ¿Qué es eso?, decíamos nosotros, que no conocíamos esos términos aún.

-Los detienen y los hacen desaparecer.

-Pero si eso no es posible, son personas, cómo los van a desaparecer.

---

<sup>15</sup> El submarino consistía en sumergir la cabeza del detenido en agua o en otro líquido (podía ser orina) hasta que se comenzara a ahogar. En el “teléfono” se le pegaba a los presos con las manos abiertas en ambos oídos, causaba lesiones auditivas.

Fue un aprendizaje súper terrible ese, un cambio en la cultura y en los conocimientos que uno tenía”, afirma.

Graciela tenía 30 años y estaba casada con Sergio, con quien tenían una hija, Ana María. “Yo le comentaba esto a mi marido, pero así como diciendo ‘fíjate que esto se dice’, se dice que se le aplica a los presos el submarino, se dice que le aplican el teléfono, todas esas torturas terribles. Se dice que hay gente que va a desaparecer para siempre. Y, a pesar de creer que eso no era posible, nos dimos cuenta que sí era posible, sobre todo con el paso de los años”, recuerda afectada.

El primer impacto fue cuando se descubrieron los Hornos de Lonquén: “esa gente había sido denunciada como detenida en tal fecha, por tales señores y se los habían llevado a tal parte. Y aparecieron todos muertos enterrados en unos hornos de cal. Yo no quise ir a reportear esa cuestión. No. Y se supo que los habían metido vivos, los habían enterrado vivos y les habían echado cemento”, cuenta Graciela.

“Todo eso fue permeando lentamente la relación familiar. Por ejemplo, cuando me juntaba con mis cuñadas, con mis suegras, con mi familia, yo no tocaba mucho estos temas. La familia de mi marido era de derecha. Mi padre había muerto y mi madre fue bien progresista siempre, pero a uno le daba cosa tocar esos temas, sobre todo te dabas cuenta de que estabas causando un impacto en las personas y la gente quedaba con miedo”, nos explica.

Con todos estos recuerdos, Graciela se emociona. Hacemos una pausa de varios segundos en los que ella intenta no quebrarse, pero es difícil controlar las emociones que provoca recordar vivencias tan importantes como lo fueron las que ocurrieron durante los años de Comité y Vicaría. Para ese entonces, ella ya trabajaba en la Revista Solidaridad.

“Solidaridad” fue un boletín quincenal en un comienzo y posteriormente mensual que estuvo a cargo del Departamento de Publicaciones de la Vicaría. Funcionó entre los años 1976 y 1990 y en total se publicaron 300 números. La finalidad de esta revista era, por una parte, dar a conocer lo que estaba pasando en el país durante la dictadura militar, ya que muchas personas no conocían los distintos tipos de violaciones a los Derechos Humanos. Por otra parte, la idea era que se conocieran las acciones de la Vicaría de la Solidaridad.

Se repartía en las distintas parroquias de Santiago y desde ahí llegaban a la gente. Graciela recuerda que había parroquias que preferían no recibirla, porque se tocaban temas bastante difíciles,

pero que era necesario, ya que “sabías que tenías que sensibilizar sobre cosas que mucha gente vivía en persona, pero que mucha gente no tenía idea de que eso estaba pasando”.

El director siempre era el vicario, pero además había un subdirector, que era un periodista, y un grupo de periodistas que escribía las notas. Los contenidos se dividían por áreas: laboral, poblacional, cultura, Derechos Humanos e Iglesia. Cada área tenía un encargado y todos los lunes se realizaba una reunión de pauta donde las y los periodistas presentaban los temas que querían trabajar para la siguiente publicación. “A mí me ligaron el tema de Derechos Humanos, entonces ahí había que reportear internamente en el Departamento Jurídico. Yo entrevistaba a los abogados, conversaba con las asistentes sociales, iba a las carpetas a averiguar los antecedentes de los casos que llegaban. Idealmente había que entrevistar a alguien relacionado con el caso: la madre, la esposa, lo que fuera. Había que tener una mirada en los casos, no sólo contar el caso en sí, sino que tratar de darle un contexto un poco más amplio. Éramos muy exigentes profesionalmente nosotros como grupo de periodistas”. Graciela nos va contando cómo era trabajar en la Revista, mencionando constantemente la importancia de la ética periodística.

Sólo en los últimos años, cuando la democracia comenzaba a asomarse, comenzaron a firmar los artículos con nombre y apellido. Los años anteriores siempre se usó una firma anónima. “En algún momento el vicario pidió que empezáramos a firmar los artículos y ahí empezamos a hacerlo”, recuerda.

“Yo creo que para mí escribir era un gran desahogo. Escribir las crónicas, escribir de las visitas que hacíamos a los lugares más atroces. Pero yo sentía que ahí el servicio que yo hacía no era tanto. Era importante la denuncia escrita, sin embargo, era mucho más importante escuchar a la gente, acompañarla y abrazarla de repente cuando se ponían a llorar. Éramos como psicólogos, periodistas y abogados, de todo un poco”, cuenta Graciela .

De hecho, se acuerda de una anécdota donde, más que su trabajo periodístico, primó su buena voluntad como persona. Lo importante era aliviar, desde donde se pudiera, lo que estaba pasando. “En ese momento, con mi marido nos habíamos comprado un autito chico y yo, a veces, iba en mi auto a trabajar. Lo dejaba estacionado en la calle, en cualquier parte, cerca de la Plaza de Armas y un día me llama una asistente social, la Normita Muñoz:

- Chelita, ¿me puedes llevar a una parte?

- Sí, le dije, por supuesto.

- Vamos a ir con una persona, nos vemos abajo en quince minutos.

“Nos fuimos en mi auto, me dijo que íbamos a ir hacia Puente Alto. En esa pega nunca se preguntó nada, nunca quise saber más detalles, porque era peligroso para mí, para mi colega y para la persona. Entonces, el silencio era una norma. Llegamos a un recinto de unas monjas que tenía un enorme parque por Puente Alto, una cosa muy antigua, parecía casa patronal. Entramos en el auto, la señora se bajó, la vi caminar con la Normita para adentro, yo me quedé en el auto. Vi que salió de atrás del edificio un señor en silla de ruedas. Ahí se quedó la señora. La Normita volvió, me dijo que íbamos a estar unos minutos, ‘que se saluden y nos vamos’”.

“Al tipo lo tenían escondido porque estaba siendo perseguido y la mujer había ido a la Vicaría para tener noticias de él y, cuando supo que lo tenían ahí, la Normita aprovechó de que se pudiera encontrar con su pareja unos minutos. Después nos devolvimos con ella al centro. Era todo más o menos así, buena disposición para hacer las cosas, harto miedo cuando las hacías, fueras mujer o fueras hombre”, reflexiona.

### **Operación Albania o Matanza de Corpus Christi**

Entre el 15 y 16 de junio de 1987, doce miembros del Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR), fueron asesinados a sangre fría por agentes de la CNI. Ese 15 de junio, a tempranas horas del día, fue asesinado primero el frentista Ignacio Recaredo Valenzuela. En la tarde, fue el turno de Patricio Acosta y más tarde de Julio Guerra Olivares. Los tres murieron acribillados por hombres de la CNI, quienes tras matarlos les pusieron armas en las manos, simulando enfrentamientos.

Esa noche, también la CNI rodeó una casa utilizada como centro de reunión del Frente, ubicada en la calle Varas Mena, en la comuna de San Miguel. Los agentes rodearon la casa desde otras viviendas de la cuadra, diciendo a quienes vivían allí que estaban haciendo una persecución a un prófugo muy importante. Al poco rato comenzó el enfrentamiento entre los frentistas y los militares, donde murieron Juan Henríquez Araya y Wilson Henríquez Gallegos. El resto logró escapar, aunque varios salieron heridos.

Sin embargo, el operativo no terminaba ahí. Durante el día habían sido detenidos otros siete frentistas. José Joaquín Valenzuela Levi, Ricardo Hernán Rivera Silva, Elizabeth Escobar Mondaca, Patricia Quiroz Nilo, Ricardo Silva Soto, Manuel Valencia Calderón y Esther Cabrera

Hinojosa. En primera instancia, fueron llevados al Cuartel Borgoño y, en la madrugada del 16 de junio, trasladados a la casa de Pedro Donoso N° 582, ubicada en Recoleta, que se encontraba abandonada y donde los agentes de la CNI montaron un supuesto enfrentamiento donde los siete frentistas murieron, dando término a la conocida “Operación Albania” o “Matanza de Corpus Christi”.

El capitán Krantz Bauer, quien posteriormente se declaró inocente por haberse negado a las órdenes de asesinato impuestas por el mayor Álvaro Corbalán, fue quien estuvo a cargo de las detenciones. Sin embargo, de nada servía negarse. Las órdenes ya estaban dadas y los agentes partieron en una caravana de cinco vehículos con los siete detenidos con sus brazos y pies amarrados. Al llegar a la casa abandonada, simularon que ese era un lugar de reunión del Frente Patriótico Manuel Rodríguez. Pusieron a los detenidos en distintas posiciones y luego los mataron a tiros.

La prensa oficialista<sup>16</sup> calificó la matanza como un enfrentamiento. Sin embargo, distintos medios de comunicación de oposición pusieron en duda esto y, a pesar de la censura, lo publicaron en sus portadas.

La Revista Solidaridad<sup>17</sup> fue uno de los medios de oposición que envió a sus periodistas a reportear este hecho. En esta ocasión fue Graciela Ortega como periodista, con el abogado Carlos Fresno y un fotógrafo:

“La matanza había sido en la noche. Al día siguiente, en la mañana, llegué a la Vicaría y me dijeron ‘Graciela, tienes que ir a Pedro Donoso, vas con un abogado y un fotógrafo’. Eché la grabadora a mi cartera, el fotógrafo llevó su cámara y fuimos con Carlitos Fresno. Nos fuimos completamente en silencio, porque no sabíamos a lo que íbamos, muertos de susto. Sabíamos lo que había ocurrido, pero no sabíamos lo que nos íbamos a encontrar” reflexiona.

“Llegamos y era un enorme antejardín que tenía un muro de barro que separaba de la calle con una puerta que estaba abierta. Carlitos abrió la puerta, no había nadie. Entramos a ver qué pasaba y en el antejardín nos dimos cuenta de que en el frontis de la casa había, por ejemplo, cien hoyos de balas. Seguimos caminando, era una casa vieja, de estas de adobe. Cuando entramos al primer dormitorio yo saqué mi grabadora y comencé a contarle a la grabadora lo que estaba viendo.

---

<sup>16</sup> Anexo N° 4. Portada La Tercera 17 de junio 1987.

<sup>17</sup> Anexo N° 5. Revista Solidaridad edición n° 248, año 1987. Matanza de Corpus Christi.

Entramos al primer dormitorio, había un gran desorden, unas manchas de sangre en el piso, muchas balas que habían entrado por la ventana. Además, nos encontramos con las carteras de las chicas que habían matado ahí con sus enseres personales, con toallitas higiénicas, con cepillos de dientes, con sus cédulas de identidad. Hicimos un recorrido y yo grabé todo”, relata.

“Volvimos a la Vicaría con toda esta cosa terrible y la Maria Luisa me dijo ‘Graciela, tú que sabes lo que pasó ahí, hay un chorro de familiares que están en una oficina, entra y cuéntales lo que viste’. Yo entré, me acuerdo que había unas veinte personas y esa protección que tiene el cuerpo humano hizo que se me borrara la imagen de la gente, no veía a nadie, veía una masa no más, no veía caras. Entonces conté lo que vimos y les dije: ‘nuestra convicción es que ahí no hubo un enfrentamiento como se dijo, si no que hubo siempre disparos de afuera hacia dentro y muerte en el lugar de los hechos, sin resistencia’”.

Efectivamente había sido así. Pero eso sólo fue declarado de manera oficial el 28 de enero del año 2005, tras una larga investigación, en la cual, incluso los agentes de la CNI involucrados, declararon ante la Corte. El juez Hugo Dolmestch, hoy presidente de la Corte Suprema, hizo su fallo judicial y declaró que efectivamente los doce frentistas habían sido asesinados por los agentes de la CNI y no a causa de un enfrentamiento. El fallo significó que quince de estos agentes fueran condenados. Sus cabecillas, Álvaro Corbalán e Iván Quiroz, fueron condenados a veinte y diez años de prisión respectivamente. Mientras que el capitán Krantz Bauer fue absuelto. El ex director de la CNI, Hugo Salas Wenzel, fue condenado a cadena perpetua.

### **Caso Degollados: la muerte de José Manuel Parada**

La muerte de un compañero de trabajo siempre es difícil. Dejar de ver a alguien con quien compartías, almorzabas e intercambiabas conversaciones a diario puede dejar un trauma. Pero en la Vicaría no eran sólo relaciones de trabajo, ellos mismos se recuerdan como familia. Al hablar el uno del otro lo hacen con cariño, sintiendo cómo esos años los vivieron de cerca. Todos los días ingresaban nuevos casos de violaciones, era común afectarse y encontrar refugio en otro compañero o compañera. Había apoyo y comprensión. Pero hubo un caso en específico que cada integrante de



la Vicaría vivió de forma personal: el llamado Caso Degollados<sup>18</sup>, en el cual fue asesinado José Manuel Parada, funcionario de la Vicaría.

José Manuel Parada en 1985 era jefe del Departamento de Análisis. Cumplir con ese rol era hacer el contrapeso a las organizaciones de inteligencia de la dictadura, entender su estructura y cómo actuaban. Era un trabajo riesgoso porque estas mismas organizaciones sabían lo él que hacía. Estaba siempre bajo un radar, eso sumado a su militancia en el Partido Comunista. En ese momento estaba investigando sobre el Comando Conjunto con Manuel Guerrero, compañero de militancia, quien había sido detenido y torturado por ese organismo represivo en 1976. Después de sobrevivir a esta detención, Guerrero se fue al exilio por un tiempo y después regresó a Chile.

El 29 de marzo de 1985, José fue a dejar a su hija Javiera al colegio Latinoamericano de Integración, en la comuna de Providencia. Su hija ya había entrado a clases y él se quedó fuera conversando con Manuel Guerrero, quien además era profesor del colegio. En eso llegó un auto del que se bajaron agentes de la Unidad de Comunicaciones de Carabineros (DICOMCAR). Sin poder reaccionar, José y Manuel fueron tomados fuertemente, mientras Leopoldo Muñoz, profesor que salió a defender, recibió un disparo en el estómago. Entre gritos y alboroto, los dos amigos fueron subidos al auto contra su voluntad.

La noche anterior, habían sido secuestrados cuatro dirigentes de la Asociación Gremial de Educadores de Chile (AGECH), tras ingresar a la sede de la Asociación. Además, también el día antes, fue secuestrado otro militante comunista, Santiago Nattino.

El secuestro de Parada y Guerrero causó una gran conmoción tanto en el establecimiento educacional como en la Vicaría, ya que se realizó a plena luz del día, con disparos y testigos que vieron los sucesos. Durante ese viernes se realizaron asambleas, reuniones y misas. Los familiares de los secuestrados se reunieron y en la Vicaría todos estaban nerviosos y angustiados por el paradero de ambos, ya que sabían a lo que se dedicaban Parada y Guerrero.

“Cuando supimos que lo habían secuestrado del colegio, se armó la *tole tole* en la Vicaría. No te puedo decir el espanto. Todos llorábamos. La María Luisa dijo que si no lo soltaban de aquí a mañana lo habrían matado. Con esa certeza, con esa frialdad, que a mi gusto era espectacular, porque lograba centrar las conversaciones, se dijo que los tendrían en la Calle 18, donde estaba la

---

<sup>18</sup> Anexo N° 6. Revista Solidaridad edición n° 199, año 1985. Caso Degollados.

DICOMCAR. Entonces dijeron, nuevamente, ‘Graciela, agarra cámara, abogado y vamos’. Partimos la Rosemarie Bornand, la Estela Ortíz (esposa de José Manuel) y yo al portón ese siniestro que había ahí. Llegamos y nos pusimos a golpearlo. Al frente, una comisaría de Carabineros, un paco en la puerta con cara de ‘yo no fui’ y nosotros ‘¡abran! José Manuel, sabemos que está aquí’. Yo miré por debajo de la puerta de metal. Se veía un poco el terreno, el patio lleno de maleza, pero no se veía nada ni nadie”, recuerda.

El sábado 30 de marzo de 1985, dos campesinos encontraron tres cuerpos degollados tirados en la carretera que va hacia el aeropuerto en Quilicura. Tras los exámenes del Servicio Médico Legal se pudo establecer que los cuerpos pertenecían a José Manuel Parada, Manuel Guerrero y Santiago Nattino, provocando la reacción desesperada de sus esposas, de la comunidad de la Vicaría y de todos los familiares y amigos que se encontraban en el lugar.

La muerte de José Manuel fue dura para todos los funcionarios y funcionarias de la Vicaría. De nuestras entrevistadas, todas coincidieron en que este es uno de los casos que más las marcó, porque fue un golpe directo para la institución. Fue una forma de decirles que sabían lo que estaban haciendo, de asustarlos.

Entre todos, se apoyaron en este momento. Graciela fue una de las que más estuvo con la esposa de Parada. “Yo estaba cien por ciento tratando de sostener a la mujer de José Manuel. Las mujeres somos capaces de meternos dentro de la piel del que está sufriendo, hacer una conexión muy fuerte, muy directa con el sufrimiento del otro o de la otra y también de ponerse una coraza, una piel dura para no impactar al resto, a tu familia” cuenta Graciela.

Hablamos de cómo ella hacía para equilibrar las emociones que provocaban estos sucesos y nos dice que tuvo que usar muchos mecanismos de defensa para poder lograrlo, para separar. “A mi no me gustaba y nunca me ha gustado asistir a funerales o a esas caravanas. No quise ir al funeral de José Manuel Parada, que era mi amigo, mi compañero queridísimo. Por eso también cuando ahora, 40 años después, salen programas como ‘Los Archivos del Cardenal’, no quise verlo. Creo que vi la mitad de un capítulo. Lo tengo en la casa, lo compré para verlo algún día, pero no me gusta darle vueltas al miedo, a la pena, regocijarse con esa *huevoada* porque la tuve en vivo y directo muchos años”, explica.

El caso Degollados fue investigado por el juez José Cánovas. En agosto de ese mismo año, se sometió a procesos y posteriormente se detuvo a los carabineros involucrados en el triple

degollamiento. La DICOMCAR fue disuelta y en 1994 se sentenció por secuestro, homicidio y asociación ilícita terrorista a todos los miembros que participaron en el caso. La condena fue cadena perpetua, sin embargo, el único que no quedó con esa sentencia fue Patricio Zamora. Hasta hoy, algunos cumplen su castigo en el Penal Punta Peuco.

### **No todo es tragedia**

Una vez al año, se realizaban las "vicariadas" en la Vicaría de la Solidaridad. Estas eran una especie de alianzas, donde se hacían grupos y se realizaban competencias recreativas. Siempre existió en la Vicaría un clima de compañerismo, donde también tenían espacios de separarse un poco del tema de los Derechos Humanos. Sin embargo, aunque estuvieran en días de "vicariada", nunca nadie quedó sin atención.

“Hacíamos las cosas más extravagantes que te puedes imaginar. Hacíamos, por ejemplo, estos concursos como carreras de tres pies, correr con una cuchara con un huevo duro, una bandeja con una botella. También se hacían campeonatos de baile, quién bailaba mejor. Una vez hicimos un concurso de tango, espectacular porque salieron disfrazados de argentinos y argentinas con la pollera bien ajustada y rajada al lado, de negro y los tipos con un sombrero y una flor. Concursos de tango, de canto. Duraba una semana y había un equipo que ganaba siempre. Era bien patético sí, porque, de repente, me acuerdo que era en un momento que había que hacer la carrera en tres pies y la pareja se amarraba los pies uno con la otra y corríamos entremedio de la gente que esperaba atención, que estaban muertos de susto, angustiados porque su marido no sé qué le había pasado, y pasaban los *huevones* corriendo o con la cuchara con el huevo duro. Era una cosa así como bien loca”, recuerda.

Más allá del trabajo, existía una comunidad afiatada de funcionarios y funcionarias, quienes se sentían como familia: “Yo creo que más allá de todo lo mal que lo pasamos por conocer tanta atrocidad, se creó entre nosotros una hermandad, una solidaridad, una amistad que nada puede matar. Hay una hermandad hasta la muerte. Yo me encuentro con cualquiera de ellos en cualquier parte y es como encontrarme con mi hermano al que dejé de ver ayer. Haber hecho ese servicio nunca se va a poder repetir en mi vida profesional, me da pena que eso no sea posible en otras áreas laborales. Pienso que nunca va a ser igual cualquier pega que yo tenga, o cualquiera de ellos, nunca

va a ser igual que en aquel entonces. Qué pena, pero qué bueno también que no se repitan esas circunstancias horrendas de ese tiempo”, reflexiona

## **Mechona a los 60**

Tras el cierre de la Vicaría, Graciela trabajó en el Ministerio de Educación durante veinte años. Fue asesora de prensa de Ricardo Lagos y se quedó ahí trabajando con distintos ministros. También fue asesora de Jorge Arrate y José Pablo Arellano. Fue despedida cuando llegó Mariana Aylwin, en el año 2000. En ese momento, comenzó a trabajar en la Seremi de Educación, donde se desempeñó durante diez años, hasta que “ganó Piñera y me despidieron de nuevo. Ahí jubilé”, cuenta.

Actualmente, es dirigente del Círculo de Periodistas de Santiago, “que es como la agrupación de bienestar, de asistencia social, cultural”. Además del edificio del Colegio de Periodistas, tienen el teatro Camilo Henríquez y un recinto de vacaciones con quince cabañas en El Tabo, bienes que administran para tener recursos y poder beneficiar a los socios, quienes son, en sus palabras, “en general viejos”.

Su pasión por el periodismo la lleva hasta el día de hoy. Graciela, a los 62 años terminó de estudiar la carrera que había comenzado de joven: periodismo, ya que, después de terminar su cuarto año en la Universidad de Chile, con el grado de egresada, no continuó con su tesis y, por lo tanto, no obtuvo su título. Sin embargo, años más tarde estaba en una reunión en la Seremi cuando surgió en la conversación que ella no era titulada. En ese momento, la directora de la Escuela de Periodismo de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano, con quien eran colegas, le preguntó:

- ¿Por qué no te has titulado?

-Porque no, y ya tengo 60 años.

- ¿Pero te gustaría estudiar de nuevo? Anda a verme a mi oficina y hacemos todos los papeles para ver qué podemos hacer.

Graciela recuerda que llevó todos sus papeles de cuando había sido estudiante. “Tenía unos papeles amarillos, los tenía guardados porque cuando uno daba examen en la Escuela de Periodismo de la Chile te daban una papeleta que decía ‘Graciela Ortega, aprobado’, con la nota

correspondiente. Tenía todos mis papeles de todos los estudios”. Terminó la carrera a los 62 años, tras cursar dos semestres en un programa vespertino. “Lo pasé chanco, pero tan bien. Con 60 y tantos años y mechona, hice mi tesis y saqué mi título”, nos cuenta ya más relajada.

Su trabajo periodístico en la Vicaría fue tan importante y minucioso, que le permite hoy en día tener una visión crítica de este trabajo. Cuenta que para poder defenderse profesionalmente hay que estar seguro de que se hizo un trabajo bien hecho, que se reporteó con profundidad y que se agotaron todas las fuentes posibles. “Eso lo aprendí en la Vicaría. Ahí estaba en juego una cosa más seria. Podía estar en boga la libertad de una persona que me daba la noticia, que me daba la opinión. Había que ser súper responsable. Pero la pega hay que hacerla bien”.

Actualmente, sus tres hijas están tituladas, una es arquitecta, una diseñadora industrial y una bioquímica. Su marido jubiló hace unos años. Les gusta mucho viajar, todos los años van a Europa, ella y su marido. “Me encanta viajar, tomar fotos, escribo diarios y cosas. Lo paso muy bien después de haberlo pasado muy mal. Fue una linda etapa dentro del horror. Yo me siento bien orgullosa de mi misma. Miles de periodistas nunca podrán hacer eso y, sobre todo, en el contexto actual del periodismo en Chile”, afirma mientras estamos dentro de la que es la segunda casa de Graciela, el Círculo de Periodistas.

## PATRICIA REYES ROSSEL<sup>19</sup>

Ni feminista ni religiosa. Patricia Reyes estudió Filosofía en el Pedagógico hasta tercer año y luego hizo cuarto en Concepción. En sus años de juventud, se disfrazaba de francesa con un impermeable de su papá y una boina y se juntaba con sus amigos intelectuales en la azotea del edificio de uno de ellos para comentar “La montaña mágica”. En ese grupo también estaba Antonio Skármeta. Se considera atea y nunca ha sido muy amiga de lo eclesial, pero cuando entró a la Vicaría se reconcilió con la Iglesia de ese entonces: “es que los curas eran fantásticos. Yo tenía mala relación con la Iglesia, pero ahí conocí otra. Mariano Puga, Pepe Aldunate, la monja Blanca que se jugaba el pellejo asilando a medio mundo, los que se salieron y se casaron. Estaba ese movimiento de la Teología de la Liberación. Después cambió todo”, relata Patricia.

Desde pequeña, la política fue tema central de conversación. Su padre fue comunista de joven y con él tuvo las primeras discusiones ideológicas. “Me decía ‘m'hijita, después va a cambiar porque el comunismo es como el sarampión, que da cuando chico y después uno madura y se pasa’”, nos cuenta con un tono un tanto burlón. Los acontecimientos de Francia en el ‘68, sumado a la revolución del Ché Guevara en América Latina, marcaron la pauta y de esta forma se fue formando su ideología política, entre la influencia de su directora radical del Liceo 1 y entrar al Pedagógico, donde la efervescencia política se sentía. “Cuando me politicé más fue cuando entré a la universidad, porque ahí tenías que comprometerte de frentón”, cuenta. Poco antes de la Unidad Popular, comenzó a militar en el partido Socialista.

En su último año de universidad, quedó embarazada de mellizos y no pudo seguir estudiando. Años más tarde fue el golpe de Estado y quedó cesante. La urgencia la llevó a hablar con una amiga que le abrió el camino a la Vicaría, ahí se encargó de los talleres que se hacían con los detenidos y también con sus familiares.

Vive en un departamento en la comuna de Ñuñoa. Al entrar nos encontramos con un living que refleja su personalidad: harta decoración y bien ordenado. Es ahí donde empieza a contarnos su historia.

---

<sup>19</sup> Entrevistas realizadas el 10 de julio y 30 de agosto de 2017.

## Se acaba la cotidianidad

Siempre femenina, con collares grandes, aros y pulseras. Se arregla para ella, para nadie más. Pelo liso y café. Zapatillas con brillante plateado y un chaleco gris que cubre una camisa. Sus manos bien arregladas están acostumbradas a un temblor constante. No parece de las abuelas que se ven afectadas por la edad, es más, no aparenta tener los 76 años que tiene, ya que su personalidad y su forma de hablar corresponden a una persona mucho más joven.

Durante la Unidad Popular, trabajó en Lan Chile como dirigente sindical del Departamento Femenino. Pero ya conocemos como sigue la historia después de la UP. Vino el golpe de Estado y Patricia seguía trabajando en Lan. Sin embargo, eso no duró mucho, ya que, como muchos otros trabajadores, la echaron de su puesto por decreto. “Después del golpe, Lan estaba tomado por milicos y te llamaban por parlantes, te subían a una micro y te llevaban al Estadio Nacional. Yo me salvé de que me detuvieran porque no escuché cuando me estaban llamando. Como estaba llorando, despidiendo a todos mis amigos que se iban en las micros, no escuché que me llamaran. Después fui donde el interventor y de verdad que influyó no tener pinta como ‘rasca’ o revolucionaria. Yo andaba bien vestida en ese tiempo, con mini y todo, entonces no parecía tan revolucionaria.

- ¿Por qué no vino?, me dijo el interventor.

-Estaba llorando.

Entonces ahí me empezó a preguntar de mi vida, que yo estudiaba Filosofía, me empezó a hablar del marxismo, yo le hablaba y toda la cuestión.

- ¿Y dónde están las armas?

- Aquí no hay armas, le dije.

-Bueno ya, no la voy a mandar al Estadio.

Fue lo último que me dijo. Yo creo que como que le caí en gracia. Ahí quedé suspendida. Después, resulta que no me llamaban y supe que este señor, el interventor de la Fach, era amigo de mi cuñado, porque mi cuñado era de la Fuerza Aérea y parece que debe haber hablado con este tipo. Yo le dije a mi hermana que me acompañara a hablar con este gallo y llegué patudísima, y el tipo me dijo –esto ponte tú que fue un lunes- ‘aquí está en la lista para irse el jueves al Estadio, estos son los cargos’. Yo le dije ‘¡no puede mandarme al Estadio, yo tengo dos guaguas,

imposible!’, y me dijo ‘voy a ver lo que puedo hacer’, y de hecho hizo, porque no me fueron a buscar nunca y ahí salvé”, recuerda.

En el 1975, cesante y bien desesperada, le pidió ayuda a la directora del Francisco de Miranda, el colegio donde estudiaban sus hijos, para ver alguna posibilidad de conseguir un empleo. Ella fue de gran ayuda: “me dijo que fuera a trabajar al colegio. Yo fui a trabajar y te juro que no me la pude con los cabros chicos. Francamente no tengo paciencia. Llegué un día y estaban todos en huelga al fondo de la sala porque la tía anterior los había cambiado de puesto. Al otro día una niña con una tiza dentro de la oreja yendo a urgencias. En ese momento pensé: ‘esto más me destroza los nervios que lo que me ayuda’. Ahí la directora me dijo ‘mira, yo tengo una amiga que trabaja en la Vicaría, ¿por qué no vas a hablar con ella?’ y partí para allá. Le conté mi situación y me dijo ‘ya, te llamo’. Al otro día, como regalo de cumpleaños, porque era el 18 de marzo, me llamó y estaba todo listo: ‘vas a trabajar aquí’, cuenta Patricia Reyes.

Así llegó Patricia a la Vicaría. No pasó por el Comité y no entró por cercanía con la Iglesia. Empezó a trabajar en la Unidad de Talleres con los presos políticos que estaban en las cárceles haciendo artesanías. Sus creaciones se vendían para que ellos y sus familias tuvieran dinero. Lo mismo hacía con las familias de los detenidos desaparecidos, pero con las arpilleras.

### **El trabajo en la Vicaría: arpilleras y talleres**

Los talleres fueron una iniciativa de la Vicaría de la Solidaridad que consistía en fomentar que los presos políticos realizaran algún tipo de trabajo en las distintas cárceles o centros de detención donde estuvieran. Eran realizados por la Unidad de Talleres, que entregaba los materiales para la realización de objetos artesanales y después se encargaban de su comercialización, la que se realizaba, principalmente, en el extranjero.

Cuando Patricia comenzó a trabajar ahí, ya existían 28 talleres repartidos por Santiago y provincias. Se asentaban en las cárceles donde tenían detenidos a los presos políticos, que en ese momento eran doce. Además, esta Unidad asesoraba artística y técnicamente a los presos. Cuando sus trabajos eran terminados, los ayudaban con una cuota semanal, algo así como una remuneración. De esta forma, se generaba un ingreso que utilizaban para ayudar a sus familias. El trabajo de talleres significó para ellos un gran apoyo moral, ya que, a pesar de estar detenidos, continuaban trabajando.



“Hacían cuescos de palta tallados que usaban como colgantes. Lo otro eran los huesos tallados, hacían las palomitas que se pusieron de moda y todos andábamos con la paloma de hueso. También hacían herramientas, yo tenía una colección, todas en miniatura, martillo, alicate, en hueso. Collares de miga. La miga la trabajaban, la endurecían y la pasaban por un cordón y pintaban las pepitas. No sólo trabajábamos con los presos de Santiago, sino que viajé a casi todas las cárceles del país donde había presos políticos, para asesorarlos en trabajos que nosotros pudiéramos vender en el exterior, porque en el exterior teníamos una red de apoyo a los trabajos de ellos y de los familiares, y con eso se financiaban los talleres y nos financiábamos nosotros, vendiendo. Mandábamos todo camuflado, porque no podían pasar por el aeropuerto los huesos”, explica.

Mientras los talleres de artesanías eran la forma de brindarle apoyo a los detenidos, los familiares de ellos, -que eran en su mayoría las esposas, hijas y madres-, se enfocaron en la creación de las arpilleras<sup>20</sup>, las que se hacían en las Vicarías Zonales. “Las arpilleras fueron súper importantes para los familiares de los detenidos desaparecidos. Son unos trozos de género que se iban recortando y pegando. Es como un *patchwork*. Crean una situación, normalmente eran bien de denuncia. Mostraban las detenciones, los allanamientos en las poblaciones, las mujeres que buscaban a sus maridos. Eran géneros que se recortaban en las formas que se querían representar, en forma de árbol, de casita, personas, las muñequitas eran como rellenas”, relata.

Por su contenido de denuncia, las arpilleras, en su mayoría, eran vendidas en el extranjero para, de alguna forma, mostrar lo que sucedía en Chile durante la dictadura. Se enviaban a países como Holanda, Suecia, Francia y Estados Unidos. Por supuesto que debían ser trasladadas de forma clandestina. Para esto, eran apiladas dentro de cajas de Omo, así no sospechaban en las aduanas de los aeropuertos. Muchas de ellas se mostraban en exposiciones sobre Derechos Humanos. Acá se dejaban las más “inofensivas” que correspondían, por ejemplo, a las que representaban los comedores infantiles. “Las más inofensivas que quedaban acá se las vendíamos a los de confianza. El Pepe las guardaba en el cajón y decía ‘aquí yo tengo una’ (como en secreto) y sacaba unas de esas como ‘uhh, la denuncia misma’”, nos cuenta Patricia, con un tono de risa al recordar a su colega Pepe sacando las arpilleras de su escritorio. Cada arpillera, en la parte de atrás, tenía una

---

<sup>20</sup> Anexo N° 7. Foto de arpilleras, obtenida de: <http://chile.gob.cl/chile/blog/argentina/buenos-aires/chilena-roberta-bacic-viene-como-curadora-invitada-a-la-exposicion-de>.

leyenda explicando qué era lo que se denunciaba en ella. Hoy en día se pueden encontrar en el Museo de la Memoria.

En general, en las arpilleras se representan mujeres, ya que fueron ellas quienes transmitían sus historias y experiencias a través de la tela. Se retratan en ellas la búsqueda de sus familiares detenidos y los distintos tipos de violación realizados por agentes de la dictadura contra sus Derechos Humanos. Cumplieron un importante rol como testimonio de estos graves sucesos. Parte del trabajo de la Unidad de Talleres era asesorar a las mujeres y que entendieran la importancia de denunciar estas situaciones, ya que algunas eran “muy pavas” y otras eran demasiado “puntudas”, sobre todo las de la Zona Oriente.

Mientras cuenta de qué se trataba el trabajo con arpilleras, Patricia se para y va a buscar algo a un closet. Vuelve con un cuadro en las manos<sup>21</sup>. “Esto no es arpillera, pero es un bordado que hizo la mamá de una detenida política en Tres Álamos. El bordado no era grande. Estaba en medio de un marco que era por lo menos dos veces más grande que el bordado mismo. Pero el contenido era fuerte y el significado que tiene es mayor aún. En él, se puede ver a la hija que está detenida, por un lado, y a su familia que la fue a ver, despidiéndose de ella, por otro. Aparece su mamá, su papá, hermanos, hasta una guagua y otro niño. Todos fueron a visitarla. “Esto me lo regaló la señora, la mamá de esta cabra. Precioso. Imagínate, me lo regala la mamá de la chica, el significado que tiene. A mí me regalaban muchas cosas, algunas horrosas”, recuerda mientras nos acerca el cuadro para verlo más de cerca. A pesar de todos los años que han pasado, Patricia lo conserva en su casa. Se nota que lo cuida como una reliquia. De alguna forma lo es.

Por más ayuda económica que proporcionaron estos talleres y arpilleras, las familias usaban esto más como una especie de terapia. “Muchas de estas señoras que les detuvieron a sus familias, sus hijos, esposos, no tenían contacto con la política, o sea, ni siquiera sabían que sus esposos o hijos eran militantes. Eran unas señoras reperdidas en el espacio. Con los talleres y con todo esto se fueron como involucrando y entendiendo lo que había pasado y lo que pasaba con sus familiares y empezaron a dar la pelea. Los recursos de amparo, las marchas que eran todos los sábados en la mañana, con los carteles de ‘¿Dónde están?’ y las huelgas de hambre. Se encadenaron a los tribunales de justicia, empezaron a tener una conciencia política las señoras de la Agrupación. Entonces, aparte de lo económico, era muy educativo para ellas. Había algunas que eran militantes,

---

<sup>21</sup> Anexo N° 8. Imagen del bordado.

pero otras nada. Ahí se fueron transformando y se convirtieron en unas viejas luchadoras, hasta ahora”, recuerda.

### **De Talleres a Documentación**

La llegada de Juan de Castro y la crisis que hubo en la cúpula directiva también trajo consecuencias en el trabajo con los talleres. Las denuncias que realizaban las arpilleras eran consideradas un escándalo. Como respuesta al nuevo conservadurismo que la Vicaría estaba adquiriendo, Paty tuvo que decirle a las arpilleristas que trabajaran con temas que se pudieran hablar más abiertamente, es decir, dejando la denuncia explícita de lado.

“Yo en talleres hice una exposición con los cuadros de un ex preso político del MIR que había sido liberado. Hice la exposición sin consultar y me castigaron, me mandaron a Documentación con media jornada. Absolutamente castigada. Yo iba a renunciar, iba rajada a la secretaría ejecutiva, pero llegó José Manuel y me preguntó:

- ¿Para dónde vas?

Yo le respondí a lo que iba, pero él me detuvo.

- Paty, ¿cuántos hijos tienes? ¿Vas a encontrar pega en otra parte?

Ahí se me calmaron los ánimos y bajé el moño. A él ya lo habían degradado como jefe de departamento, entonces tenía experiencia en lo que me estaba hablando.

- No po', me dijo. Y me convenció.

El trabajo que tuvo que hacer en Documentación consistía en clasificar la información de prensa y documentos que llegaban y realizar informes sobre la situación de los Derechos Humanos, que luego se enviaban al exterior. Este material, después era utilizado por los abogados en el Departamento Jurídico. En este periodo de “castigo”, como tenía sólo media jornada en la Vicaría, trabajó también en la Comisión Chilena de Derechos Humanos.

Muchas cosas cambiaron en la Vicaría por este enfrentamiento entre el vicario, De Castro, y el secretario ejecutivo, Javier Luis Egaña. Como ya sabemos, terminó con la renuncia masiva de todos los encargados de departamento, excepto el del Departamento Jurídico, Alejandro González.

Luego del conflicto, Juan de Castro siguió siendo vicario por unos años. Después de él, llegó Santiago Tapia. Pero esa Iglesia de la Liberación que había re encantado a Patricia, nunca más volvió. “Nos pusieron a don Santiago, un viejito que tiritaba igual que yo. Nos echaban tallas, ‘Paty no le vayas a achuntar con la mano’, entonces, él recorría la Vicaría y las oficinas para conocernos y extrañado preguntaba ‘¿dónde están los crucifijos? No cachaba ni una, no cachaba lo que era el trabajo de la Vicaría. Porque en la Vicaría a nadie le preguntaron si era católico, si no eras católica, si eras atea o si eras judía, comunista, a nadie le preguntaron su militancia. Yo nunca he sido muy amiga de la Iglesia, pero cuando entré a la Vicaría me reconcilié con esa Iglesia, no con la de ahora”, comenta.

Interrumpe su relato y se acerca a la mesa de centro, donde tiene apoyado su pisco sour, lo levanta y se toma un sorbo. No es una copa grande, es más bien pequeña, con unos cinco sorbos ya te terminas el contenido. Deja la copa y se acerca a sacar unas aceitunas. Sus pulseras suenan con cada movimiento.

A nivel latinoamericano, existía un movimiento de iglesias comprometido con la labor social. “En esa época estaba la Pastoral Social, o sea, estaban los curas poblacionales, el Mariano Puga, que nos pintó la Vicaría, porque él hizo un grupo de pintores de pobladores de La Victoria. Estaban arriba de los andamios y pintaban, era un obrero más. Había unas monjas que trabajaban en las Zonas, pero eran monjas que andaban como uno, de vestido, no andaban vestidas de monja y eran totalmente progresistas”, cuenta casualmente mientras sigue tomando de su vaso.

### **La conciencia se traspasa**

En 1964 tuvo a sus dos primeros hijos, los mellizos Claudio y Claudia. Unos años más tarde nació Matías, el menor. Cuando entró a la Vicaría sus hijos ya estaban grandes, los mellizos tenían doce y Matías cinco. Para ese entonces, eran conscientes de cuál era el trabajo de su mamá, no como algunas de sus compañeras que tenían hijos de meses o muy pocos años. Durante este periodo se separó de su marido, Patricio Marchant. Ella lo recuerda como un sabio loco, también filósofo.

Al trabajar en talleres y arpilleras, directamente con los presos y los familiares, muchas veces se hacía imposible no quedar afectada por los casos que ellos vivían y de los que muchas veces hacían parte a los trabajadores y trabajadoras de la Vicaría. Era una situación difícil mantener la distancia con las personas más afectadas, ya que, una vez terminado el trabajo, debían volver a

sus casas y cumplir sus roles dentro de sus familias. “Era todos los días, conteniendo a los familiares, conteniéndote a ti misma, pero a la vez te sentías útil, que estabas haciendo algo. Sigue la vida, pero sigue distinta. Y marcas a tus hijos desde el punto de vista de mamá, o sea, mis hijos quedaron marcadísimos. Porque, aunque tú no quieras llegar con el relato, llegas *cagá’ po’*. El Matías siempre dice que lloraba en el baño y me hacía la fuerte”, confiesa.

“Uno los postergaba. No cumplías un horario de trabajo, sobre todo cuando estaban las manifestaciones. Nunca eran las seis y te ibas para tu casa, llegabas re tarde. El Matías me lo recrimina siempre, que yo le dediqué menos tiempo. A los mellizos les enseñé a leer y todo, porque no estaba trabajando. Eso el Matías no lo tuvo, de hecho, no quería aprender a leer hasta que yo le enseñé. Me llamaron del colegio diciéndome que iba a repetir y yo les dije ‘denme dos semanas y le enseño a leer’ y ahí aprendió. O sea, obvio que el tiempo que le dediqué al Matías en relación a los mellizos no tiene comparación. En la UP yo estaba feliz de la vida, entonces traspasaba felicidad. Íbamos a los trabajos voluntarios de verano con los mellizos, pero eran actividades bonitas, buenas, no a la marcha, al drama”, reflexiona.

No sólo el trabajo de su mamá les afectó, sino que también el golpe en sí. Por razones obvias, el colegio donde estudiaban cerró unos días y para cuando se reintegraron a clases sólo había diez compañeros en el curso, el resto había escapado o estaban siendo asilados. Patricia cuenta que: “sus mejores amigos no estaban. Nuestra vecinita, la gringuita amiga de la Claudita, en una noche se nos fue y nos dejó maletas y cosas porque iban arrancando. Nosotros vivíamos en un edificio departamento de dos bloques –en Carmen- lleno de cabros Tupamaros, que venían a conocer la experiencia de Chile, había colombianos, de varios países, y todas las noches los iban a buscar. Llegaban los milicos, los perros, las metralletas. Los mellizos tenían nueve años y entendían, pero el Matías era más chiquitito y no entendía mucho. Además, unas viejas les decían a los mellizos ‘ya van a venir a buscar a tu mamá’. Ellos me contaban, pero no sabían mucho que significaba”.

“Uno de hecho ponía bien en riesgo a los hijos, pero como que no tenías conciencia de que los estabas poniendo en riesgo. No dimensionabas realmente o creías que a ti no te podía pasar nada, no sé. Pero de verdad que, ahora, cuando nos juntamos nosotras las mujeres que seguimos teniendo contacto, decimos ‘pucha que *cagamos* a nuestros hijos con este trabajo’, o sea, cómo los

arriesgamos y los contaminamos. En vez de ser cabros chicos felices, no podían estar al margen. De hecho, todos tienen una conciencia social”, afirma.

Patricia habla de sus hijos con mucho cariño, a pesar de las dificultades que tuvo mientras trabajaba en la Vicaría, da la impresión que siempre se preocupó por que estuvieran seguros y felices. Los dejaba ir a marchas y formar su ideología política desde temprana edad. Eso se refleja hoy en sus trabajos y en las cosas que han hecho.

Su hijo Claudio trabajó en Nueva Imagen y luego en Teleanálisis. A los 23 años ya estaba grabando cosas importantes como el disparo a María Paz Santibáñez<sup>22</sup>. “En la época de las protestas, me decía: ‘esta noche me voy a La Victoria’, yo las sufría todas. No había *whatsapp*, celular, nada. Sólo esperar que llegara a las dos o tres de la mañana. Y la Claudia... dos úlceras tenía yo, no tanto por el trabajo en la Vicaría, sino que por la Claudia. Cabra chica, 16 años, metida en todos los movimientos estudiantiles. Se salió del Francisco de Miranda porque lo consideraba una ‘burbuja en que son todos de izquierda, pero no son consecuentes y yo quiero vivir la realidad’ y se fue al Liceo 80 mil, con uniforme y cantando la Canción Nacional todos los lunes. Eso quería: ‘vivir la realidad’. Se iba y me decía ‘tengo un punto’ y yo sabía a lo que se estaba exponiendo. Le decía ‘China, no’ y eran unas peleas... Entonces, yo me las sufría todas, porque uno no sufre por uno. O sea, cuando tú vas y te metes en el tete eres tú y sabes que te vas a exponer y que vas a correr y andas con zapatillas, qué se yo. Pero que le vaya a pasar algo a un hijo, te mueres”. Nos cuenta esto como ejemplo de cómo se vivía en esos años. Está claro que sus hijos adoptaron su conciencia social.

Matías, tenía siete años y ahora no recuerda, pero él decía que quería ser corredor de carreras de Fórmula 1 y como iba a ganar mucho dinero le decía “yo te voy a dar toda la plata para que echemos a Pinochet”. “De chico tenía conciencia. Era complicado no involucrarlos poniendo ideas en su cabeza”, afirma.

### **La sintonía femenina dentro de la Vicaría**

“Hasta la fecha, tú te encuentras con cualquier trabajador o trabajadora de la Vicaría de la Solidaridad y es como si lo hubieras visto ayer. Es un cariño y una sensación de que todos

---

<sup>22</sup> Pianista universitaria baleada en la cabeza por un carabiniero durante la dictadura.

estuvimos en la misma, pasándolo pésimo y pasándolo bien”. Nos cuenta que la Vicaría era absolutamente “esquizofrénica”. Recuerda cuando se hacían las “vicariadas” y que, aun en medio de las protestas, mientras llegaba la gente herida, ellos hacían las competencias de baile, de disfraces o tirarle a la raya. “Era una cosa muy esquizofrénica. Es que si no nos habríamos muerto”, reflexiona

Otro tipo de distracción era en la hora de almuerzo. Se juntaban entre amigas para desahogarse, era una forma de terapia para ellas. Aun así, no todos los temas que hablaban eran respecto a la Vicaría, sino que se daban el espacio para alejarse del drama continuo que provocaba la dictadura. Patricia nos cuenta que, de repente, junto a su grupo de amigas, se iban a tomar un café al “Café Paula”. Como tenían poca plata, se pedían un pie de queso para compartir: “Íbamos solo mujeres. La Carmen Serrano, la Chelita de repente, la Marianella y yo. Normalmente íbamos después de almuerzo a tomarnos el cafecito, darnos una vuelta, comprarnos una cremita. Nos comprábamos una crema entre dos, nos repartíamos, la mitad para ti y la mitad para mí”. Existía una especie de sintonía femenina entre las trabajadoras de la Vicaría. Por muy terrible que fueran los casos que atendían, siempre había tiempo para seguir siendo una mujer femenina.

“También nos juntábamos en la oficina de la Carmen después de almuerzo a puro hablar tonteras. No se nos ocurría hablar de las detenciones o que ‘llegó un fulano con la cabeza rota’, igual como con cualquier mujer que te juntas y ‘vamos a comprarnos alguna cosita, hay una liquidación’. Nos hacíamos un regalo para subirnos el ánimo. No todo giraba eternamente en la Vicaría, aunque estaba siempre presente. Además, vivimos situaciones fuertes, cuando mataron a José Manuel, esa cosa fue terrible”, recuerda.

Respecto a la diferencia entre hombres y mujeres dentro de la Vicaría, Patricia dice que no existía una diferencia, “ni siquiera entre el portero y el secretario ejecutivo”. Eran todos amigos. Pero sí existía una pequeña diferencia y era que, en las agrupaciones de detenidos desaparecidos, el 93 por ciento eran mujeres. “O sea, la mujer es mucho más comprometida. Con los presos políticos, puras mujeres. No es porque nosotros hiciéramos algo distinto, sino porque yo creo que la mujer es distinta, es más comprometida y más valiente. Los hombres son harto más temerosos. Si ves las agrupaciones de familiares de ejecutados, presos políticos, detenidos desaparecidos: mujeres, puras mujeres”, reflexiona.

“A mi hija Claudia la detuvieron por andar panfleteando. Me llamaron para decirme que estaba detenida en la comisaría y partí para allá. Llegaron de la Vicaría puras mujeres a acompañarme, hombres no. De los detenidos que estaban junto a la Claudia, llegaron sus puras mamás y el papá de uno de ellos. Los detuvieron como a las doce y debemos haber salido como a la una de la mañana, entonces el papá de uno de ellos nos llevaba sándwich, pero los dejaba afuera de la comisaría, no entraba, le daba susto. Después llegó la CNI y me interrogaron, uno también se exponía. De hecho, yo estaba con un collar de perlas que me había pasado mi mamá para que me viera ‘más decente’.

- ¿Dónde trabajas?, me preguntaron

- En el Arzobispado de Santiago. Pero ¿por qué me preguntas a mí, si mi hija es la que está detenida?

-No, si ella tiene cara de buena, son esos niños que la mal influncian, me respondió.

Mientras tanto, la Claudia ponía cara de buena. Aunque los milicos les sacaban la mugre igual, siendo mujeres u hombres. Ninguna diferencia ni contemplación en ese sentido”.

En lo que sí discriminaban los militares y carabineros, era en la clase social. Era común que las mujeres se arreglaran para ir a las marchas, a las protestas y cuando les tocaba ir a tribunales o incluso a las cárceles. A cualquier lado que fueran, se preocupaban de verse bien para desviar la atención de los militares y así evitar cualquier tipo de represión. Pero esto no servía de mucho, ya que de todas formas siempre las reconocían: “Nosotras, las de la Vicaría, íbamos pintadas, súper señoritas y un día salimos de la Vicaría al Paseo Ahumada y los pacos que estaban ahí dijeron ‘las mismas moscas de siempre’, nos tenían absolutamente cachadas. No sacabas nada con ir de señorita”, nos cuenta.

## **Reencontrándose con los archivos**

Poco antes de cerrar la Vicaría, Patricia trabajó un tiempo en el Área Jurídica procesando testimonios de torturas, desapariciones y también testimonios de los torturadores. Ese fue su último trabajo en la Vicaría. Allí se digitalizó toda la información, ya que hubo que pasar a digital todo lo que estaba en papel y en carpetas. La computación ya era un hecho y eso fue aprovechado como forma de preservar de manera segura la información. “Tenía que leer las cosas más horrosas del



mundo. Ya las habías leído, pero que fuera tu trabajo, de nueve de la mañana a seis de la tarde, leyendo estos horrores, o sea, terminabas mal”.

“Yo era jefa de un grupo de abogados que tenía que ir trabajando toda esta información que había, desde que llegaba la denuncia, es decir, el amparo, los testigos, las torturas, las desapariciones. Todo eso iba a un formulario que después se digitalizaba y de esa forma se hacían los nexos. O sea, este detenido conoció a tal torturador, o estuvo con tal persona detenida. Así sabías que había estado en ese sitio, por lo tanto, no era un desaparecido”, explica.

Pero también en esas comisiones trabajó gente joven, sin formación en Derechos Humanos y sin la experiencia que tuvo la gente de la Vicaría. Para aquellos jóvenes que no estaban acostumbrados a este tipo de casos, fue un proceso muy duro el enfrentarse por primera vez a leer testimonios de torturas, violaciones, detenciones, etc.:

Patricia o Paty cuenta que: “los cabritos con los que trabajaba eran abogados jóvenes que tenían poca experiencia y estaban todos destrozados esos pobres chicos, realmente destrozados. Era su primer contacto con estos relatos horribles. Llevé a los chicos a Falabella y todos se compraron un Walkman. Entonces, mientras trabajaban, escuchaban música. Y una vez a la semana nos íbamos a la casa de cualquiera de nosotros para pasarlo bien, para liberarnos y olvidarnos un poco del asunto. Esa fue la última parte de la Vicaría donde trabajé. Me fui el '90 porque me fui a la Comisión Rettig y porque ya no quería más”.

Su trabajo en la Comisión Rettig fue nuevamente en documentación. “Mi trabajo era ordenar los testimonios y conseguirme la información, todos los materiales, con los contactos, la Vicaría y la Comisión Chilena de DDHH. Entonces, tenía contacto con las víctimas porque eran amigas. Llegaban las viejas y obvio que conversabas con ellas. Para mí no fue tan fuerte, porque ya era conocido. En cambio, cuando hubo esta reunión de la Comisión Rettig, que nos juntamos después de 20 años, las cabras que trabajaban ahí dicen que para ellas fue impresionante, impresionante. Porque fue el primer contacto que tenían con esta realidad y con las señoras, con los torturados que contaban lo que les habían hecho. Tenías después que recogerlas con cucharita, se iban a vomitar al baño. Eso en la Vicaría no pasó porque teníamos más compromiso político y estabas en el momento, te la creías, o sea que podías luchar, que podías rescatar a los gallos. Y esto era ya de vuelta a la democracia, era sólo una denuncia de lo que aquí había pasado. En cambio, para nosotros no, no era sólo denuncia. Era, a través de la denuncia, salvar vidas”, recuerda.

Hoy en día, Patricia vive sola en su departamento. Se considera poco feminista, ya que le parece que el feminismo actual es muy extremo y cree que debiese haber una igualdad de género. Ya está jubilada, pero cuando puede trabaja haciendo transcripciones y traducciones de francés-español, manteniendo ese toque “afrancesado” que tanto la identificaba en sus años de juventud. Se sigue juntando con sus amigas de la vida, entre ellas sus amigas de la Vicaría, con quienes a pesar del tiempo transcurrido generó un lazo que sigue vigente hasta hoy. Se toman un pisco sour y conversan sobre la política y sobre la vida. Al igual que las otras entrevistadas, nos dice en más de una ocasión que la Vicaría ha sido por lejos la experiencia y el trabajo más importante de su vida, y que, si no era desde ahí, hubiese buscado cómo aportar su granito a la pelea de los Derechos Humanos desde otro lugar.

## RIET DELSING KENTGENS<sup>23</sup>

“Yo salía de la casa cuando quería. Alan, mi hijo, no entendía, vivíamos en el barrio alto y no teníamos comunicación con el centro. Él, especialmente, tuvo una experiencia dramática con esto. Yo salía con mis zapatillas y él no sabía a dónde iba ni qué iba a hacer, pero tenía la idea de que era peligroso y tenía razón. A él le quedó un trauma. A los cinco años hizo un dibujo: ‘esa es la mamá’, con un collar con el símbolo de mujer, la mamá feminista. Pero él decía que quería una mamá que le hiciera “apple pie” (pie de manzana) y no una mamá que anduviera en la calle haciendo protestas”.

Riet Delsing es feminista desde que llegó a Chile. Llegó desde Estados Unidos tres meses antes del golpe junto a sus dos hijos, Alan y Saskia, y su esposo John. Ambos trabajaban en instituciones ligadas a las Naciones Unidas y querían ver el proceso chileno hacia el socialismo. Pero, poco después de llegar, se encontraron con un país sometido ante una dictadura militar. Como familia, estuvieron alejados del centro de la ciudad, vivían en una casa en Vitacura, en la calle Espoz. Naciones Unidas les pagaba la casa y el colegio de los niños. Al ser extranjera tenía protección y, con un español forzado, podía decir cosas que un chileno no.

Riet es holandesa y tiene 79 años, es la mayor de las entrevistadas. Se sorprendió al ver que en Chile las mujeres eran vistas en menos y que no tenían los mismos derechos que los hombres. Su lucha se enfocó en reivindicar a la mujer, pero además estuvo en la Vicaría de la Solidaridad apoyando en la Unidad de Talleres.

### **De una guerra a otra**

Europa en 1938 vivió una experiencia muy distinta a la que vivió Chile. Mientras que en nuestro país estaba siendo electo el representante radical del Frente Popular, Pedro Aguirre Cerda, Europa estaba a puertas de una II Guerra Mundial. Ese año nació Riet, en un pequeño pueblo de Holanda.

---

<sup>23</sup> Entrevistas realizadas el 11 de julio y 30 de agosto de 2017.

Al verla, es una mujer con todos los rasgos extranjeros posibles: ojos claros, alta, pelo canoso, pero que alguna vez fue rubio, piel blanca y fina. Es fácil imaginarla de pequeña. Se ve amable y habla español con dificultad, pero se le entiende. Cuando hablas con ella, no te imaginas que es una niña criada en la guerra, pero fue algo que conoció y que vivió muy de cerca, más de lo que nosotras nos podíamos imaginar.

Los primeros años de la infancia son los que más marcan. A sus seis años, la guerra ya había estallado en Europa y la familia de Riet tomó un riesgo que no cualquiera tomaría: esconder a un judío, amigo de la familia, en su propia casa. Estaba escondido detrás de un muro falso. Salía de noche, pero aun así era peligroso. Nunca lo encontraron. Estaba casado con una mujer alemana que tenía contactos con los militares, eso ayudó a despistar y manejar la situación para que no se supiera nada. “Fue peligroso lo que hicieron, porque lo hubieran matado al tiro si lo encontraban”. Y no sólo a él, sino que a toda la familia. “Yo viví eso de chica, muy chica”, recuerda.

“Yo tenía todas esas experiencias. Las bombas, las granadas. Tengo imágenes de la guerra. Mi papá era amigo de una filósofa judía muy conocida, que después se transformó al catolicismo. Yo lo acompañaba a hablar con ella los días sábados, porque estaba interesado en la filosofía. Pero un día llegaron, se la llevaron a Auschwitz y la mataron, seis meses antes del fin de la guerra, el ‘44. Yo me acuerdo, pero tengo todas esas experiencias como escondidas”, nos cuenta.

La entrevista con Riet es complicada. No recuerda muchas situaciones de su vida porque suele utilizar, como método de defensa inconsciente, el olvidar las experiencias difíciles que ha vivido. Poco recuerda de la Vicaría y poco recuerda de la guerra. Ella misma lo admite: “Eso yo lo tengo en toda mi vida. Me acuerdo muy poco, borro mucho”.

La experiencia de la guerra la volvió a vivir 30 años más tarde, pero en otro país y en otro continente. Acá en Chile, reconoció aspectos de su vida de pequeña que se volvían a repetir. Sin embargo, ahora bajo su responsabilidad. Cuando vivía en Vitacura, llegaron agentes de la DINA preguntando por ella y por un mirista que supuestamente estaba en su casa. Riet, una vez más, estaba escondiendo a alguien bajo su propio techo. Los años de la infancia la marcaron realmente, arriesgar de nuevo su vida por esconder a alguien debía haber sido algo para pensarlo por lo menos dos veces, pero ella lo tomó como una cosa totalmente cotidiana. La guerra estaba normalizada dentro de su vida.

“Llegaron preguntando por mí. Pronunciaban muy bien mi nombre, sabían quién era yo. Sabían que yo trabajaba en la Vicaría. Preguntaron por el chico que estaba escondido en mi casa. Tuve gente de los tres partidos, uno del MIR, un comunista y un socialista. Siempre teníamos gente escondida. Él había salido ese día”. Habla un poco entrecortado, pero por la dificultad del idioma. A pesar de estar hablando de un tema denso, no se exalta ni se emociona. Es una mujer sencilla. “Cuando vine acá reconocí la guerra. Reconocí esto, lo conozco, lo he vivido antes”, reflexiona.

“Y vinieron una vez, también me acuerdo. Tengo la impresión de que fue la hija de la Ana González, una señora del MIR, que estuvo toda la noche hablándome, porque al día siguiente salía su hija a Cuba y estaban desaparecidos como dos o tres otros miembros de su familia y estaba en esta casa. También llegaba a mi casa gente de alto nivel. Era muy peligroso. Pero mi gran suerte es que mi ex, John, estaba muy comprometido también. Muy buena onda el John. Entonces estábamos los dos en la misma”, explica.

Dentro de su familia, es “Riet, la loca”, porque sabían que estaba haciendo cosas peligrosas, pero nunca se enteraron detalladamente cuáles eran los pasos que seguía. Siempre fue más aventurada que ellos y ese fue uno de los motivos que la llevó a estudiar y vivir en diferentes países. Quería conocer el mundo. Cuando salió de Holanda, no participaba en la política, fue en Chile cuando comenzó a interesarse por estos temas, sin embargo, su ideología era de izquierda y lo fue toda su vida. “Esa gente, mi familia, no es de izquierda, son lo que acá sería Democracia Cristiana. Nunca tuve mucha conversación con ellos sobre esto. Pero sabían que estaba casada, que tenía dos hijos y que andaba con ellos”, recuerda.

En 1965 terminó sus estudios de Antropología en Nueva York. Ahí fue donde conoció a John, de quien actualmente se encuentra separada. Después de vivir un año en Estados Unidos, se fue a realizar un estudio a Guatemala. Allí vivió por seis meses, para después trasladarse a México por tres años. Fue una vida agitada que estuvo ligada al trabajo con las Naciones Unidas.

### **El trabajo en la Vicaría**

En julio del 1973, Riet y su familia llegaron a vivir a Chile, venían de Nueva York. El 11 de septiembre vieron desde el hotel Sheraton lo que ocurría al otro lado del río: el golpe de Estado. Luego se fueron a vivir a una casa que les dieron en Vitacura. Allí, de manera bien ingenua, recuerda que ponían la radio con canciones del Ché Guevara, que en la noche se escuchaban

disparos y que comenzó de inmediato a buscar a los primeros detenidos desaparecidos: “empezamos tocando puertas de militares preguntando dónde estaba la gente que había desaparecido, que no sabíamos dónde estaban. Muy ingenuo todo, porque al principio nadie sabía que iba a ser una cosa tan tremenda”.

Antes de trabajar en la Vicaría de la Solidaridad, Riet participó en la Comisión Nacional de Ayuda para los Refugiados (CONAR). “Los primeros días después del golpe, ahí yo me metí. Tenía un mapa de la embajada de Venezuela y sabía que había que llevar a la persona para que saltara el muro. Los llevaba en mi auto. Y a la de Argentina, y a la de Italia. Yo no tenía ningún problema, hacía todas esas cosas”, recuerda.

En 1976 entró a la Vicaría, donde trabajó durante siete años. Su trabajo fue en la Unidad de Talleres y consistió en hacer las gestiones para enviar las arpilleras al exterior. “Eso era bien impresionante, si lo pienso ahora. Éramos el Pepe Montesinos, la Paty Reyes, la Doris y yo. Me encargaba de hacer los paquetes, las cajas donde iban las arpilleras. Las poníamos en unas cajas de Omo donde cabían justo cien. Iba a los supermercados a pedir las cajas”.

Las arpilleras fueron un producto conocido internacionalmente, tanto por su contenido de denuncia como por su valor estético y por ser de elaboración artesanal. Riet se encargaba de conseguir las direcciones de afuera y enviaban las arpilleras a Italia, Francia, Canadá, Holanda, Suiza, entre otros. En un comienzo, tenían un valor de diez dólares, que era el precio de venta para cualquier país. Pero pronto se enteraron de que se estaban revendiendo mucho más caras, a 50 dólares. O sea, se convirtieron en un producto comercial, sin embargo, nunca dejaron de tener la carga emocional y de apoyo para los presos y presas y sus familiares.

La lucha por los Derechos Humanos que se llevó durante todo el periodo de la dictadura en Chile, fue respaldado internacionalmente. La Vicaría y los otros organismos que combatieron la dictadura se encargaron desde un comienzo de dar a conocer lo que ocurría en Chile, denunciando a través de informes, fotografías y videos. Por esto mismo, distintas organizaciones internacionales ayudaron como pudieron, moral y económicamente.

Las situaciones de denuncia de violaciones a los Derechos Humanos llamaban mucho la atención. El principal apoyo provenía de países europeos como Holanda, Suecia y Francia. En esos países comenzaron campañas de solidaridad con Chile a través de exposiciones y actos en los que

se mostraban los productos hechos por los presos y las esposas. Esto llamaba la atención de distintas organizaciones que comenzaron a financiar estos trabajos y la Vicaría en sí misma.

Al conocerse estas denuncias en el extranjero, la dictadura ya estaba expuesta. Este fue uno de los motivos por los cuales la Vicaría era un ente resguardado y algo inmune a las presiones de Pinochet. Sin embargo, la dictadura se encargó en variadas ocasiones de desprestigiar su trabajo. Aun así, la Vicaría se mantuvo firme ante estas presiones. Las violaciones a los Derechos Humanos eran un hecho y el régimen militar no podía hacer nada al respecto.

Además, debido a su facilidad para los idiomas, le tocó hacer traducciones cuando venían personajes importantes de afuera o cuando se realizaban eventos. En una ocasión, participó con el Cardenal en una entrevista que tuvo con un parlamentario holandés, ella traduciendo. “También apoyé mucho en la cosa clandestina. Tenía puntos en la calle, una vez llevé cosas a Berlín, tenía plata escondida en la casa, venían los compañeros con una maleta de doble fondo y yo les guardaba los dólares y cosas así. Mucha adrenalina”, recuerda.

El periodo de la Vicaría fue un periodo de mucha solidaridad, de mucho actuar en conjunto y donde todo era peligroso, con mucha adrenalina y mucho drama. Todo pasaba en la Vicaría. Para Riet, este periodo, a pesar de lo difícil que fue, dice que es lo mejor que le ha pasado: “una experiencia muy de adentro, en realidad”.

### **La mamá feminista**

“Yo vivía en el barrio alto y estaba casada con un funcionario de la CEPAL, entonces estaba mucho más alejada de la realidad. Mis hijos no entendían nada. Fue bien loco. En la casa, yo no les contaba a mis hijos lo que pasaba, pero era difícil no mezclar, nunca he sido muy buena para separar”, nos cuenta. Alan nació en el '70 y Saskia es del '72, por lo que eran muy pequeños cuando ocurrió el golpe de Estado.

“El ambiente era muy distinto, porque yo trabajaba en Naciones Unidas, vivía en el barrio alto y la mayoría de la gente de Naciones Unidas no quería tener nada que ver con esto. Fue peligroso que John cooperara en estas cosas”. Por otro lado, su vida social seguía bastante activa dentro de su entorno. “Había toque de queda, y nos quedábamos toda la noche en fiestas. Es muy

distinto que haber estado durante todo el proceso desde la UP, yo que era una gringa. Yo vine de afuera y me acoplé y me involucré, pero es distinto”, reflexiona.

Tenía nana puertas adentro, por lo que podía salir cuando quería, ya fuera a trabajar, a protestar, a actos clandestinos o sólo para hacer vida social. Pero admite que Alan fue el más afectado de los dos, ya que hasta hoy recuerda a una madre que salía con una bolsa y con zapatillas. “Mi hijo mayor, el Alan, todavía dice que tiene mucho miedo por mí. Porque él se acordaba que yo me ponía las zapatillas, una bolsita y me iba. Además, yo estaba separada, me separé el ’78 del John. Tenía una vida muy loca”, relata con expresión pensativa. Alan estuvo los primeros años en el Colegio Francisco de Miranda, pero pronto se cambió al Nido de Águilas, donde también fue inscrita Saskia. Tampoco en ese colegio estuvieron mucho tiempo, ya que no se llevaron muy bien con los otros niños y Riet los puso en un colegio pequeño, pero también del barrio alto. Naciones Unidas pagaba esos colegios caros, para ellos la educación era gratis. Pero eso significó que los hijos de Riet estuvieran alejados del acontecer político del país y de la situación de su madre.

Su exposición con el mundo fue muy distinta que los otros hijos de las mujeres de la Vicaría. Pero siempre supieron que su mamá era una mujer movida, combatiente y, por supuesto, feminista.

## **La lucha por la mujer**

No es lo mismo ser mujer en Chile que ser mujer en Holanda y eso bien lo supo Riet. Debido a la gran cantidad de países en los que ha vivido, tiene una amplia visión sobre la mujer a nivel internacional. Lo mismo pasó con las mujeres que volvían del exilio, venían con ideas de feminismo. Así empezó más fuertemente el movimiento de la mujer en Chile, la influencia extranjera fue fundamental.

No fue feminista hasta que pisó territorio nacional. Nunca fue desprestigiada por un hombre, nunca nadie le pegó, “aparte de los carabineros”. Vio el problema de género como algo obvio, la desigualdad la hizo involucrarse a nivel teórico con las ideas del feminismo.

Una vez fuera de la Vicaría, el involucramiento con este movimiento la llevó a trabajar en el Centro de Estudios de la Mujer (CEM) y en diversos proyectos junto a Julieta Kirkwood<sup>24</sup>. De

---

<sup>24</sup> Julieta Kirkwood, socióloga y activista feminista. Considerada la fundadora del movimiento de mujeres en Chile en los años ‘80.



ellas surgió la idea de “democracia en el país y en la casa”: “lo inventamos la Julieta y yo, era nuestro lema. Lo expresa muy bien. Esta era una urgencia que no tenían muchas mujeres”, dice. Pero, poco a poco, las mujeres comenzaron a ir a protestas, a marchas, a exigir sus derechos, se empezaron a destacar. Entonces, la cosa del género, para Riet y para el país, comenzó a ser algo más que una lucha, se transformó en su vida.

“Y es así como empezamos con talleres de sexualidad en las poblaciones. Con la Julieta empezamos con esta cosa de género. Empezaron a tomar conciencia de la vida, al ver lo terrible de la dictadura y al mismo tiempo empezaron a pensar en su situación. Esa era la idea del lema”. Esos fueron los años ‘80, donde el movimiento por la mujer cobró más fuerza. Los 8 de marzo (día de la mujer) se hacían convocatorias en el Teatro Caupolicán, que se llenaba de mujeres con pancartas exigiendo sus derechos. Durante ese periodo, Riet participó en protestas, siempre acompañada de su cámara fotográfica.

“Para mí fue súper importante, la igualdad de género, o la diferencia de género, pero las diferencias en general. Ahí yo me enganché por la falta de justicia. Yo creo que me he enganchado más con el movimiento de mujeres que con el de Derechos Humanos, pero eran épocas distintas”, afirma.

Se para y vuelve unos minutos después con una caja. La apoya en la mesa y empieza a sacar fotos, documentos, libros y cartas. Pero hay algo que nos llama particularmente la atención y es una agenda pequeña. La toma y delicadamente nos la pasa. En ella tiene su “calendario feminista” del año ‘83 y ‘84, contiene fechas de marchas y protestas. Pero también el horario de sus clases de pintura y escultura, porque en esos años, Riet había comenzado a asistir a clases de arte en el Instituto Arcos.

Al abrir la agenda, se puede leer: Riet Delsing, estudiante de Bellas Artes, feminista y socialista. Pasas las páginas y encuentras los eventos a los que asistió junto a distintas organizaciones. En la última página, tiene pegada una hoja que está doblada, es una declaración feminista con fecha del 8 de marzo de 1984. La hoja está un poco amarillenta y frágil. “Lo bueno es que yo guardo las cosas, mucha gente no. Tengo agendas desde que tengo 20 años, y siempre apuntaba cosas, las idas al cine, pololos que tuve, etc. Ahí está mi vida, son una de las cosas más importantes que tengo”, reflexiona.

Junto a Julieta y a otras mujeres crearon la revista “Furia”, revista de mujeres socialistas. Era algo clandestino y hecho a mano. Se juntaban en sus casas para crear las distintas ediciones, sólo seis y cada una de las que escribía en ella era representada por un nombre falso. “Todo era clandestino en ese tiempo, hicimos cosas bien locas. Se suponía que tú no podías hacer cosas así no más, porque sabías que iban a venir a buscarte”, recuerda.

Nos comienza a mostrar fotos de las juntas con las mujeres mientras construían la revista Furia. No existían imprentas, ni computadores, todo el trabajo era a mano. Pegaban fotos y extractos de documentos con pegamento y cortaban con tijeras. En las fotos se ven esos momentos cuando tenían las cartulinas esparcidas por el piso, los lápices y distintos materiales tirados. Ellas trabajando y riendo. En todas, o en la gran mayoría, aparece Julieta Kirkwood, quien era su gran amiga.

De repente, de la caja saca unos números de la revista. En ella encontramos historietas burlándose del trabajo que realizaban las mujeres en las casas, como diciendo que eso no estaba bien, que era ridículo que tuviesen que atender a su marido cuando llegara de trabajar. También encontramos columnas de opinión y entrevistas.

Riet vive sola en un departamento a dos cuadras de la Plaza Ñuñoa. Por donde uno mire tiene libros de feminismo, de antropología y de arte. A las ocho de la tarde, religiosamente, se toma un pequeño vaso de pisco sour, nos ofrece, pero preferimos el té. A pesar de sus grandes contribuciones en los ámbitos de la antropología, Derechos Humanos y feminismo, ella se mantiene humilde. Se relaja en sus tardes haciendo Yoga y se mantiene presente en la vida sus hijos y amigos.

La guerra que vivió Riet ya no se encuentra presente en su vida, sólo en su memoria que guarda vagos recuerdos de esa época. Después de haber recorrido gran parte del mundo, terminó por asentarse en el país que la hizo ver la política y el feminismo de otra forma. Tiene una gran vitalidad que le permite seguir “feministeando”, como le decía su gran amiga Julieta, pero desde lo teórico. Ya dejó de lado la calle.

## VERÓNICA MATUS MADRID<sup>25</sup>

Estudió Derecho en la Universidad de Chile. Para el 11 de septiembre, su casa de estudios se vio afectada, al igual que muchas otras que fueron intervenidas por militares. Estuvo cerrada durante diez días. “Cuando volví era terrible, había una cola de gente viendo unas listas donde aparecían nombres de alumnos. La gente estaba delatando. En las primeras listas había 80 y tantas personas y estaba yo, que era lo menos militante que te puedas imaginar. Máximo Pacheco, el decano en esa época, se la jugó con bastante gente. Después se fue achicando la lista, a los cuatro días yo ya no aparecía, pero seguía apareciendo gente y las denuncias eran hechas por estudiantes. Imagínate, en diez días te habías transformado en enemigo de tus amigos o los que eran tus compañeros de siempre. De eso se ha escrito poco. Creo que es el primer sentimiento de injusticia y de impotencia total”, recuerda Verónica Matus con rabia.

Esos compañeros fueron detenidos y llevados al Estadio Nacional, hasta el día de hoy muchos aún no aparecen. Esa fue una de las experiencias que más la marcó. Le dolió la traición y la hipocresía. En su último año de estudio, los alumnos organizaron un almuerzo de despedida de curso, siendo que la mitad se había delatado entre ellos. “Absolutamente hipócritas. Me acuerdo que se acercaron varios momios para rogarnos que fuéramos al famoso almuerzo. Yo me salía de mí misma, lloraba y levantaba la voz. Era la indignación. Eso es como es Chile, así es este país. Habían delatado gente, gente que la habían echado y ‘por favor hagamos como que el curso está feliz’. Fue una cosa muy dolorosa”, cuenta.

Tomó el sentimiento de injusticia y la vocación por el Derecho para hacer algo al respecto y en 1973 entró al Comité Pro Paz. Fue un cura amigo de su familia a su casa a dos días del cierre de su Escuela y preguntó por ella. “Me preguntó cómo estaba y yo me largué a llorar. Me dijo: ‘tengo algo que a ti te podría gustar’”. Le contó de la creación del Comité y, esa misma tarde, Verónica partió de su casa en Isabel la Católica con Vespucio con destino a Santa Mónica.

Es una mujer libre y llevada a sus ideas. Tiene 67 años y es vicepresidenta de la Fundación de ex Funcionarios de la Vicaría, como también de la Corporación La Morada<sup>26</sup>. Nunca se casó ni

---

<sup>25</sup> Entrevistas realizadas el 27 de julio y 4 de septiembre de 2017.

<sup>26</sup> La Casa de la Mujer La Morada fue un organismo creado en 1983 por un grupo de mujeres. Tuvo como finalidad promover el feminismo y la organización femenina. Una de sus fundadoras fue Julieta Kirkwood.

tuvo hijos. Su pelo canoso y estilo de vestir demuestran que es una mujer fuerte. Su voz es grave y a veces áspera. Le gusta usar chalecos y pantalones, lucir collares de perlas y lentes. No demuestra su edad, se ve alegre y joven. Sonríe bastante y se expresa con naturalidad al hablar. Le gusta mover las manos cuando explica ciertas situaciones. Se nota que es una mujer de piel. Pero lo más importante que hay que saber de ella, es que es una feminista de tomo y lomo.

### **Una mujer contra la corriente**

“Yo nunca me imaginé casada. Más bien me veía como yo caminando por la playa con dos perros grandes, eso me encantaba. Ese era como mi sueño, esa fantasía que uno tiene a los 16 años”, reflexiona. Efectivamente nunca se casó, pero sí estuvo con una pareja mucho tiempo, aunque manteniendo su idea de no formalizar ni tener hijos. Vivió 28 años con él.

Así es Vero Matus, dice que mientras se pueda mover y hacer cosas es feliz. Se describe como creativa, buena lectora y existencialista. Se dio cuenta que había muchas maneras distintas de ser mujer y no necesariamente siendo madre. De ahí nació su tendencia feminista, a través de la cual basó su vida completa. Es reconocida por eso. Muchas veces, conversando con estas mujeres, salía el tema del feminismo y la pregunta siempre era la misma: “¿entrevistaron a la Verónica Matus?”.

Hija de papá militar que siempre le decía: ‘usted piense y fundamente lo que hace y usted es responsable’, mientras que su mamá era la típica dueña de casa que dedicaba los días al cuidado de sus cinco hijos, entre ellos Verónica, la mayor. De ahí nació su decisión de no tener hijos, fue influenciada por la percepción que tenía de su madre, pero también la de su abuela paterna, una señora muy especial que nunca tuvo mucho apego maternal con sus hijos:

“Mi abuela tenía una especie de esclava en la casa que había criado a los hijos: la Clara. A los diez años me invitó a su casa en Valparaíso. Era una vieja increíble. Íbamos con mi hermana y pasábamos todo el día disfrazadas con la ropa de ella, tacos y pintadas como mono. El hermano de mi papá viajaba mucho y en esa época en los aviones te daban cigarrillos, perfumes, varias cosas de propaganda. Nosotras le sacábamos los cigarros y nos paseábamos por al lado de mi abuelita fumando. Ella nos decía ‘¿su papá las deja fumar?’, ‘Sí, abuelita’. ¿Tú crees que nos decía algo?

---

Hoy en día sigue funcionando como Corporación La Morada en una casa en Parque Bustamante.

Era tan impresionante. Ahora que lo pienso era un desastre”, nos cuenta, siempre con una cuota de humor.

Por otro lado, la libertad que tanto la caracteriza hoy en día, tuvo su época de máximo esplendor durante su juventud, en especial con sus relaciones amorosas. “Yo me acuerdo cuando me enamoré de un cura, imagínate qué cosa más linda, yo me creía la pachamama y él, el sol. Si ya todos mis límites habían sido corridos, nunca se me ocurrió pensar que era un cura, ahora me dicen ‘¿pero cómo?’”.

“Esto pasó cuando había que asilar a gente. Teníamos que saber cuando había cambio de guardia, entonces, íbamos en una moto a cachar a qué hora era el cambio de guardia de los pacos. Tenías que pasar con alguien en moto para que se encaramara. No sé cómo terminé yo acompañando a este cura. Debe haber tenido 32 años y yo 26. Lo encontraba total, él era belga. Me decía: ‘A mí me encanta estar contigo’ y me tiritaban las piernas. Imagínate, todo esto entre que tu atendías a la gente dentro de la Vicaría. Pienso que quizás eso también como que me ayudó a correr cosas y a pensar de otra manera. Porque a mí no me daba susto”, nos cuenta Verónica.

“La moto no era de él, sino que era del cura viejo. Entonces yo llegaba en la noche y lo llamaba con voz de monja”, relata mientras imita una voz inocente y con acento extranjero. Sigue recordando sus andanzas amorosas y mientras lo hace se ríe. Sabe que las cosas que hacía eran una locura, pero ella nunca lo concibió así. “Se me ocurrió un verano invitarlo al campo a la casa de una amiga, disfrazado de un estudiante pasante de Medicina. Llegamos al campo y el papá de mi amiga nos fue a buscar a la estación, porque estaba el campo lejos y nosotras regalonas. Una noche comiendo, el papá de mi amiga le dijo ‘fíjese que hemos tenido una cantidad de enfermos’, y yo me paré de la mesa atacada de la risa. Todo era súper lindo, hasta que al tonto del cura se le ocurrió confesarse. Me llamó el vicario: ‘Verónica, ¿usted se va a casar?’ y yo nunca me había pensado casar. Estuvimos como un año y me lo mandaron a Europa castigado, pero hubo varios, varios amores”, recuerda.

Sigue contándonos con total naturalidad. “Tenía esa cosa vital, no tenía esa sensación de estar haciendo algo tan prohibido. De repente, claro, en ese minuto, *puta* que metí las patas”, nos cuenta y ríe.

## **La Zona Oriente y el feminismo**

El primer día que llegó al Comité Pro Paz, Fernando Salas, quien dirigía la institución los primeros años, le dijo: “¿te atreves a ir a la cárcel de mujeres?”. En ese tiempo, se llamaba Casa Correccional y funcionaba a cargo de monjas, se estaba buscando identificar cuántas presas había, dónde estaban y quiénes eran. “Partí po’. Le conté a las monjas que venía de parte del Cardenal Silva Henríquez y me dejaron entrar al patio donde estaban las presas políticas, había como 70 mujeres o más. Lo único que tenía que hacer era anotar los nombres para poder registrar y seguir la pista de las personas. Ellas venían recién saliendo del Estadio Nacional y, de repente, me acuerdo que había unas chicas al frente riéndose, atacadas de la risa. Yo me pregunté qué pasaba y me di cuenta que se me había caído un lente de sol. Yo con un sólo lente y todas muertas de la risa”, nos cuenta.

“Pasó, también, que una chica de 17 o 18 años se abrió el pecho y me mostró que tenía todo quemado con cigarrillos. Nunca jamás en mi vida me podría haber imaginado algo así, ni en las películas. O sea, era menor que yo, una chica que estaba en una industria, se llamaba Perla. Yo tengo una especie de fotos de momentos en que algo se te ensancha o se te cierra. No sé, pero algo te cambia. Era una cuestión muy fuerte, algo que jamás podría haber pensado que ocurría y estaba ahí al frente mirándolo, mientras hacía gala de todos mis ejercicios de respiración, de yoga, para no largarme a llorar. Yo tenía veintitrés años”, cambia su tono de voz, ya no es alegre, ahora es lugúbre.

Del Comité pasó a la Vicaría Central y de ésta a la Zona Oriente, donde estuvo hasta su retiro definitivo. La Zona era gestionada en su mayoría por mujeres, salvo uno que otro hombre que pasó por el equipo. Ahí fue donde el trabajo de mujeres hacia mujeres cobró fuerza, tanto que, en los otros departamentos y zonas, la “Oriente” era reconocida por ser de tendencia más feminista. Ahí estaba Verónica, junto a Ana María Medioli.

El empoderamiento de la mujer fue el foco de los trabajos, lo que la diferenciaba de la labor que cumplía la Vicaría Central. La organización era la clave y las ollas comunes el medio para lograrlo. Las mismas pobladoras se hacían cargo. En un comienzo costó, pero el resultado que obtuvieron hace que a Vero le brillen los ojos. “Encontramos a las mujeres dueñas de casa, achacadas con los problemas de los hijos, las enfermedades. Pero fuimos viendo cómo comenzaron

a organizarse, cómo empezaron a generar vínculos entre ellas, por ejemplo, encuentros de mujeres pobladoras y encuentros de mujeres de las ollas comunes”, recuerda orgullosa.

Era un trabajo “maravilloso”, como dice Vero, porque se daba cuenta que existía una vitalidad inmensa de trabajo, de organización. “La gente empezó a organizarse en circunstancias en que no se podía, ya que estaba prohibido reunirse de mucha gente y fueron venciendo el miedo. Fue ir viendo cómo esas personas iban tomando conciencia de eso. Tú hubieses visto a las mujeres cómo se organizaban”. Los hombres, al estar cesantes, se veían afectados por no poder cumplir con su rol de proveedor llevando el pan a la casa, por lo que su participación en las organizaciones era menor, dándole la tribuna a estas mujeres que se iban empoderando. “Es desde la experiencia vital de las mujeres que uno se empieza a pensar el mundo de nuevo”.

Trabajando en la Vicaría y en el Comité, fue espectadora de distintas situaciones que fueron clave para comprender el feminismo como una mirada para cambiar el mundo, tanto cultural como políticamente: “Mirar y pensar lo que estaban haciendo las mujeres me ayudó. En el Comité Pro Paz atendía a puras mujeres todo el día. Veía que las mujeres sacaban alas para sobrevivir, porque ocurría que ellas en su gran mayoría no trabajaban. La gente que detuvieron era relativamente joven y las mujeres tenían ya edad media, familia e hijos, pero en dos semanas vendían huevos. Yo miraba eso y me maravillaba. Esa es la razón del feminismo que yo suscribo”, nos explica con emoción.

### **La otra cara de la Vicaría**

“Cuando yo llegué al Comité para la Paz, estaba don Antonio Rabó, ex ministro de Corte que había jubilado. Este viejo, que era fantástico, me decía ‘Verónica no se meta con las asistentes sociales, porque las asistentes sólo ven el caso’. Entonces, desde la formación de abogado, la asistente social es como una buena señora, pero que está preocupada del caso y no del Derecho”, relata.

La visión feminista de Verónica Matus también la hizo entender el conflicto que había entre los abogados y las asistentes sociales desde su propia perspectiva. “Existía una mirada muy tradicional respecto al lugar de la mujer y el trabajo social, es un refuerzo de los roles tradicionales de las mujeres. Había una división entre lo jurídico y lo social. El primero, se veía más rígidamente y serio y, el segundo, era visto como algo más ‘divertido’. Es el versus entre el abogado y la

trabajadora social que tanto se ha comentado. Se acostumbraba a escuchar ‘qué buenas que son las asistentes sociales’”.

Según ella, los hombres dentro de la Vicaría eran básicos en todo sentido. “Hablaban de la compañera ‘ay, que buena la compañera, que se quedó hasta las doce de la noche’. Le llevaron todos los papeles para que los firmara, pero, ¿quién estuvo detrás hasta las doce de la noche? las trabajadoras sociales po’. Eran las encargadas de las fichas, de organizar la información”, explica mientras se exalta.

Cuando habla de feminismo y sobre la mujer en general, mueve más las manos y los brazos. Se vuelve más animada, como si toda esa energía que tiene para defender el rol de la mujer se expresara a través de sus movimientos. Es una pasión tan grande que incluso llega a inspirar.

En la Vicaría y en el Comité había una cosa fuerte respecto a la orientación y acción, se pensaba una cosa, pero se hacía otra. Verónica nos cuenta que: “había viejos verdes en todos lados, los curas nos toqueteaban. En la Zona Oriente, con la Ana María, teníamos los curas que nos saludaban ‘¿cómo está m’hijita?’ y había otros que se les caía la mano. Había un curita italiano que amaba a la Ana y yo le decía ‘te tienes que poner ‘la polera’, con esa polera lo conseguimos todo con el cura”. Ríe recordando sus andanzas con Ana María. Sin embargo, de repente se vuelve seria y continúa hablando. “La Iglesia es un personaje que es medio travesti, o sea, los curas son entre hombres y mujeres, ¿en qué sentido? En que todo lo femenino es ‘la’ Iglesia, entonces es femenino, pero adentro están sólo ellos. Eso generaba una cosa muy ambigua y que nosotras la usábamos cuando la necesitábamos”, explica.

### **Los talleres de mujeres de la Zona Oriente**

Se integró a los talleres que hacía Julieta Kirkwood en la FLACSO. “Me acuerdo que en el taller preguntó ‘¿quiénes son feministas?’ y yo levanté la mano. Yo ya me había hecho feminista, o sea, había encontrado explicaciones a lo que andaba buscando ahí”, nos cuenta. Pero, a medida que ella iba entendiendo aspectos de sí misma como mujer, iba aplicando sus nuevos conocimientos con las pobladoras de la Zona Oriente en talleres que se realizaban de manera semi clandestina, ya que muchas veces ni los vicarios sabían de la existencia de éstos.



Así nacieron los “Talleres de los Lunes” que impulsó junto a Julieta. “Me acuerdo que habíamos dicho doce lunes y llevamos como veinte y todas querían seguir. Al final, pasamos el año entero haciéndolos”. El taller tenía como finalidad que ellas mismas enseñaran a las otras a conocerse desde su propia experiencia, concientizarlas y darles a entender que las mujeres también tienen derechos.

Contaban con la ayuda de una psicóloga y de una profesora de ‘Vida Cotidiana’, Carmen Vivanco. “Es una mujer que ahora debe tener 100 años, era de la Agrupación de Detenidos Desaparecidos. La Carmencita había nacido en las salitreras y les empezó a contar a las mujeres cómo ella se levantaba a las seis de la mañana, cómo trabajaba. Era muy femenina.

- Cuando había huelga, nosotras nos disfrazamos de hombre e íbamos a asustar a los rompehuelgas, contaba ella.

“Imagínate, todo esto escuchado por pobladores que estaban en ese minuto en las ollas, haciendo como sus procesos, fue bellissimo. Nunca se me va a olvidar que una vieja le preguntó:

- Carmencita, ¿y qué diferencia encuentra usted entre las mujeres de su época y nosotras?, en esa época deben haber tenido 25-30 años máximo.

- Mire m’hijita, usted se viene acá en micro, nosotras caminábamos mucho.

“Fue tan lindo. O sea, hasta el día de hoy una de las viejas que ahora vive en Suecia se acuerda de la experiencia que las despertó. Fue muy bonito poder hacer eso con ellas”, cuenta alegremente.

Comenzaron a realizar también talleres de sexualidad, porque muchas mujeres no sabían nada de sí mismas. Se les incitaba a conocer su propia anatomía, a empoderarse respecto a sus maridos. “En los primeros talleres de sexualidad, me acuerdo que las mujeres decían ‘no, pero es que tener la ‘sensación’, las putas tienen la ‘sensación’ y yo todavía no cachaba que se referían al orgasmo. Nunca se me va a olvidar una vez que las tenía a todas sentadas descubriéndose el punto ‘G’. Imagínate, esto era bien *cateca*, todas de comunidad cristiana. Lo rico de la Vicaría es que nos encontrábamos con gente muy distinta. Era otro tiempo, había una Iglesia que era bien progresista para la época”, reflexiona.

Producto de estos talleres, estaban saliendo de sus casas, dejaban a su marido con los hijos, se empoderaban. Esto provocaba una sororidad, porque se entendían entre ellas. “Lo que pasa es

que yo creo que el empoderamiento de las mujeres opera entre mujeres y es cuando nos damos cuenta y entre nosotras lo hablamos. Veías cómo se iban parando de otra manera, sacando voz y desarrollando sus propios discursos”, nos explica. A partir de eso, descubrieron que tenían cosas en común: el mismo contexto de pobreza, la misma represión y la manipulación. Ahí se podían expresar libremente.

La realidad de estas 80 mujeres de población que participaban de los talleres, les impedía irse de la casa por mucho tiempo, pero siempre se las ingeniaban: “hacíamos unas jornadas en El Canelo de Nos y las viejas nos pedían que hiciéramos un certificado explicando que se habían ganado un premio que era un fin de semana fuera. Así justificaban su salida de la casa. Nosotras lo hacíamos”, recuerda feliz Vero.

También trabajó con arpilleristas. Llegaron a haber 300. Eran sus memorias y vivencias las que se plasmaban en los pedazos de tela que terminaban formando escenas de sus vidas. En ocasiones, estas arpilleras recorrían el mundo y, cuando volvían a sus creadoras ellas, se emocionaban y lloraban: “es que se me había olvidado que nosotros no teníamos agua, había pilones en la población”, así recordaban estas mujeres sus vidas. “Tú te das cuenta que es su propia memoria la que estaba allí. Por un lado, toda su memoria de estas salidas de fin de semana, de estas cosas que hacían, es una que se tienen que guardar ellas, porque al llegar la democracia, la memoria de la mujer la escribieron las instituciones”, se lamenta.

“Hay muchas maneras de ser mujer y la historia relatada por las mujeres era otra. O sea, yo recuerdo cosas que me marcaron. La Irma Müller, mamá de Jorge Müller<sup>27</sup>, era una señora muy elegante que usaba guantes blancos. Entonces, llegaba con su cartera a los talleres de arpilleras. De verdad, nosotras decíamos que aquí todas las mujeres éramos iguales. Pero ocurrió que la Irma, muy señora, se enojó un día con una vieja y le dijo:

- Total, usted es una pobladora.
- Oiga, a nadie se le puede tratar así, le respondí, defendiendo a la señora apelada.
- ¡Pero ella es la única que tiene el hijo desaparecido!, saltaron todas.

---

<sup>27</sup> Cineasta y camarógrafo militante del MIR detenido y desaparecido en 1979.

“Todas las viejas la defendían por eso. Yo me quedé como ‘plop’ y como la mala de la película. En todo caso, me dio lo mismo porque estaba convencida que había que ser así. Pero ese tipo de situaciones era como el cruce entre la clase y la militancia”, comenta.

Sin embargo, a partir 1980, la Iglesia comenzó a intervenir demasiado en los talleres, debido a que se empezó a adquirir una línea más conservadora con el nuevo vicario, Juan de Castro. Como consecuencia, Verónica sintió que su trabajo con el feminismo no iba a prosperar dentro de la Vicaría. Fue en ese momento cuando comenzó a visualizar otros horizontes, como organizaciones feministas. El 1983 dejó la Zona Oriente y la Vicaría de la Solidaridad. “La Iglesia también empezó a alinearse con la política del Vaticano y cambió. Dentro de la Vicaría se empezó a hablar con apellido de partido, cosa que nunca había ocurrido. Yo creo que la Iglesia en ese minuto era temerosa, muy temerosa de que pasara algo, porque se estaba viendo lo de la transición”, relata.

### **El feminismo es lo último que se pierde**

Hoy, Verónica, es la vicepresidenta de La Morada. Llegó en 1986, tiempo después de salir de la Vicaría. Se fue a hacer talleres y a defender los derechos de las mujeres con más libertad. Allí, trabajan enfocadas en liderazgo, a través de investigaciones y los mismos talleres. Todo depende de los proyectos que tengan, a veces no son muchos. Pero si no es en La Morada, presta asesoría en temas de Derechos Humanos y empresas, es lo único remunerado que hace. También trabajó en la Comisión Valech 1.

Le gusta reflexionar sobre su situación actual, su edad y su memoria. Se da cuenta que hace 40 años mataban gente y que hoy no queda ningún vestigio. “No digo que haya que estar pegado en la memoria, pero creo que uno podría decir: ‘pucha aprendí algo’, pero eso tampoco se dice”, se lamenta. Cuando se juntan a conversar, hoy en día, los compañeros y compañeras de la Vicaría y miran para atrás, reflexionan que la acción fue muy fuerte, pero que aún no existe una base sólida en materia de Derechos Humanos: “a lo mejor las personas más jóvenes logran leer algo. O sea, yo tengo muy claro que los Derechos Humanos tienen otra razón de ser que el derecho normal, pero eso lo he descubierto a partir del trabajo feminista”, cuenta.

Antes de terminar la entrevista, Verónica hace una acotación importante que nos deja reflexionando. “La memoria tiene la gracia de que es lo más democrática que hay. Porque es como yo viví los hechos. Ni siquiera tiene que ver con la verdad, tiene que ver con la subjetividad de las

personas y lo que pasaron. Esa subjetividad es lo que hay que levantar. Acá hay hartoo museo y el Estado construyendo todos estos memoriales, que está bien, yo no digo que no, pero la memoria de las personas no circula. En las cosas que ustedes escriben están los aprendizajes nuevos, si es que los tuvimos. Yo te cuento lo que viví, tú lo interpretas y tomas lo que te sirve a ti. Eso es lo que vas a transmitir. Es mi experiencia, pero el legado no es la experiencia de una persona, el legado es lo que puedan interpretar”. En definitiva, eso es: ellas transmiten y nosotras interpretamos.

## MARIANELLA ASENJO WEVAR<sup>28</sup>

Santiago no es Chile y durante la dictadura tampoco lo fue. La vulneración a los Derechos Humanos ocurría a lo largo de todo el país y la defensa de éstos era una tarea que no podía realizarse sólo en la capital. Es por eso que, el mismo año que se creó el Comité Pro Paz en Santiago, en las distintas regiones se fueron abriendo apéndices de éste para expandir su labor.

Osorno no se quedó fuera y, en 1973, también se formó el Comité en esta pequeña ciudad, que en esa fecha no superaba los 75 mil habitantes. Hoy, cuenta con más de 150 mil. Marianella el '73 era una de esos habitantes y una de las cinco personas que trabajaban en la diócesis de Osorno.

Esta es una ciudad ubicada en la región de Los Lagos, a 950 kilómetros de Santiago. Tiene una Plaza de Armas, una Catedral, unos cuantos supermercados grandes, un mall, un terminal de buses y tiendas de artículos ganaderos cada dos cuadras. El Río Rahue la divide en dos. Antiguamente, había un puerto donde llegaban embarcaciones, hoy en día, solo se ven troncos viejos y hojas flotando.

Viajamos trece horas en bus a Osorno para conocer a Marianella, o Nella, que durante la dictadura había trabajado en la Vicaría osornina. Es la primera vez que accede a contar su experiencia: para ella fueron tiempos difíciles. Nos bajamos del bus a las diez de la mañana. El frío era grande y el abrigo poco. Afortunadamente, nos estaban esperando para dirigirnos a un lugar más cálido. Había llovido toda la noche, las calles estaban húmedas, al igual que el ambiente. El pasto estaba más verde que de costumbre.

Con Marianella nos encontramos un miércoles en la tarde, en el comedor de Lissette Reyne, su amiga de toda la vida, quien nos ofrece un vaso de jugo y galletas. Nella pide un vaso de agua con azúcar. Ya empezaba a oscurecer. Habla con un ritmo marcado y propio del sur, ya que toda su vida vivió en Osorno, salvo por algunos años que se trasladó a Santiago, pero siguió siempre fiel a su pueblo. Es pequeña, no mide más de 1,55 metros y se ve un tanto frágil. Así lo demuestra en su bajo tono de voz. Al expresarse, tiene sus dedos entrelazados y sus manos puestas sobre la mesa. Mientras habla, tiende a encorvarse un poco.

---

<sup>28</sup> Entrevista realizada el 19 de julio de 2017.

Le sorprende que dos jóvenes se hayan interesado en su trabajo durante la dictadura. “Parece que al final no hice tan mal mi trabajo”, dice. Para ella es difícil hablar de este tema, fueron unos años muy duros.

### **La voluntad para devolver**

Antes de la dictadura, la Universidad de Chile tenía sedes en distintas ciudades y una de ellas estaba en Osorno. Ahí fue donde Marianella estudió Administración de Empresas desde el 1963 hasta 1968. Fue un gran orgullo para sus padres lograr esto, ya que su familia no contaba con muchos recursos. Cuando entró a estudiar su papá le dijo:

- ¿Ves ese hombre que está en la esquina?

- Sí, le respondió ella.

- Se está prendiendo un cigarro con una caja de fósforos.

- Si, así veo.

-Ese hombre pobre, muy pobre, con esa caja de fósforos está pagando impuestos para que tu estudies. Lo único que quiero pedirte es que algún día tengas la voluntad de devolver parte de eso.

Con eso en mente, entró a estudiar. Apenas terminó su carrera profesional, se fue a trabajar al Ministerio de la Vivienda, en lo que se llamaba CORPHAVID (Corporación Habitacional de la Vivienda). Fue su primer y último trabajo antes de entrar al Comité. El Comité Pro Paz se formó con la colaboración de Monseñor Francisco Valdés Subercaseaux, quien era Obispo de la diócesis de Osorno. También era su confesor y guía espiritual, siempre iba a su casa. Ella es católica y lo fue toda su vida. Es por eso que fue específicamente a buscarla para que trabajara con él en el Comité. Ella se mantuvo reacia a colaborar en una primera instancia, pero hubo un episodio que la hizo cambiar de opinión:

“El año ‘73 sentí algo. Fue cuando vi el cuerpo de Raúl Santana<sup>29</sup>, que fue encontrado muerto en el río. Monseñor Francisco Valdés le hizo una misa. Ahí fue cuando me pidió que me quedara el tiempo que yo quisiera y, al final, me quedé para siempre. Así fue la cosa. Yo me había

---

<sup>29</sup> Auxiliar de la Universidad de Chile, ejecutado por carabineros pertenecientes a la Comisaría de Rahue, en Osorno. Su cuerpo fue encontrado el día 19 de septiembre de 1973 sobre el río Pilmaiquén.

rehusado antes porque existía mucha desconfianza, no sabías lo que pensaba el vecino del lado”, explica. Así, Marianella llegó a trabajar en el Comité junto al obispo. “Llegué a trabajar en esto y pregunté cuál era mi trabajo. Me quedaron mirando. Yo les pregunté ¿escuchar? No. Tenía que acoger, escuchar, creer y apoyar. Yo venía siempre de la empresa fiscal, finanzas, pero ahora llegaba al Departamento Jurídico”, relata recordando el trabajo que realizó.

## **El Departamento Pastoral de Solidaridad**

En Osorno, Valparaíso, Concepción y Antofagasta, entre otras ciudades más grandes, se llamaba diócesis al territorio a cargo de un obispo. Mientras que, en ciudades más pequeñas o pueblos, este territorio era considerado como un departamento. Sin embargo, cada una de las distintas ramas del Comité o de la Vicaría, en su defecto, seguían siendo una institución ecuménica.

El Comité de Osorno funcionaba en una sala del colegio San Mateo, ubicado actualmente en la calle Barros Arana, a siete cuadras de la Plaza de Armas de la ciudad. Como la ciudad era diócesis, gente de pueblos o ciudades, aún más pequeñas, llegaban a atenderse para allá. Gente de Puerto Octay y Chiloé.

Sin embargo, cuando el Comité cerró por órdenes del dictador Augusto Pinochet, Monseñor Francisco Valdés fundó lo que fue conocido como Departamento Pastoral de Solidaridad, el cual estaba en contacto con la Vicaría en Santiago y seguía funcionando como un apéndice de ésta. Se fundó con dos sacerdotes, el obispo y las personas que veían del Comité.

“La Vicaría de la Solidaridad tenía muchísima gente. Acá era más reducido, pero se hacía lo mismo. No había departamentos, hacíamos todo, desde que recibías a la persona hasta que las derivábamos a las embajadas para que las asilaran. Éramos cinco personas, nada más. Igualmente hubo una parte en que nos dividimos. Como yo había estudiado algo más relacionado con leyes y mi compañera de trabajo había estudiado una carrera nada que ver, más de asistente social, yo quedé con la parte legal y ella con la parte de salud. Así que trabajaba con el abogado. Tenía que hacer de todo”, recuerda.

Osorno era lo que se llamaba “cárcel presidio”, que, en términos jurídicos, corresponde al lugar físico donde llegaban a cumplir condena los presos que habían cometido delitos graves. Por este motivo, los detenidos llegaban a esta ciudad. También llegaban relegados de Punta Arenas y

en algunas ocasiones de la zona central, casos que eran enviados por los mismos obispos de esas zonas. Durante esos años, se atendieron a familiares de detenidos desaparecidos y a familiares de los presos políticos.

“Lo otro que veíamos era la gente que se iba del país. Los exiliados. Podían quedarse a cumplir la pena acá o cambiar su pena por presidio. Ahí nosotros ayudamos en ese sentido y por eso viajábamos mucho a Santiago. A unos les hacían elegir embajada, porque había algunas que recibían a gente de determinados partidos y a otros no. Así se fue mucha gente”, explica.

A pesar de que Santiago no era Chile en materia de Derechos Humanos, todos los casos que terminaban en asilo internacional, debían ser procesados en Santiago. Comenzaban en las diócesis, pero terminaban en la capital: “Yo tenía que ir al Cuarto Juzgado Militar de Valdivia a buscar las sentencias, una copia de sentencia para poder enviar a Santiago o viajar para allá. En el fondo, lo íbamos a dejar nosotros, otra compañera o yo, ya que mandarlos por correo era muy arriesgado. Nos íbamos en tren, no en bus, porque podía desaparecer. Así que en tren no más. Siempre nos estaban esperando los abogados de la Vicaría”. Nos cuenta que más de 80 casos fueron enviados a Santiago, no sólo de Osorno.

Cuando les tocaba ir a la Vicaría, salían un día jueves, porque en Santiago no se atendía ni sábado ni domingo, aunque a veces abrían como excepción para la gente de provincia. Llegaban a la casa de una amiga donde, después del viaje nocturno, se duchaban para partir a la Vicaría. Trabajaban todo el viernes y sábado, en caso de que estuviera abierto, para volver el domingo en la noche y estar atendiendo, nuevamente, en Osorno el día lunes. “Era importante porque todo era urgente, todo difícil, todo doloroso. Fue tanto, te llegaba eso y uno joven”, reflexiona.

Se detiene un momento. Su voz ahora estaba un tanto exaltada. Cuando cuenta algo que se nota que le afecta, su voz se hace más inaudible todavía, pero a la vez con un ritmo agitado. Toma una galleta, pide si pueden servirle más agua con azúcar y continúa su relato.

### **Del campo a la ciudad**

Dicen que pueblo chico es infierno grande y en provincia todos se conocen. Hoy en día, cuenta Marianella, que ve caminar por la calle a personas que saben que eran torturadores o que



estaban involucrados en hechos de vulneración a los Derechos Humanos, pero nadie hace nada. Le enoja la hipocresía de vivir así.

Osorno es una ciudad en donde la influencia alemana pegó bastante fuerte. No es raro escuchar apellidos europeos dentro de la aristocracia osornina. Es por eso, que existe bastante clasismo, como en todas partes. Sin embargo, eso se distingue más al ser una ciudad de tan pocos habitantes. “Tú te sentías vulnerable cuando estabas en cualquier parte, hasta en la micro, porque no faltaba el tonto o la tonta que decía ‘ese *upeliento*’. Cualquiera te podía decir cualquier cosa. A veces, nos sentábamos en las bancas y, de repente, salían unos autos y nos decían ‘nos ensucian las calles’. Eran unos chicos que no había visto nunca en mi vida”, recuerda Nella.

Las calles principales de Osorno no son muchas: Bilbao, Manuel Rodríguez y Juan Mackenna, que vendría siendo la “Alameda” de la ciudad. Se puede caminar a todos lados, ya que todo está cerca. Así lo hacía y sigue haciendo Marianella. Vive en una casa de una de las poblaciones más antiguas de la ciudad, ubicada en un pasaje de la calle Rodríguez. Con su familia también vivía ahí. Poco a poco todos se fueron yendo, pero ella se quedó junto a su mamá.

El clima es frío casi todos los días del año, pero en invierno, es más. El ambiente es húmedo, llueve la mayor parte del día y al salir hay que hacerlo abrigado, hasta con guantes. Es un frío que llega a calar los huesos, pero es agradable cuando se está dentro de una casa con estufa, mirando como el cielo oscuro cubre los 900 kilómetros cuadrados de la provincia osornina. A las cinco de la tarde ya comienza a oscurecer y a prenderse las luces amarillentas de los focos. Las chimeneas se encienden y las fumarolas salen por el techo de las casas de la ciudad.

Las cosas no eran tan distintas en 1973. A las siete ya estaba todo vacío y cerrado por el toque de queda. Aparte, Marianella recuerda que en ese tiempo las luces eran malas y no alumbraban como lo hacen ahora. Tan solo imaginar el frío del sur con esas calles vacías de noche llega a dar escalofríos. Las patrullas entraban al pasaje y se paseaban de un lado a otro controlando.

Por otro lado, la vida en provincia se veía reflejada en su trabajo en la Vicaría. “Yo me acuerdo siempre del caso de un chico que se fue asilado a uno de los países nórdicos, no me acuerdo si es Suecia, Finlandia, pero por ahí. Se iba y se había casado no hace mucho. La señora nunca había venido a Osorno, ellos eran de la costa y nunca había conocido una ciudad, fue impactante. Ahí, mi compañera fue conmigo y los llevamos a Santiago. De ahí se fueron a Suecia.

Así que imagínate. Ellos vivían en la costa, en el campo, y pasar de eso a salir del país es fuerte”, reflexiona.

“Otro caso fue de un señor que tenía como 70 y lo tenían que trasladar para acá (Osorno). Él era de Puerto Montt y la familia no quiso acompañarlo. Eran como de esos pueblitos chicos. Vivían en un campito y la única dirección que nos dio para poder ubicarlo, fue que había una vaquita tirada: ‘ahí está mi casa para allá, la vaquita siempre va a estar ahí’. La señora no se quiso ir, se fue solito”, nos cuenta.

Anécdotas como estas son las que nos retratan cómo fue atender casos de Derechos Humanos en provincia, en especial, una que se define por sus campos. “Mucha gente que tuvo problemas, fue gente del campo, porque en ese tiempo había sindicatos campesinos. Gran parte de los detenidos desaparecidos era gente campesina, dirigentes e incluso algunos que no tenían ni partido”. Muy diferente a la situación capitalina.

Marianella nos confiesa que no fue un trabajo fácil, llegaba a su casa y lloraba todos los días. Era joven y sentía cómo sufrían los familiares de los detenidos y los mismos detenidos. Su familia le decía “Nella, ¿por qué sigues trabajando ahí si sufres tanto?”, sin embargo, estaba segura que quería seguir involucrada en el trabajo con los Derechos Humanos.

### **Una mujer de familia**

Marianella nunca se casó ni tuvo hijos. Estuvo dedicada fielmente al cuidado de sus padres y fue amante de su familia. Es la mayor de cinco hermanos, dos de ellos ya fallecidos, al igual que sus padres. Su mamá murió el 2014 y su papá un poco antes. Cuando habla de su familia lo hace con amor y hartó cariño. Todos sus hermanos migraron fuera de la región y, algunas veces al año, la pasan a ver a la que era su casa de infancia y en donde vivió con sus padres hasta sus últimos días.

Cuando era joven un acontecimiento azotó a la familia: su hermano, el Nanito, había fallecido producto de un corte eléctrico. Él trabajaba en la Cooperativa Rural de Electricidad. Ocurrió el año ‘84. Fue un acontecimiento que marcó a su familia completa y que terminó por definir cuál sería su relación con sus padres desde ese momento en adelante. “Llegué un día después de trabajar y los veo a ellos con mucho dolor. Es que era su hijo, tenía como 30 y tantos. Estaban

los dos conversando del duelo que estaban viviendo. Yo entré y desde lejos observé la escena y me ocurrió una cosa maravillosa, me cautivaron. Ahí fue cuando dije ‘a estos dos yo me los voy a cuidar hasta el último día’. Es que yo los amo mucho”, dice. Efectivamente así fue. Estuvo con su madre hasta el último día en septiembre del 2014. El 2013 murió su hermana, la segunda hermana en edad y en fallecer. “Para mi mamá ya había sido mucho, primero mi hermano y después mi hermana”.

Ahora es la matriarca de la familia. Luego de fallecer su madre, Nella es la mayor. Su hermana, Silvia, falleció, Nanito también. Hoy está Gastón, residente de Argentina y Mónica, profesora en Chiloé. Sus sobrinos y sobrinos nietos la van a ver con frecuencias y si no es así la llaman por teléfono constantemente. La quieren y cuidan. “Nos queremos montones y esa cosa así como bien especial. Me llaman y me dicen ‘cúidate tía Nella, cúidate, por favor que yo voy, pero quiero verte y abrazarte’”.

### **Los años han pasado**

Mónica vino a visitarla. Después de la entrevista la vino a buscar en auto. Ya es de noche y hace bastante frío. Pero antes de terminar la entrevista, Marianella recuerda los años después de la Vicaría o, como se llamaba en Osorno, Departamento Pastoral de Solidaridad. Hace diez años que jubiló.

Hasta el ‘80 colaboró en la Vicaría, después se fue a Santiago a hacer algunos trabajos en parroquias, pero volvió el ‘83. No pudo dejar por mucho tiempo su ciudad natal, su provincia, por lo que se fue a trabajar por la iglesia a un pueblo cercano, Puerto Octay. Pasó por el Servicio Paz y Justicia (Serpaj) hasta 1986. Estuvo un año cesante, hasta que llegó una amiga de ella y la invitó a trabajar en una nueva iniciativa que la Iglesia estaba realizando para incentivar la participación en el plebiscito que se veía. Se llamaba “Plan Belén”.

Una vez terminado ese proyecto, Nella volvió a los Derechos Humanos. “No me acuerdo si fue el ‘89 o a principios del ‘90 que vino una a asistente social de la Vicaría de la Solidaridad que quería ver si yo estaba en Osorno. Me venía a pedir que tomara los casos de detenidos desaparecidos y volviera a trabajar para la Vicaría en un programa: el de detenidos desaparecidos y ejecutados políticos”, relata. Ese era el Informe Rettig. “Y ahí empecé a trabajar nuevamente hasta que terminó la Vicaría el ‘92”.

Nella tenía que revisar las fichas de los casos provenientes de Osorno y contactar a los familiares para corroborar la información que habían entregado previamente. “Se ocuparon las fichas de ese tiempo con las que hicimos el ‘90 y era igual. La primera decía que el calcetín tenía una estrellita por la parte de afuera del talón; y en la segunda, tenía una estrellita por afuera del talón. Tal cual. Pasaron casi como doce años. No había nada que cambiar, estaba todo igual”, recuerda.

Entre trabajadoras de provincia se generó una complicidad y un cierto entendimiento y, por eso, al cerrar la Vicaría, Nella siguió juntándose con sus amigas que había conocido en la Vicaría. Se juntaban las asistentes sociales de Arica, una de Punta Arenas y ella. Eso permitió que se pudiese descargar de las experiencias que había vivido, ya que siempre valoró una buena amiga con quien conversar. Sin embargo, tuvo que estar bajo tratamiento psicológico después de su trabajo en Derechos Humanos.

Ya se está haciendo tarde y está comenzando a llover. Ya cambiamos el jugo por el té y el relato de Marianella está llegando a su fin: “fue un caminar lento. Uno daba un paso y no sabía si era para caer o para pisar firme. Pero a pesar de todo, lo que sí aprendí de todo esto es que tengo que aprender a conocer a mi pueblo. Yo lo idealicé, seguramente, por mi formación política, aunque mi padre lo primero que me dijo cuando entré a militar a un partido fue: ‘no idealices. Lo único que te pido es que no idealices a nuestro pueblo y no idealices a los pobres que tienen las mismas mañas tuyas y mías’”, nos dice y de esa forma concluye su relato.

## Epílogo

Cuando comenzamos la investigación para nuestra memoria de título, pensábamos que al entrevistar a las mujeres de la Vicaría íbamos a encontrar una visión feminista, luchadora y consciente de los movimientos de mujeres. Comenzamos a leer sobre el Movimiento Pro Emancipación de la Mujer Chilena (Memch '83), el Círculo de Mujeres, el Centro de Estudios de la Mujer, Mujeres por la Vida, etc. Sin embargo, al conversar con algunas de ellas, caímos en cuenta que la preocupación de la mayoría no radicaba en la lucha por los derechos de la mujer. Sabían que existía un creciente movimiento, pero la mayoría no participaba directamente en él. Lo importante en esa época, era defender los Derechos Humanos.

A pesar de no existir una visión feminista en sus relatos, sí hay una perspectiva de mujer presente en ellos. Ya que, en primer lugar, todas ellas son feministas a su manera. Además, en las conversaciones nos pudimos dar cuenta que existe la “mujer” definida por el patriarcado. La mujer madre, dueña de casa y emocional. En más de un relato no encontramos con mujeres que tenían que dejar de lado a sus hijos e hijas para ir a defender los Derechos Humanos. A pesar de cumplir con la definición patriarcal de mujer (la que la sociedad tiene inculcada), eran mujeres fuertes y, dentro de su núcleo, estaban luchando a su manera por mantenerse firmes ante una realidad aplastante que invocaba al resguardo y escondate.

Contra miedo y adversidades, estas trabajadoras encontraron el espacio que buscaban para ayudar, desde su posición de mujer, a otras que, ante la desesperación de no encontrar a sus familiares, acudían a sus pares para encontrar apoyo.

A través de sus relatos, podemos notar la diferencia que existe entre la historia contada por hombres y la historia contada por mujeres. Ellas nos contaron que no había una perspectiva de mujer. Sin embargo, sus relatos describen situaciones en las que es imposible no mostrar una visión femenina, desde el punto de vista de la maternidad y de su rol social. Hay una experiencia común en ellas, que no es la misma que la de los hombres.

Sin embargo, no sólo la historia es relatada de otra forma, sino que también ellas la perciben de manera distinta. Los recuerdos que van quedando y las experiencias que se van guardando no son los mismos que para los hombres, ya que la visión del mundo desde los ojos de una mujer es diferente a la de ellos. Bajo esta misma lógica, podemos decir que nosotras, como dos estudiantes

mujeres, entendemos su historia desde esa perspectiva. Sólo las mujeres podemos entender nuestra forma de ver el mundo.

Dentro de las preguntas que les realizamos, una en común fue qué diferencias creían que había entre hombres y mujeres en la Vicaría. Varias señalaron que ninguna, pero las asistentes sociales sí tenían una visión y era en cuanto a la diferencia entre ellas y los abogados. Diferencias en cuanto a sueldos, en cuanto a tratos y también en la valoración de su trabajo. La asistente social siempre fue la mamá y el abogado el papá. Ellas tuvieron que hacerse su espacio, cada una, ya que sino, podían verse disminuidas por el género masculino. Como nos contó María Luisa Sepúlveda: “no es que a mí se me dio por ser mujer, yo me hice el espacio para llegar donde llegué”. Tras darse cuenta de los aumentos de sueldo de sus colegas, ella alegaba. Victoria Baeza, por su parte, recuerda cómo se sintió, en más de una ocasión, vista en menos.

A través de los relatos, identificamos que en algunos de los partidos políticos de izquierda, como el MAPU, donde militaban varias de las entrevistadas, también se hacía diferenciación entre hombres y mujeres. Había una mirada patriarcal. Daniela Sánchez lo describe como un partido con una base muy machista: “ellos mandaban y nosotras hacíamos los rayados, incluso con guata (...) éramos absolutamente subordinadas. Los hombres en la directiva y las mujeres haciendo las tareas”.

Además, nos percatamos que somos nosotras mismas las que nos ayudamos a generar confianza y empoderamiento al género. Por ejemplo, en los talleres que se crearon en la Zona Oriente, las mujeres encontraban en sus pares sus mismas vivencias, y sino, muy parecidas. Allí fueron aprendiendo que eran ellas mismas las encargadas de forjar su destino y de involucrarse políticamente. Eso nos explicó Verónica Matus: “yo creo que el empoderamiento de las mujeres opera entre mujeres y es cuando nos damos cuenta y entre nosotras lo hablamos. Veías cómo se iban parando de otra manera, sacando voz y desarrollando sus propios discursos”. Además, todas concuerdan en que la mujer es mucho más fuerte que los hombres. Ellas fueron las que en momentos difíciles sacaron la cara por su familia, “pararon la olla”, encontraron trabajo y se mantuvieron firmes emocionalmente.

Todas estas mujeres tienen una historia en común: lucharon por la vida de miles de personas y la mayoría fueron madres. Sin embargo, vivieron la maternidad de una forma poco convencional, dejando de lado a sus hijos por una lucha que ellas consideraban más importante.

Cabe recalcar que, a través de esta recopilación de historias, se está transmitiendo la memoria de diez profesionales que nos abrieron las puertas de sus casas para confiarnos sus experiencias. Es su voz la que está siendo reproducida usando nuestro oído como filtro. Nosotras sólo escuchamos sus memorias y, como intérpretes de sus palabras, recreamos la historia de una época, del país y de sus vidas.

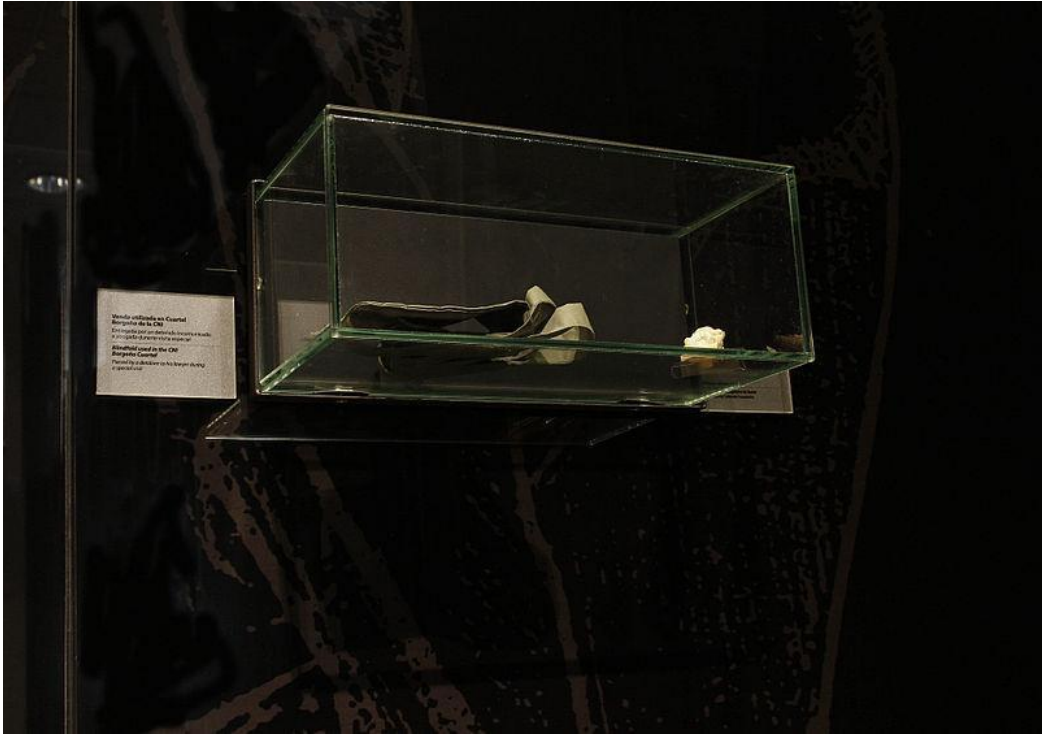
No sabemos lo que fue experimentar en carne propia aquello que nos contaron, pero de alguna forma, con su relato, logramos imaginar el dolor, la rabia y desesperación, acercándonos a su memoria y transmitiéndola para que no se pierda. Es nuestro deber, como periodistas y mujeres, rescatar la memorias de nuestro género, ya que como se dijo en la introducción, la historia siempre ha sido escrita por hombres y para hombres, dejando de lado a las mujeres y su memoria. Nuestra historia ha sido escrita por las instituciones, sin embargo, es hora de que seamos nosotras mismas las que la escribamos, ya sea contando las memorias de otras o contando las nuestras. Como dijo Verónica: “hay muchas formas de ser mujer y la historia relatada por mujeres es otra”. Es por eso que este trabajo ha sido realizado con el fin de recuperar esa memoria.

Las diez entrevistadas durante este año de investigación, concuerdan en que la Vicaría de la Solidaridad fue por lejos el trabajo más importante que tuvieron en su vida. A pesar del dolor, la dificultad y lo intenso de las vivencias de esos años, no cambiarían el haber podido aportar de alguna manera a otras personas, cuyo dolor y miedo, eran aun más grandes. La importancia de estas crónicas radica en la memoria histórica que se genera a través de estos relatos, quedando como constancia de los hechos ocurridos durante la dictadura militar y de cómo estas profesionales, a través de la Vicaría, hicieron lo que pudieron para luchar contra ella. Es importante que esta memoria no se pierda y sea escrita, para que las futuras generaciones puedan acercarse y conocerla. El valor y el coraje de estas diez mujeres son tremendos y son un ejemplo para seguir.





2. Imagen de la venda, Museo de la Memoria





4. Portada de La Tercera, 17 de junio de 1987. Matanza de Corpus Christi.

REPUBLICA DE CHILE  
SECCION 23  
1180 AV. DEL COMERCIO  
P.O. BOX 1000001  
**\$ 60** D.A.S.  
REGION  
SECCIONES 1 Y 218 40  
PRECIO (I.V.A. INCL.)

**3ra**  
de  
la hora

EL DIARIO DE MAYOR VENTA EN CHILE

# Doce terroristas mueren en baleos

## Cuatro agentes CNI heridos en 5 enfrentamientos. Huyen otros 3 extremistas

El total de 12 víctimas  
sólo se registraron al  
fin de diversos opera-  
rios realizados por la  
unidad Nacional de In-  
teligencia entre el lunes  
y los 3 de la ma-  
ñana de ayer. Según se  
sabe, los muertos pertu-  
en a dos vehículos del  
com. Manuel Rodríguez,  
y están vinculados al  
ataque contra el Presi-  
dente de la República y al  
grupo de acciones clas-  
sistas en la zona norte del  
país. Al mismo tiempo, hay  
dos funcionarios de la  
CNI heridos.  
(Páginas 6, 7, 8 y 48)



**Locomotora  
trituró auto:  
Tres muertos**  
(Página 20)

Un vehículo y un volcán  
completamente des-  
truido dejó un accidente  
terrible en la línea férrea  
Sur, a la altura de la  
zona de La Chirina.  
Cuando se aproximaba  
al túnel un ferrocarril  
se estrelló en un punto  
destruido.

En dramático partido derrotó a Sao Paulo 3x1

# ¡Grande Cobreloa: Eliminó a Brasil!

(Página 23)

|   |   |   |  |                                       |
|---|---|---|--|---------------------------------------|
| <b>Designan<br/>dos nuevos<br/>Subsecretarios</b><br>(Página 4) | <b>S.E.: Chile<br/>no se vende<br/>ni se transa</b><br>(Página 5) | <b>Falleció<br/>el vicario<br/>S. Tapia</b><br>(Página 9) | <b>Ministro en<br/>visita para<br/>caso Meyer</b><br>(Página 31) | <b>LES TIENE<br/>LOS<br/>SERVIDOS</b> |
|---|---|---|--|---------------------------------------|

POR MUERTES EN PRESUNTOS ENFRENTAMIENTOS

# La justicia debe ponerse en acción

- La Corte Suprema y el JTA, Juegado del Crimen deberían presentarse para que se investiguen los hechos de qué una decena de personas perdieron la vida.
- Una visita a la casa de calle Pedro Domingo permite constatar que no hay evidencias que demuestren que desde el interior se opusiera resistencia armada a la acción de los agentes de seguridad.
- Aunque el ministro Cuadra pidió que las TI Bases realicen diligencias "en los encamientos destinados a continuar con las investigaciones para determinar esas causas extremistas", el país requiere urgentemente una respuesta más amplia y variada.

**T**ANTAS vidas quedaron flotando en el ambiente después de las recientes acciones sobre la muerte de 12 personas en presuntos enfrentamientos con la CGA, el lunes 15 y martes 16, que de inmediato surgieron voces pidiendo que la justicia actuara lo más pronto posible.

Los investigadores peritos del Colegio de Abogados, que pidió a la Corte Suprema designar un ministro en visita del Cardinal Arzobispo de Santiago, Monseñor Juan Francisco Fresno, fue secretario del secretario general de la Conferencia Episcopal, Monseñor Sergio Contreras, y de organizaciones de profesionales, estudiantes, políticos y de derechos humanos.

**LA VERSION OFICIAL**

Familiares de las víctimas solicitaron de pronto la versión oficial de qué todo ocurrió hasta en todo momento de acciones de enfrentamiento con ellos ante el edificio de la calle 15 y la manzanera

del número 18 en diversos puntos de la ciudad.

Según la versión oficial de los periodistas reunidos en torno a la información de armas, ametrallado al Arco de Estadio, edificios y después a diversos puntos de la CGA, surgió una idea que permitía atacar a **Rosendo Ignacio Velasco**

**Palmarey**, militante activo uno de los capataces del F.P.M.B. y a quien se atribuye haber pasado al momento del fusilamiento, en calle Arce, y de la CGA, respecto al documento se dirige a salir a su madre.

El director de **CRISTALDO**, Juan Cárdenas, dijo que la documentación incautada en esta fecha y otros datos permitieron realizar una serie de diligencias, en las cuales entre otros personas fueron llamadas y se les interrogó.

El mismo lunes, cerca de las 8.30 de la tarde, los agentes de seguridad dejaron suerte a **Patricio Rosendo Cuadra** en la Villa Central, comuna de San Miguel. Frente la manzanera, a las 9.00, 10.00 y 11.00 horas, los agentes llegaron hasta el N° 123 de calle Maipo, donde murieron **Wladimir Hernández Gallardo** y **Juan Hernández**

Araya. En los otros casos con dos personas asesinadas. La misma tarde, a las 10.15 horas, fue abatido **Juan Manuel Díaz**, 44 años de edad, a quien se acusa de haber participado en el atentado al general Pinochet. Finalmente, a las 5.30 horas del martes, los efectivos de la CGA ingresaron hasta Pedro Domingo 502 A, donde murieron **Manuel Velasco Cuadra**, **Rosendo Flores Silva**, **Cristóbal Silva Soto**, **José Velasco León**, **Esteban Escobar Morales**, **Emil Gabriela Jiménez** y **Patricio Cuadra Soto**, con grave herida al **Acosta Castro**.

El ministro secretario general de gobierno, **Francisco Cuadra**, constató en terreno, acompañado de miembros de fuerzas armadas, por algunos momentos que, desmentando la gravedad de la situación de estos combates, como el F.P.M.B. en nuestro país, pretendió en cualquier momento de la CGA sobre algunos de los circunstancias relativas al enfrentamiento que tuvieron lugar en la



El fondo del pasillo del edificio Pedro Domingo 502 A, donde se efectuó el enfrentamiento con los agentes de seguridad con un grupo de militantes. Fotos tomadas después de considerar distintos ángulos de la

medida en que está tomada en los días antes y después por la foto, grabaciones y testimonios.

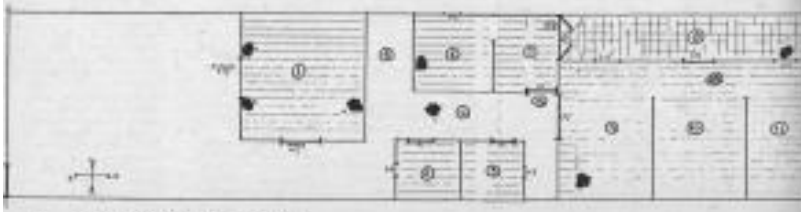
## Plano entregado al tribunal

En este plano de la casa de Pedro Domingo 502 A se muestran las dependencias del domicilio y los lugares donde se efectuó el enfrentamiento con los agentes de seguridad.

El plano se entregó al JTA y a la Corte Suprema para que se realicen las diligencias correspondientes.

que los personalmente fue todo a Francisco Flores, quien vive en la calle Maipo, N° 123, en la comuna de San Miguel. En la misma fecha, una muestra de apoyo y efectos personales de muertos. Para llegar al punto del N° 123 se precisó entrar por la puerta.

Que desde el N° 123, cuando se efectuó el enfrentamiento, se efectuó un intercambio de disparos y algunas personas fueron heridas. Finalmente, la parte del N° 123 correspondió a los combatientes, donde se efectuó la toma de rehenes. En ninguno de los casos hubo evidencia de que se opusiera resistencia armada.





7. Imagen de arpillera realizada por una mujer en los talleres de la Vicaría de la Solidaridad.



8. Imagen de bordado regalado por mujer a Patricia Reyes.



## Bibliografía

- BASTÍAS, MANUEL. 2013. *Sociedad Civil en Dictadura*. Ediciones Universidad Alberto Hurtado. Santiago, Chile.
- GAVIOLA, EDDA, LARGO, Eliana, PALESTRO, Sandra. 1991. *Si la mujer no está, la democracia no va*. Área de Estudios e Investigaciones de Sur, número 21, páginas 108-116. Santiago, Chile.
- GUTIÉRREZ, JUAN IGNACIO. 1986. *Chile, la Vicaría de la Solidaridad*. Alianza. Santiago, Chile.
- HERTZ, CARMEN. 2017. *La Historia fue otra*. Debate. Santiago, Chile.
- KIRKWOOD, JULIETA. 1986. *Ser política en Chile: Las feministas y los partidos*. FLACSO. Santiago, Chile.
- LARGO, ELIANA. 2014. *Calles Caminadas: Anverso y Reverso*. Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos (Dibam). Santiago, Chile.
- PALESTRO, SANDRA. 1991. *Mujeres en Movimiento 1973-1989*. FLACSO. Santiago, Chile.
- PRETCH, CRISTIÁN. 1998. *La Huella del Buen Samaritano*. Fundación Tiberíades. Santiago, Chile.
- VITALE, LUIS. [s.a]. *El protagonismo social, político y cultural de las mujeres latinoamericanas del siglo XX*. Centro de Estudios Miguel Enríquez. Archivo Chile. Obtenido de: [www.archivochile.com](http://www.archivochile.com)

Páginas web consultadas:

[www.archivochile.com](http://www.archivochile.com)

<http://www.casosvicaria.cl>

[www.memoriachilena.cl](http://www.memoriachilena.cl)

[www.vicariadelasolidaridad.cl/archivo.php](http://www.vicariadelasolidaridad.cl/archivo.php)



**Filmografía:**

BARRIL, CLAUDIA (productora y directora) y MORENO, SEBASTIÁN (director). 2015. *Habeas Corpus*. Películas del Pez. Santiago, Chile.

Instituto de la Comunicación e Imagen

GUZMÁN, PATRICIO (productor y director). 1987. *En Nombre de Dios*. Santiago Cinematográfica. Santiago, Chile.

A continuación le comunico a usted la evaluación de la memoria de título "Las mujeres de la Vicaría", de las estudiantes Francisca Belén Hinojosa y Magdalena Marchant Novoa, trabajo guiado por la profesora Carolina Muñoz Castillo en la categoría Reportaje Periodístico:

| ITEM   | ASPECTOS CONSIDERADOS  | %   |
|--|--|-----|
| 1.1 <b>Pertinencia y relevancia del tema</b> | Interés público y enfoque.   | 10% |
| 1.2 <b>Investigación y reporteo</b>          | Técnicas de reporteo, calidad y cantidad de fuentes, rigurosidad en el tratamiento de la información | 40% |
| 1.3 <b>Estructura y presentación</b>         | Coherencia narrativa, fluidez y formato.   | 25% |
| 1.4 <b>Redacción</b>                         | Estilo narrativo, recursos estilísticos y calidad de la redacción                                    | 25% |

Excelente 7.0–6.5; Muy Bueno 6.4–6.0; Bueno 5.9–5.0; Aceptable 4.9–4.0; Deficiente 3.9–3.0

| Item              | Nota       | Valor |
|-------------------|------------|-------|
| 1.1               | 6,5        | 0,7   |
| 1.2               | 5,5        | 2,2   |
| 1.3               | 5,4        | 1,4   |
| 1.4               | 5,0        | 1,3   |
| <b>Nota Final</b> | <b>5,5</b> |       |



## COMENTARIO

La presente memoria se propone rescatar, desde la crónica, la labor que trabajadoras sociales, abogadas y periodistas desarrollaron en la Vicaría de la Solidaridad entre 1976 y 1992. Es de subrayar en este punto que las autoras se internan en el rol cumplido por las mujeres a partir de algunos preceptos que se explicitan al lector: la "invisibilización" de un actuar relevante, la percepción de que "desde siempre la historia ha sido escrita por hombres" y para hombres, la necesidad de rescatar la memoria de género y la convicción de que "sólo las mujeres podemos entender nuestra forma de ver el mundo".

Establecidas las delimitaciones metodológicas y conceptuales, me permito abordar brevemente la especificidad periodística en juego. El trabajo propone, más que una crónica, una sucesión de perfiles testimoniales con elementos cronísticos, dispuestos de manera de alimentar un relato de espectro amplio. Lo anterior es significativo pues, si bien se advierte el propósito de vertebrarlo todo en torno a un relato y a un punto de vista, la opción por una secuencia de textos impide el desarrollo de un *crescendo* narrativo y hace intercambiable el orden de las historias, sin obviar el hecho de que no pocos datos y afirmaciones se reiteran más de una vez.

Constatados, igualmente, algunos errores, redundancias y desprolijidades en la escritura, puedo en síntesis afirmar que esta memoria supone un aporte al conocimiento de un aspecto relevante de la historia chilena reciente. El hecho de que esto se haga desde una perspectiva de género da cuenta de elementos novedosos y valederos en el ámbito periodístico, aunque siempre ha de estar claro que ni esta ni otras aproximaciones (con toda la complicidad que supone el mirar desde una vereda claramente establecida) pueden dejar a un lado la necesidad de multiplicar las fuentes consultadas y las vías de verificación, así como, en general, ampliar el horizonte informativo que se tiene al frente. En último término, es el reporte que debe alimentar las convicciones y las certezas, más que la operación inversa.

Atentamente,

firma

profesor/a **Pablo Marín Castro**

Santiago, 22 de diciembre de 2017



Prof. Tania Tamayo G.  
Jefa de Carrera Escuela de Periodismo  
Instituto de la Comunicación e Imagen  
Universidad de Chile  
PRESENTE

A continuación le comunico a usted la evaluación de la memoria de título “Las mujeres de la Vicaría” de las estudiantes **FRANCISCA HINOSTROZA SONATORE** y **MAGDALENA MARCHANT NOVOA**, en la categoría Crónica Periodística:

| ITEM   | ASPECTOS CONSIDERADOS  | %   |
|--|--|-----|
| 1.1 <b>Pertinencia y perspectiva</b>         | Relevancia y originalidad del tema; perspectiva narrativa y anclaje social, político o cultural) | 10% |
| 1.2 <b>Reporteo y técnicas periodísticas</b> | Recolección de la información, tratamiento de fuentes, uso de entrevistas, diálogos, observación | 35% |
| 1.3 <b>Estructura</b>                        | Orden narrativo, construcción del texto y ejes argumentativos                                    | 25% |
| 1.4 <b>Narrativa y estilo</b>                | Calidad de la redacción, recursos estilísticos y literarios, creatividad                         | 30% |

Excelente 7.0–6.5; Muy Bueno 6.4–6.0; Bueno 5.9–5.0; Aceptable 4.9–4.0; Deficiente 3.9- 3.0

|                   |  |            |
|-------------------|--|------------|
| 1.1               |  | 7,0        |
| 1.2               |  | 6,0        |
| 1.3               |  | 6,0        |
| 1.4               |  | 5,8        |
| <b>Nota Final</b> |  | <b>6,2</b> |

## COMENTARIO

Es un buen trabajo para dar a conocer cómo vivieron algunas mujeres su experiencia en la Vicaría de la Solidaridad, especialmente porque abordan los distintos ámbitos que tuvo la Vicaría – talleres, arpilleras, asistentes sociales, laboral, revista – y no solo lo más conocido generalmente, que es su trabajo jurídico.

Siendo crónica, sería enriquecedor describir el lugar físico de la Vicaría, cómo era, cómo estaban dispuestos los espacios, como era el día a día (la rutina), un día “típico”.

También requiere un poco más de contextualización de las distintas etapas históricas cuando van contando la evolución de la Vicaría – más allá de las situaciones puntuales



mencionadas por las entrevistadas (por ejemplo, hornos de Lonquén, matanza de Corpus Christi o muerte de José Manuel Parada). Es decir, hacer un acompañamiento contextual a las experiencias que van contando.

Por otra parte, salvo el crimen de José Manuel Parada, está ausente el tema de la persecución a la propia Vicaría y lo que les significó. La vigilancia, las amenazas, o, por ejemplo, cuando el régimen quiso requisar las fichas de su policlínico.

No estoy segura si la historia de Riet vale la pena incluir. Se centra más bien en sus vínculos con el feminismo, experiencia de vida y situación en casa, y muy poco aporta sobre su experiencia en la Vicaría.

Respecto de la bibliografía, tal vez les hubiera servido el libro de Gilberto Aranda, "Vicaría de la Solidaridad: una experiencia sin fronteras", 2004.

La redacción es amena, cercana y fluida aunque con algunos problemas de puntuación. Las citas/cuñas a menudo no son atribuidas a su fuente/entrevistado (aunque sea evidente quién lo dice, requiere atribución). Hay que evitar, también, secciones con una seguidilla de cuñas. (por ej, pp. 38-39, 82)

"Derechos humanos" no requiere estar en mayúsculas; "Estado" sí.

Algunos puntos específicos que se pueden corregir:

p. 6 URSS, no URRSS

p. 11 creo que se refiere al plebiscito de 1988, no 1989

p. 24, Sepúlveda participa en comisión Rettig en 1990-1991 mientras estaba en la Vicaría, no después.

p. 25 la mesa de diálogo se inició en 1999 no en 2001.

Se da a entender que fue por unas declaraciones de Longueira que se creó la Comisión Valech, pero no fue así.

p. 58 Aclarar: dice que Daniela Sánchez estaba casada con Sergio Sánchez, pero luego aparece que Ana María Medioli estaba casada con Sergio Sánchez, quien era hermano de Daniela.

Atentamente,

**Pascale Bonnefoy Miralles**

Santiago, 11 de diciembre de 2017



Profesora Tania Tamayo Grez  
Jefa de Carrera Escuela de Periodismo  
Instituto de la Comunicación e Imagen  
Universidad de Chile  
PRESENTE

A continuación comunico a usted la evaluación de la memoria de título "LAS MUJERES DE LA VICARÍA", de las estudiantes Francisca Hinojosa Sonatore y Magdalena Marchant Novoa en la categoría Crónica Periodística, que me correspondió guiar:

|     | ITEM                                     | ASPECTOS CONSIDERADOS  | %   |
|-----|--|--|-----|
| 1.1 | <b>Pertinencia y perspectiva</b>         | Relevancia y originalidad del tema; perspectiva narrativa y anclaje social, político o cultural  | 10% |
| 1.2 | <b>Reporteo y técnicas periodísticas</b> | Recolección de la información, tratamiento de fuentes, uso de entrevistas, diálogos, observación | 35% |
| 1.3 | <b>Estructura</b>                        | Orden narrativo, construcción del texto y ejes argumentativos                                    | 25% |
| 1.4 | <b>Narrativa y estilo</b>                | Calidad de la redacción, recursos estilísticos y literarios, creatividad                         | 30% |

Excelente 7.0-6.5; Muy Bueno 6.4-6.0; Bueno 5.9-5.0; Aceptable 4.9-4.0; Deficiente 3.9- 3.0

| Item              | Nota | Valor      |
|-------------------|------|------------|
| 1.1               | 7,0  | 0,7        |
| 1.2               | 7,0  | 2,5        |
| 1.3               | 6,0  | 1,5        |
| 1.4               | 6,0  | 1,8        |
| <b>Nota Final</b> |      | <b>6,5</b> |

#### COMENTARIO

Quiero destacar el trabajo de Francisca Hinojosa Sonatore y Magdalena Marchant Novoa por rescatar una parte de la memoria de nuestro país desde las experiencias personales de un grupo de mujeres. No se trata de cualquier experiencia, sino del trabajo que desarrollaron en defensa de los derechos humanos durante la dictadura en una de las instituciones más importantes como fue la Vicaría de la Solidaridad.

Es importante, desde el punto de vista periodístico, que las estudiantes sientan el compromiso de seguir informando acerca lo ocurrido en dictadura y que para ello hayan buscado una perspectiva más personal y novedosa. También tomar las experiencias de mujeres,



que no se conocen y/o reconocen en nuestra cultura, y situarlas en el contexto del nacimiento de las organizaciones o de los movimientos feministas constituyen un acierto.

Los testimonios recogidos transitan entre las vidas personales, la atención a las familiares, la cotidianidad del trabajo, la relación con las víctimas y también el asesinato de José Manuel Parada Maluenda, que definitivamente marcó a las trabajadoras y trabajadores de la Vicaría. Junto con la riqueza de transmitir esa experiencia desde el propio relato de las entrevistadas, aparecen las reflexiones que ellas hacen de sí mismas, como mujeres, del trabajo que realizaban.

Recojo especialmente lo señalado en el epílogo de la memoria acerca de que "todas las mujeres son feministas a su manera", intentando por un lado cumplir con el rol que la sociedad les ha determinado (como madres y esposas) y, por otro, ser conscientes de que se estaba quebrando un modelo, creando su propia manera de vivir el ser mujer. En estas mujeres hay distintos grados de aceptación y emancipación de los roles impuestos, pero existe una mirada crítica, una conciencia crítica que se perfila con más o menos fuerza. Esto constituye un hallazgo importante de esta memoria de título., sobre todo

Desde el punto de vista de la historia de las organizaciones de mujeres y de los movimientos, aparecen retratados los inicios de procesos que fueron muy relevantes como las ollas comunes, los "comprando juntos", las colonias de vacaciones, así como la toma de conciencia feminista con los primeros talleres, donde la sexualidad ocupó un rol central. La recuperación de esa memoria es también otro gran aporte, ya que hasta ahora forma parte de una memoria vivida por esas generaciones, con escasos testimonios periodísticos.

En cuanto al desarrollo del texto, hubo una búsqueda de dar con una narración fluida, que fuera integrando antecedentes y experiencias, manteniendo la singularidad de las mismas, junto a la fidelidad de las entrevistas. Destaco que se hayan hecho, en nueve de los 10 testimonios, dos entrevistas lo que permitió abordar con mayor profundidad sus experiencias y sus personalidades. Esto da cuenta del compromiso con que Francisca Hinojosa Sonatore y Magdalena Marchant Novoa asumieron este trabajo.

Finalmente, quiero señalar que hay algunas ediciones pendientes en el manuscrito en cuanto a redacción, que deberían ser subsanadas en la edición final.

Atentamente,

  
Carolina Muñoz Castillo

Santiago, 15 de noviembre de 2017<sup>1</sup>